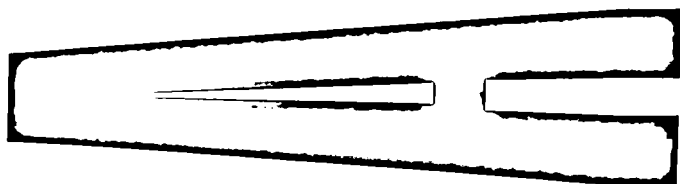


Clyo Mendoza

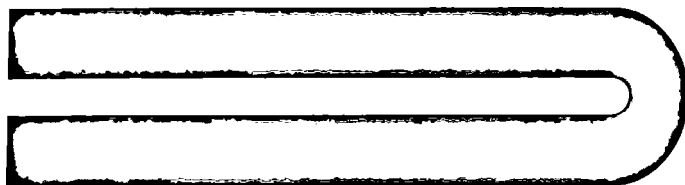
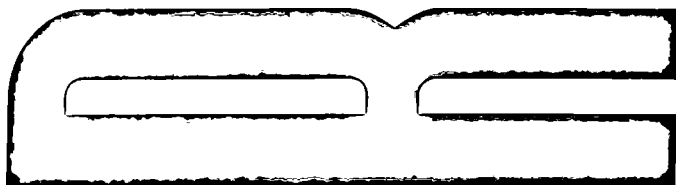
FURIA


Almagia





Olyo Mendoza



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL



Almadía

NARRATIVA

DERECHOS RESERVADOS

© 2021 Clio Mendoza Herrera

© 2021 Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.

Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
Ciudad de México,
C.P. 11800
RFC: AED140909BPA

© 2021 Universidad Autónoma de Nuevo León
Padre Mier 909 Pte. esquina con Vallarta
Monterrey, Nuevo León, México
C.P. 64000
Teléfono: (81) 8329-4111
editorial.uanl@uanl.mx
editorialuniversitaria.uanl.mx

© Fotografía de portada: Everardo González

© Diseño: Alejandro Magallanes

www.almadiaeditorial.com

www.facebook.com/editorialalmadia

@Almadia_Edit

Primera edición: marzo de 2021

ISBN ALMADÍA EDICIONES: 978-607-8764-10-5

ISBN UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN: 978-607-27-1427-4

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y hecho en México.

*Aquello que ves cuando te miras en la
superficie del agua, o de un espejo, no eres tú
y ni siquiera es humano.*

PALABRAS QUE UN NATIVO DE NUEVA GUINEA
LE DIJO A ROY WAGNER

*¿De quién es ese cuerpo que hubiéramos
amado infinitamente?*

Farabeuf, SALVADOR ELIZONDO

*Far safer, of a midnight meeting
External Ghost
Than its interior Confronting—
That cooler Host.*

"ONE NEED NOT BE A CHAMBER", EMILY DICKINSON

■

■

■

■

■

■

■

■

■

■

A Roselia Marcial

a Julián, en Cuba

a la memoria de Víctor García Domínguez

mis tres maestros.



I

LA IDEA DEL CUERPO

Soldado Uno y Soldado Dos se encontraron frente a un cadáver en cuyos ojos abiertos no se proyectaba el cielo espeso de la guerra, sino una luz que daba la sensación de la negrura.

Soldado Uno y Soldado Dos se habían aproximado al cadáver, uno para reconocer si era un colega muerto, el otro para saber si había atinado su disparo. El cuerpo del niño refulgía la luz que se desprende al morir y su rostro estaba empañado por toda la sangre evaporada. Una costra que había sido inmediata rodeaba el calor de la bala en medio de sus ojos abiertos.

Soldado Uno y Soldado Dos, todavía idiotizados por la escena (como si fuera la primera muerte en la que eran cómplices o testigos), se dieron la vuelta para mirarse, mientras los ojos de sus armas, listos para el disparo, también se miraban.

Rodeados de amigos y enemigos muertos, Soldado Uno y Soldado Dos no sabían transmitir firmemente la amenaza. Estaban horrorizados. Y el miedo que veía uno, lo veía el otro. Esa mirada a punto de matarse fue la comunión. Sin mediar palabra, Soldado Dos hizo pasar al otro como su rehén para salir del campo de batalla, y una vez estando fuera, en el mirador desde donde le había disparado al niño, conversaron.

¿Quiénes eran? Hacía meses que ninguno de los dos recordaba quién era. Las órdenes les habían quitado la voluntad

y sin ella ambos se habían convertido en asesinos, asesinos de sí mismos también.

La luna menguaba y fue bajo su cuerno de luz cuando Soldado Uno y Soldado Dos se dijeron sus verdaderos nombres (Yo soy Lázaro, Yo Juan) y decidieron que huirían.

Tuvieron que hablarle al cuerpo para que se rindiera. Le dijeron: ya está bien, relaja ese mentón y deja de fruncir el ceño, se ha acabado. Pero el niño estaba todavía en guerra y el rictus en su mano atoraba sus huesos en un puño. Déjanos vestirme de blanco, pequeño, le dijeron, suelta el puño. Tardaron horas en lograr que el cadáver del niño relajara las manos y les mostrara las palmas. En sus quicios, lo que guardaba el puño eran cientos de líneas trazando los caballos que significan la muerte prematura. Tenía las líneas de una mano deshechas por el tacto de su arma y en la otra le crecían cientos de arrugas hechas por empuñar la nada, dejando adivinar que, más temprano que tarde, morir de aquella forma era desde hacía mucho su suerte.

Tuvieron que cantarle para que quisiera abrir las manos. Ellos, especialistas en recoger a los hombres caídos, sabían que sólo ante la muerte valía la pena rendirse. Por eso a él, para que se rindiera, le cantaron una canción de cuna. El niño dejó de fruncir el ceño y entonces pudieron sacar la bala. El niño abrió las manos, el niño dejó de apretar los dientes y, cuando al fin relajó el esqueleto, pudieron meterlo en la camisa blanca.

Luego se lo llevaron.

Uno de los hombres dijo que aquel niño era tan conmovedor que de no haber habido un hueco le habría besado la frente.

Cuando formó parte de la multitud de la guerra, como cuando avanzaba a paso veloz para cruzar la calle más transitada de la ciudad y otros humanos le rozaban las ropas dejando a su alrededor una estela con olor a bocas, alcoholes y otras cosas insospechadas, sentía que formaba parte de una maquinaria, que él era un minúsculo engrane y que los otros también. Aunque pensar eso lo hacía sentir insignificante, se sentía también parte de un todo. Quizá sentir esto es Dios, pensaba, pero la primera vez que su cuerpo se unió al de alguien más tuvo esa misma sensación, la de bullir junto a otro cuerpo hasta formar parte los dos de un único brebaje. La parte del sudor ayudaba, el líquido que se untaban mutuamente cuando uno entraba en el otro y a veces viceversa; porque en su caso prefería a los de su mismo sexo. Ése era su gran secreto. Había elegido ser soldado para limpiar su nombre, aunque nadie supiera su falta. Sus padres siempre sospecharon, ese movimiento que hacía con la mano y la cadencia innata en sus caderas dejaban a la vista un niño afeminado.

Un día su padre se fue y él y su madre al principio ni siquiera lo notaron. De cualquier manera el señor nunca estaba o siempre tardaba mucho en volver. Era vendedor de hilos ambulante. Un trabajo no tan mal pagado en esos años en los que el hilo era fundamental y no llegaba a los pueblos lejanos, un

negocio con un público femenino, propicio para el mujeriego que siempre fue su padre.

La madre le decía a su hijo: eso fue tu culpa, se fue porque en el fondo sabe que quieres ser una muchacha. Y él, harto de las acusaciones, contestaba con palabras punzantes: tú eres la culpable, eres fea, nunca lo dejaste satisfecho en la cama, no lo atendiste como merecía. Así creció el rencor, alimentándose por la diaria convivencia. Volaban los palos y sonaban fuerte las cachetadas. Él le pegó también y varias veces.

Igual madre e hijo eran inseparables. Las circunstancias los obligaban, porque cuando llegó la guerra la situación empeoró. Una mujer sola era presa fácil y los bandidos iban por ahí secuestrando viudas y solteras. También se metían con las mujeres casadas, pero había cierto código de honor y plomo entre hombres que a las esposas las hacía ligeramente menos accesibles. También por eso él se volvió soldado, porque un soldado era algo así como "más que un hombre". Y el corte de pelo de casquete engañaba bien a los que no lo conocían. Se amarró las manos y las caderas con un hilo imaginario, trabajó en engrosar su voz, en caminar erguido, en ridiculizar a los hombres con los que más empatizaba. La madre no estuvo orgullosa, le dijo: hijo, quédate. Hijo, mejor vamos a morirnos juntos, no me dejes aquí sola. Pero el rencor ya era un monstruo de una masa espesa, impenetrable. Él le dijo que volvería, le puso un beso frío en la frente y partió a pelear una guerra en la que no sabía qué defendía, a quién, ni por qué causas.

Eso contó Lázaro en el destartalado edificio desde donde se había matado a un niño, mientras Juan, atónito, recordaba después de mucho tiempo su propia vida.

Haciéndose pasar por dos arrieros hermanos, Lázaro y Juan recorrieron a caballo el desierto huyendo de ser reconocidos. Sus ropas de hombre nunca delataron lo que hacían por las noches o los días en los que encontraban un lugar solitario y propicio. Ni siquiera el pájaro que se suspendía diariamente frente a la cueva donde vivían había descubierto, al mirarlos sostenerse el uno al otro como si se cabalgaran, algo que desafiara la naturaleza. Apenas los gritos lo hacían volar hacia otro sitio y amarilleado por la luz del sol, el pequeño pájaro hundía el pico en algún fruto que colgaba. La pulpa blanca había madurado bien alrededor de las heridas que el sol había hecho en esos escasos frutos del desierto, había un sabor especial en los pequeños pliegues de carne que separaban lo podrido de lo fresco, el dulzor de la madurez los hacía sólo ahí más exquisitos.

Del pico del pájaro salía su lengua delgada como un pistilo. Minúsculas gotas de jugo le humedecían el pecho y, complacido, volaba tan alto que veía el esplendor del sol en el camino vacío.

El sol estremecía a los animales.

Unas cigarras cantaban allá, un sapo liberaba el aire contenido en su cuello de burbuja, una gotera murmuraba un salmo húmedo, los caballos sacudían su cuero espantando a las moscas y buscaban la sombra.

Fue en esas fechas de sol y frutos cuando Juan y Lázaro le compraron a un rancho una vieja carreta que medía, según dijo, el tamaño de dos ataúdes.

Un viejo mercader al que encontraron a mitad de un camino junto a su mula, que había muerto de sed, les contó la historia del hombre de un pueblo cercano que había vendido su alma al Diablo para saber "toda la verdad". Se trepó de un salto a la carreta y empezó en ese momento mismo la historia: aquel hombre se había obsesionado con la idea de que su hijo no era realmente su hijo, sino el hijo del vecino. Antes de firmar el contrato, el Diablo le había dicho que a veces la mentira hacía la vida más llevadera, pero el hombre, pensando que aquello era algo que el Diablo diría en su infinita maldad y asumiendo que la verdad lo liberaría, decidió apresurar la firma del contrato. ¿Estás seguro? Le dijo el Diablo, que era un hombre elegantísimo, con sombrero y unos zapatos negros y lustrosos que nunca se ensuciaban. No necesito tu alma, hombre, ya tengo muchos discípulos que vienen a mí por voluntad; no sé por qué prefieres darme la mitad de tu vida por una tontería, pero bueno, firma aquí con tu sangre y estará cerrado.

El hombre firmó como si aquello le fuese a traer una gran fortuna. En el fondo descreía de que él fuera realmente el Diablo. Quizá por eso había firmado con tanta gracia aquel contrato: dudaba de su eficacia y de que ese trajeado que había aparecido en un cruce de caminos fuera realmente quien decía.

El Diablo, muerto de risa, le dio una moneda de oro y le dijo: no la vendas, te traerá suerte.

Luego le dijo al oído "toda la verdad": aquel muchacho no era su hijo y aquella mujer no era su esposa. Él ni siquiera era un hombre, era un perro. Había sido un pobre enloquecido al que una maldición había llenado de malos sueños incluso en la vigilia. Sus visiones lo habían devuelto a un estado salvaje; gruñía y por las noches aullaba.

Al recordar el hombre su verdadero cuerpo, recordó su dolor y entonces volvió a sí mismo. Estaba desnudo en una jaula, encadenado. Otro hombre lo miraba a los ojos y vio el momento justo en que una pizca de entendimiento asomó en los ojos de la bestia.

Era un curioso, dijo el mercader. Aquel curioso que había ido a presenciar la existencia de un hombre salvaje. Y lo pagó caro, porque después de mirarlo a los ojos aquella maldición se propagó también en él, y después de que viviera casi toda su vida sobre dos piernas, también a él se le vio correr en cuatro patas y alargar su cadena hasta tronarse el cuello.

El mercader terminó la historia con un chiste que no tenía nada que ver. Riéndose solo, dijo: es una locura que la gente siempre crea que el Diablo viste de manera elegante.

Antes de bajarse de la carreta, y después de gritar ¡aquí me quedo!, les regaló a Juan y a Lázaro una moneda dorada. Es una moneda antigua y les va a dar buena suerte.

Como en su historia, dijeron ellos. Y el mercader, muerto de risa, bajó y se perdió caminando en la nada.

¿Te acuerdas del niño que mataste?

Juan no contestó.

Juan, te hablo.

Estás borracho, Lázaro, no quiero hablarte.

Yo sí me acuerdo, Juan. Le dejaste la bala justo entre los ojos...

¡Cállate, maldito borracho!

¿Quieres saber cómo se llamaba?

¡Cállate! Estás borracho, cállate o te parto la cara.

Lázaro cantaba una canción incomprensible, se le pegaban los labios y en las comisuras de su boca se secaba su saliva en una masa blanca.

Se había enlistado por amor a una mujer, o eso nos dijo, aunque un día lo descubrí mirándome el pito...

Entonces, sin demora, a Lázaro un puño le abrió los labios y un grito suave, que parecía más un rezo, se arrastró para salir entre su carne.

Te dije que te callaras, mira lo que me hiciste hacer, mira lo que has hecho...

Lázaro dejaba caer una saliva roja que absorbía rápidamente la tierra. Juan se acurrucó sobre él y le sostuvo la cabeza para que no se atragantara. Le susurró:

Puto borracho, te odio.

Lázaro entornó los ojos. Parecía que trataba de mirarse la oscuridad del cráneo y Juan tuvo miedo; lo sacudió hasta que devolvió las pupilas al centro y, después de enfocar, sintió cómo Lázaro lo alcanzaba con su mirada vidriosa como un filo.

Estamos malditos. Tú y yo estamos malditos por lo que hemos hecho.

Luego de escucharlo, Lázaro volvió a cerrar los ojos o se quedó dormido.

Quiero que me hables de ti, Juan, que me cuentes algo para que pueda dormir. Que me digas algo de cuando eras niño, que me cuentes quién eras tú antes de la guerra, pensó Lázaro mientras lo miraba fijamente.

¿Qué miras? Preguntó Juan. Ya duérmete.

Tengo un mal presentimiento, tengo la sensación de que Dios nos mira ¿no te lo has preguntado, Juan? Quizá sea verdad que estamos pecando y que lo que sigue después de esta guerra es otra peor. Estoy cansado de matar, el sabor de la carne me da asco. Siento que la carne sabe al miedo de los animales que cazamos, pensó Lázaro sin dejar de mirarlo.

Qué te pasa, Lázaro, deja de mirarme de esa forma, no me dejas descansar.

Juan se dio la vuelta, mostrando su espalda llena de tajos, cicatrices, marcas de cuerdas, se levantó, sopló la vela y cuando se quedó dormido, Lázaro siguió despierto.

Esa noche Lázaro tuvo la sensación de ser otra vez un niño, en la oscuridad de la cueva era imposible mirarse las manos. Sentía que se había encogido, que era pequeñito, que si intentaba pararse, sus huesos no sabrían soportar su propio peso y se caería.

Tengo un mal presentimiento, Juan, tengo un mal presentimiento, murmuraba. Hacía mucho tiempo que Juan era su

único escucha. Incluso cuando hablaba consigo mismo, el interlocutor llevaba su nombre.

La noche se alargó, él se encogía. Voy a desaparecer, se dijo. Una sensación de alivio ocupó el lugar del espanto. Y entonces se dio cuenta de que por unos segundos se había olvidado de la existencia de Juan y otra vez una terrible culpa, un peso, le empezó a amargar el aire en los pulmones. No puedo irme sin él, no puedo desaparecer, volvió a decirse, y así pasó la noche. Una alucinación seguía a otra: el cuerpo de Juan se volvía el cuerpo de un animal agonizante, el cuerpo de Juan era una masa gigantesca, el cuerpo de Juan se mezclaba con la oscuridad de la cueva y la densidad de su carne pesaba el aire.

El mercader ambulante les contó de una muchacha que se abalanzaba sobre las mujeres y las mordía y con su saliva sembraba también el deseo de esas mujeres por otras. Les contó que cuando mordió a la primera, la víctima dijo haber sentido cómo su corazón cambiaba: iba detrás de las largas cabelleras siguiendo un perfume que sólo ella percibía. Andaba como un perro perdido entre las señoras hasta que alguna la tomaba de la mano y se la llevaba. Una vez una ciega ya madura se la llevó y no la trajo de vuelta ese día.

A su regreso la muchacha contó que esa mujer, aunque no veía, andaba perfectamente: la había conducido a una alcoba donde las mantas estaban rodeadas de un encaje finísimo, trenzado no por manojos de hilos, sino por hilos solos, y que ahí le había desabotonado la blusa y empezado a morder y a succionar los senos hasta que de ellos nació una leche clara que le corrió por el vientre hasta la entrepierna.

La ciega le empuñaba los senos y, al amasarlos, tomaba de esa leche para sí misma y se llenaba los ojos de su líquido mientras gemía. Contó que entonces, casi de pronto, la ciega sacó de su falda un miembro que seguía con la punta el cielo, que se empinó entre las piernas de Cástula y que al entrar ahí ella sintió claramente el momento en el que concebía.

Regresó preñada y cuando contó aquella historia, su familia avergonzada fue a abandonarla a mitad del desierto para que nunca volviera.

¿De dónde saca usted esos cuentos? Le preguntó Juan al mercader, que ese día había aparecido de la nada y ya sin excusarse por su mula muerta había entrado de un salto a la carreta; parecía haberlos esperado en el mismo lugar del camino.

Me lo contó un pajarito, dijo sin dejar de reírse.

Después de que Juan pensara otra vez en la muerte, irritado por el curso violento de sus pensamientos, se encontró a Lázaro y le dijo: me gustaría que fueras una mujer, Lázaro. Así yo sería un hombre normal. Luego se retiró nuevamente a mirar el fuego pensando en los hombres que, según él, habitaban ahí y que eran, tenían que ser, cicatrices andantes. Lázaro no hacía nada. Lázaro no decía nada. Algunas veces transcurría el día en silencio, pero ese día abrió finalmente la boca y le dijo: soñé a mi padre, Juan, y no me azotaba, más bien estaba en la esquina de una casa, en cuclillas, como un niño espantado. Yo me acercaba a él para saber qué tenía, pero cuando lograba quitarle las manos del rostro, me veía como si hubiese visto al Diablo. Gritaba, su grito era agudo. Todo lo que decía salía con baba. No recuerdo el resto del sueño pero tengo la sensación de que algo va mal. Tengo mucho miedo. Ni siquiera en la guerra tuve tanto miedo.

De pronto una voz interrumpió la voz de Lázaro.

Ahí estaba el mercader de nuevo, en el umbral de la cueva, sosteniendo una antorcha. Hola, muchachos, dijo. Los he estado buscando.

Juan siempre preparaba los puños cuando tenía miedo. El mercader dijo: vine a contarles una historia. Es la historia de un hombre que vendía hilos en las montañas y de paso se cogió

a algunas viudas. Abundan las mujeres solas por aquí y todos los hombres están en la guerra. O ya estuvieron, ¿no es así? Déjenme contarles este bonito cuento.

El mercader entró en la cueva y Juan, asustado, intentó atravesarlo con su puño pero su cuerpo se esfumó al instante en la penumbra.

Lázaro parpadeó y al abrir los ojos vio a Juan mirando otra vez el fuego. Contaba a los hombres que veía en la lumbre. Cuando se percató de que Lázaro había despertado, le dijo: los gritos de tus pesadillas no me dejaron dormir. Sólo cuando te mueras voy a poder descansar, ¿verdad?

Se frotaba las manos. Estaban pintadas de negro.

¿Qué te pasó en las manos?, le dijo Lázaro.

Estuve jugando con las cenizas, le contestó.

Después del acto, se miraban con aquellos pequeños ojos rezumando su agua blanca. Se miraban con los ojos superiores también, los oscuros y almendrados.

Si tan sólo fuéramos un solo hombre, diría Juan ya borracho, seríamos más hombre que cualquiera, si hasta siendo lo que somos le dábamos miedo a los otros reclutas. Lázaro se refa. Cariño, le dijo, pero si a vista de pájaro tú eres una señorita. Y caminó meneando las caderas desnudas. Juan lo alcanzó rodeándolo por la espalda, lo puso frente a él y le soltó una bofetada. No vuelvas a decir eso, Lázaro. Somos hombres, aunque te cueste. Bueno y qué más da qué seamos: putos, hombres, mujeres; a nadie le importa, no somos nadie, Juan, puta madre, le contestó Lázaro mientras se aupaba al caballo.

Juan lo miró partir, le punzaba la mano derecha por el golpe.

Volverá, se dijo. No se puede ir muy lejos.

Pero hacia la noche, Lázaro no había vuelto.

Al día siguiente, bajo un sol tan fuerte que blanqueaba las alas de los pájaros, a Juan una preocupación insistente le taladraba los sesos. Se aupó al caballo, se echó al camino. Recorrió la pampa hasta que se azuló el monte y el frío empezó a calarle los huesos.

Un grupo de caballos salvajes le empujó un aire con olor a hierba y bestia a las narices. Detrás de esos caballos iba

corriendo el de Lázaro. Juan logró lazarlo. ¿A dónde fue Lázaro, animal? No tuvo respuesta. Tenía miedo de ir hacia el pueblo, tenía miedo de los bandidos, en el fondo tenía miedo de todos los hombres. Al principio no gritaba, pero luego el nombre de Lázaro se le salió de la boca y fue llevado por el viento hasta una pastora. La pastora siguió el grito desconsolado y encontró a Juan subido en su caballo. ¿A quién busca? Busco a mi hermano, le dijo él. ¿No será un hombre más o menos de esta altura, con una cicatriz en la cara? Sí, debe de ser ése. Juan sentía que se caía del caballo, que moriría ahí mismo. La muchacha le dijo: encontramos a un hombre así.

¿Está vivo? Preguntó él. Y ella le dijo: sígame.

Nos encontraron, Juan, decía Lázaro.

Alguien les dijo que dos hombres habían llegado hasta aquí, alguien les dijo que siendo enemigos y hombres los dos, habíamos decidido unirnos. Dicen que somos rebeldes, que estamos planeando un nuevo escuadrón, que conspiramos. Hui cuando me vieron, pero saben que estamos aquí, Juan. Tenemos que irnos.

Lázaro intentaba ponerse de pie y una fuerza invisible le empujaba la cabeza al suelo. Estaba acostado y el fuego de la estufa de tierra llegaba hasta él y lo alumbraba.

Juan no sabía si Lázaro alucinaba por la fiebre, o si aquello que relataba era cierto.

Lo encontramos esta mañana tirado en el camino, le dijo la pastora, lo trajo mi madre, y señaló hacia la esquina el cuerpo de una mujer encorvada que contemplaba la lumbre. Por poco y se muere su hermano, joven, anoche hizo mucho frío. No sabíamos qué hacer, pero no se deja a un buen samaritano morir solo a mitad de la nada.

La muchacha se acercó para apretar un pañuelo mojado en agua sobre la boca de Lázaro. Su hermano arde en fiebre, joven, lléveselo, nosotras no podemos hacernos cargo. Ya no queremos más hombres muertos en esta casa.

Juan amarró a Lázaro a su caballo, dio las gracias. La an-

ciana volteó hacia él justo en el momento en que un leño cayó sobre otro leño, dejando volar algunas pavesas. Se inició un fuego más espeso, llenando de luz la boca de esa anciana sin dientes. Juan creyó que sonreía, pero lo mismo pudo haber sido el gesto de alguien a quien un grito se le pegó para siempre en el rostro. La anciana levantó la mano. Para despedirse, su palma arrugadísima se estiraba allá en la esquina, la mano se mantuvo arriba sólo para abrirse, estática.

Juan volvió a dar las gracias, puso a Lázaro en el caballo y galopó hasta el escondite.

Lázaro, dime a quién viste, Lázaro. ¿Quiénes nos encontraron? ¿Dónde estaban?

Lázaro no miraba a nadie, tenía los ojos en blanco y una pátina clara le crecía en la lengua. Por favor, dime algo, Lázaro ¿a quién te encontraste esa noche? Lázaro, por favor, contéstame, te lo ruego, mírame, di cualquier cosa.

Las moscas volaban alrededor de las heridas de las frutas.

Lázaro, tengo miedo, ¿puedes esforzarte un poco más? No me puedes dejar aquí solo.

¿Te acuerdas de cuando íbamos a matarnos? Tú me apuntaste al pecho y yo apunté al tuyo. Te juro que iba a matarte, pero tenía miedo. Un miedo igual al que tengo ahora. No puedes irte, ¿entiendes? Eres todo lo que tengo, Lázaro.

Juan le exprimía un fruto mosqueado dentro de la boca. El jugo corría a través de la lengua, oscureciendo unos segundos esa plasta blanca que le crecía por la sed de la fiebre. Ardía de fiebre. Juan sentía calor cuando acercaba sus manos a su cuerpo. Se me va a morir Lázaro, decía. ¿Y qué haré ahora?

La muerte le crecía como una idea parecida a la del horizonte largo, desértico. Un gran espacio negro y cúbico, algo que no alcanzaban a dimensionar sus ojos. No entendía cómo podía caber el dolor dentro de su cuerpo. Era como si, para acoger el sufrimiento, su cuerpo se hubiera vuelto de la piel para afuera.

Sentía que todo él se había invertido, que llevaba expuestas las vísceras. Que su cuerpo y su dolor lo abarcaban todo.

Las moscas volaban alrededor de las heridas de las frutas, chocaban contra las cosas, sus patas viscosas empezaban a posarse en el cuerpo del enfermo.

Juan se arrodillaba nuevamente sobre Lázaro.

Por favor, escúchame, tienes que aguantar otro poquito. No puedo ir a buscar a alguien que nos ayude si nos están buscando, y no sé quién podría ayudarnos. No tenemos a nadie, no conocemos a nadie. Por favor, Lázaro, resiste un poco. Cuéntame algo, anda, cuéntame algo para que no te duermas.

Las moscas se acercaban a la cara de Juan confundiendo sus lágrimas con agua, las moscas chocaban contra las manos heridas de esos hombres, contra el cuerpo de los caballos, las moscas chocaban contra las moscas.

Juan, dijo entonces Lázaro.

Algunas palabras inconexas empezaron a salir de su boca. También se escuchaba en algún lugar una gotera.

Juan, dijo otra vez Lázaro. Tengo miedo, Juan, ya vienen, ya vienen por nosotros los negros.

En eso gastaba Lázaro su última saliva: ya vienen, Juan, ya vienen por nosotros los negros. Tengo miedo, abrázame, ¿quién es esta mujer? ¿También van por ella los negros? Juan. Ven por mí, hace frío.

Las moscas confundían el espacio blanco entre sus párpados con las heridas de la fruta.

Era una tristeza que justo mientras lo amamantaba se le hubiera muerto...

Otra vez está contando esa historia mi madre, pensó Lázaro. Hablaba de los perros que habían rescatado. Su madre les daba leche de las cabras con el meñique. Pobres perritos, le decía ella a sus amigas (estaban todas sentadas alrededor, dándole la espalda a Lázaro), yo pensé que los salvaría, aunque ya tenían larvas de mosca encima. Todos me dijeron: ya ni lo intentes, mujer.

Pero se quedaron conmigo cinco días, cinco días hice que me duraran los perritos. Me decían: si la hembra los dejó, pues fue por algo. Pero yo sí creí que iba a salvarlos, les sobaba la pancita por las noches, les daba más leche. Les llenaba unos cuenquitos con agua caliente y se los ponía al lado para que creyeran que ahí estaba su madre. Y mira que nosotros no tenemos nunca leche, pero hay que hacer lo que se puede por las criaturas. ¿O no, Lázaro?

Lázaro tenía la sensación de que algo estaba raro.

¿O no, Lázaro, que hay que hacer lo que se puede? ¿Lázaro, me escuchas? ¿Lázaro?

Lázaro no alcanzaba a ver a su madre, era como si una gota de leche le hubiera entrado en los ojos, una bruma blanca le crecía en el iris.

¿No es verdad, hijo, que una gota de leche de mujer que acaba de dar a luz es capaz de devolverle la vista a los ciegos? ¿Hijo? ¿Lázaro? ¿Me oyes?

Las mujeres que estaban sentadas alrededor de la madre voltearon a mirar a Lázaro. No tenían ojos. Abrieron la boca y no tenían dientes.

¿Lázaro, me escuchas? Lázaro, resiste, Lázaro. Lázaro, no me dejes aquí.

Lázaro recordó a un hombre, un hombre que le apuntaba al pecho con un arma, un hombre que lo miraba horrorizado. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué hacía ahí?

Madre, dijo Lázaro, no puedo verte. Sólo veo a un hombre, ¿quién es él, madre?

Todo lo que sé de ti, lo sé porque me hablas de los otros. Nunca me has contado: me pasó esto. Cuentas una anécdota sobre alguien, sin referirte nunca a ti. Aunque yo te reconozco en todo lo que cuentas. Cuando me hablas, siento que tú siempre estuviste en tu propia vida como una sombra, observando como un espía a todos esos que estuvieron en tu vida antes que yo. Y ellos son fantasmas. Personas que amaste a las que nunca conoceré.

No me has contado tu primer recuerdo, pero siento que conozco bien las cosas de las que sólo me hablas. Eres bueno para contar las cosas, Juan, te he creído todo. Y si yo tampoco he querido contarte demasiado es para seguir tu juego, quizá por eso hemos sido felices, si es que la felicidad es esto que se dio entre nosotros en medio del hambre y de la guerra. Hemos andado estos últimos años buscando los caminos donde no hubiera más revolución que la que ya teníamos en la cabeza y finalmente el mejor lugar para nosotros fue el desierto. Pero aquí también llegó la guerra. Quizá el amor no sea suficiente, Juan, por ejemplo: no puede contra la muerte. ¿De parte de quién estoy ahora? Siempre peleamos en el bando de quien más nos convino. Cuando te conocí ya no sabía a qué patria pertenecía, ya no sabía cuál era la verdadera justicia, ya ni siquiera sabía cómo había empezado esta maldita guerra. Ahora no

sé si ha terminado, ni sé cuándo se supone que nosotros ganamos. Hemos sido muy hombres porque siempre hemos estado peleando, ¿no es eso lo que se les exige a los hombres? Hemos cumplido esa parte. Y además, hasta ahora hemos vencido porque no estamos muertos. Pero ya no puedo más. Te pido que me dejes aquí y que te vayas. No voy a curarme. Mírame bien, sé que puedes ver que lo que sigue es mi muerte. No estoy triste, Juan, te juro que no hay por qué estarlo. Fui feliz, aunque vine de una raza en la que todos murieron lamentándose. Tuve un compañero en el mundo, en estos tiempos en los que el humo de la guerra se nos metió por los ojos, nos ha dañado la cabeza y el cerebro ya no nos permite imaginarnos el futuro. Yo no necesito el cerebro, te lo juro, Juan. Siento que me estoy poniendo liviano. Pronto me iré, y me gustaría que supieras que a pesar del dolor, la vida fue buena conmigo. Tú fuiste bueno conmigo. Déjame aquí y vete. Sigue el camino de Las Ánimas, allá donde se mira la presa y sigue recto, sin cansarte. Antes había un corral de piedra guardando el camino, síguelo. Vas a encontrar en algún momento la casa de mi madre. Quiebra la chapa, si es que queda algo de ella. Las cosas aquí se mueren con más sosiego, pero se oxidan rápido los metales. Te bastarán un clavo grande y una piedra. No creo que nadie haya entrado, porque esa casa estaba maldita y todos le tenían miedo. Si alguien se atrevió a romper la chapa, mi madre la volvió a pegar con su saliva de muerta. Antes de que alguien pudiera saber que dentro había un tesoro, habría huido. Sé que mi madre escondió esa moneda en alguna parte, Juan, quizá bajo el altar a la Virgen o en un hueco. Rompe sus santos si es necesario, porque la moneda puede estar dentro. Cuando la encuentres tómala y vete. Yo no puedo seguir, estoy cansado, estoy muy cansado. Esa moneda la guardó mi madre para quien fuera mi esposa, eso me dijo. La vieja siempre tuvo la esperanza de tener un nieto y para la madre de ese nieto

imposible guardó toda su vida una moneda de oro. Ni cuando tuvo hambre vendió esa moneda la vieja.

Tómala, Juan, tú eres mi esposa.

Juan miraba a Lázaro mover la boca pero la boca no decía nada. Luchaba por hablar y su frente rezumaba sudor. En esas pequeñas gotas brillaba el fuego de la vela, la flama se movía como si tuviera huesos. Lázaro tenía demasiada fiebre. Espera un poco, le dijo Juan, mañana volvemos a cabalgar y algo encontraremos. Trató de mojar su boca con una tuna ácida, pero Lázaro dejó caer su lengua blanca y entornó sus ojos como si se mirase hacia adentro.

Muerto Lázaro, Juan monta en cólera y azota sus puños contra las piedras. Minutos más tarde, con jirones de carne colgando de sus nudillos, se preguntará si le serán necesarios para pelear con alguien. Si Lázaro hubiese muerto teniendo la razón, entonces la respuesta será sí: fue un grave error haber dejado los nudillos en las piedras. Si eso que Lázaro dijo antes de morir es cierto, habrá que luchar. Dos bandos enemigos se unirían sólo para torturarlo. Una vez muerto el perro se acabó la sarna, dirían. Los imagina atando la mitad superior de su cuerpo al torso de un caballo, la mitad inferior en una mula enloquecida que arde en deseos de salir disparada a colmar su hambre con el poco pasto verde que resguarda la sombra de las piedras. Imagina fuego en los pies, lajas de piedra abriéndole los costados, cuchillos sin filo haciendo torpes amputaciones. Un miembro cayendo en la tierra y haciendo un golpe seco de pájaro partido. Juan decide que tiene que irse. Por sí o por no, tiene que irse.

Entonces un fuerte sentido práctico se apodera de su mente.

Como si todo fuera mentira o una tenebrosa coreografía, guarda a Lázaro en una manta. Para que tarden en abrir su cuerpo los animales, se dice. Cuenta las monedas, prepara los trastos, se hace de agua suficiente para cabalgar sin descanso. Hay una gotera en algún sitio. Va con la veladora al fondo,

donde Lázaro guardaba unos morrales. Es hora de deshacerse de todo en el fuego, de limpiar su rastro. Entonces encuentra un par de sacos de harina que nunca antes había visto. Dentro hay papeles, algunas cosas sin importancia, varios sobres.

Elige, Juan, lánzalos al fuego o abre los sacos.

Juan sabe que Lázaro tenía en aquellas bolsas lo que quedaba de su vida antes de ser soldado y antes de ser desertor. Una vida en la que Juan todavía no figuraba. La curiosidad lo domina, el sentido práctico desaparece. Date prisa, Juan, se dice a sí mismo, pero la voz del pensamiento se vuelve música torpe; tiene en la mente demasiadas preguntas. ¿A quién amó Lázaro antes que a mí? ¿Habrá rastro de él o ellos en estas bolsas? ¿Mientras venía conmigo pensaba en alguien más? Está tratando de mitigar un dolor con otro. Está tratando de odiar a Lázaro, de perderse en el rencor, trata de obligarse a pensar que antes de morir Lázaro, él ya había sido abandonado. Todavía siente que todo lo que sufre en el mundo, aunque suceda fuera de su cuerpo, le corresponde. Como esas liebres que abría haciendo un tajo justo del cuello al rabo y que al contacto con el fuego se iban doblando. Juan sigue sintiendo que su cuerpo, como el de ellas, ha quedado invertido. Si dentro de los sacos encontrase un indicio de que Lázaro no era quien decía ser, entonces sería liberado y todo volvería a su sitio. Lo dejaría ahí, sin más, se alejaría en su caballo pensando: había estado perdiendo mi tiempo.

Juan abre el saco.

Hay unas fotos humedecidas. Unas cartas. Un mapa. Le cuesta despegar una fotografía de otra, la humedad de la cueva las ha unido.

Al fondo por fin deja de sonar una gotera, esa agua quedará suspendida en la sombra durante eones; siglos, millares de años más allá de Juan y Lázaro, se volverá piedra.

Un pájaro entra en la cueva porque había escuchado agua, vuela guiándose con la luz de la lámpara que Juan sostiene. Le aletea tan cerca y tan deprisa, que Juan se sobresalta y las fotografías caen sobre sus botas sucias. No las recoge. Mira las cartas, pero no las lee. No sabe hacerlo. Se avergüenza al suponer que Lázaro sí sabía. ¿Cómo aprendió? ¿Quién era Lázaro antes de ser el Lázaro que conocía? La idea de la vergüenza se aleja y él se apura a recoger las fotos. En la que está sobre su bota izquierda hay una mujer sentada en un sofá, el fondo de la fotografía es el papel tapiz de un cielo. Juan despegla la foto que está detrás: la misma mujer y un niño en sus piernas. Un hombre en traje pero con sandalias posa su mano sobre el hombro de la mujer que está sentada. No se distingue el rostro del hombre, pero no porque se haya estropeado por la humedad, sino por el gesto de alguien que ha borrado su imagen con una moneda o con las uñas.

Las preguntas hacen fila. Es difícil para Juan adivinar si el niño en la foto es Lázaro. El niño regordete está vestido con una bata de cuello de encaje y no lleva zapatos. Su rostro no es el rostro de Lázaro, barbado, lleno de cicatrices, con esos ojos que siempre preguntaban. ¿Qué caso tiene vivir temiéndose uno mismo? Le preguntó una vez. Juan se burló de Lázaro, (¡Lázaro, qué tipo de pregunta pendeja es ésa!) pero no pudo

dormir haciéndose a sí mismo esa pregunta. A Lázaro nunca le molestó tener dentro a una mujer, como él decía. Gozaba cuando, dentro de la cueva, podía ser él mismo, bailando con la música de una gotera y ese sonido extraño que hacía jugando su lengua en el paladar.

Quién era Lázaro en esa fotografía. ¿En algún momento había sido padre de un niño y había amado a una mujer? No puede creerlo. Lázaro, en todo caso, podría ser más bien esa mujer. Ni el niño, ni el hombre del rostro deshecho. Ninguno de los dos, eso imposible.

Juan ve al lado de su bota, sobre el piso, otra fotografía. Rápido, se inclina a tomarla.

En la fotografía aparece otra vez el mismo hombre, su rostro intacto. El niño ha crecido y la mujer no figura. El hombre le recuerda a alguien ¿A quién? No es Lázaro, pero si no es Lázaro, ¿de dónde lo conoce?

La mano que pesa sobre el hombro del niño lo inclina ligeramente hacia su lado izquierdo. Ese gesto, seguramente algo que el fotógrafo no pudo prevenir en el momento del disparo, es el gesto por el que reconoce que el niño sí es Lázaro. Siempre que alguien le incomodaba, el peso de su cuerpo se empeñaba en alejarlo y se quedaba inclinado. A Juan siempre le pareció que aquél era un movimiento que venía de su infancia. Y ahí estaba la constatación: en el reverso de la fotografía con una preciosa letra cursiva que empezaba a diluirse, se señalaba que Lázaro tenía seis años.

Mi padre vendía sus hilos por donde tú naciste, Juan, le dijo Lázaro un día. ¿Te imaginas que mi padre pudo conocerte antes que yo, cuando eras niño? ¿Te imaginas que mi padre le vendió a tu madre los hilos con los que cosía tu ropa? Ésa fue la única vez que Lázaro habló de su padre. Estaba borracho y mientras hablaba, jugaba a pasar sus manos sobre el fuego. Las pasaba tan rápido, que el aire que provenía de sus

movimientos no lo dejaba quemarse. Mira, Juan, soy un brujo, le decía. La lumbre de la fogata ardía a sus pies y dibujaba en la pared de la cueva sus sombras descompuestas.

Cuando Lázaro era niño, su madre lo llevaba de la mano al panteón y la arena les quemaba las piernas, chisporroteaba en cada paso abrasando sus pantorrillas y sus muslos.

El desierto se alargaba al lado de los muertos, en el panteón no había más que piedras y algunos pastos; sólo la tierra se nutría con los cadáveres. Lázaro y su madre llevaban flores. Pocas, pero todavía medio frescas las flores. Y ese día, unos hombres cantaban en su idioma unos lamentos y tejían la palma del único techo que sombreaba el panteón. No voltearon a ver a Lázaro y a su madre entrar, porque no había puerta; el panteón era más bien un montón de cruces sin cerca, un panteón listo para crecer hacia todos lados, pero pequeño como había sido siempre el pueblo.

Los hombres nunca los miraron, tenían la cara sobre la palma como si la estuvieran oliendo. Sus sombreros cubrían sus orejas, sólo se veían sus manos negras saliendo de sus largos trajecitos blancos y esos dedos bordando, bordando a toda prisa.

La mamá caminó hacia la sombra del techo. Ella era grande, o así solía recordarla Lázaro, casi llegaba al cielo y aun así, más arriba, estaban los hombres que no dejaban de cantar sus lamentos. Lázaro nunca entendió lo que cantaban porque no había aprendido la lengua de su madre. Ella, muy seria,

camino escuchando atenta y se detuvo ante la tumba de Cástula, la muchacha que había muerto señorita.

Lázaro bajó la vista porque le quemaban las piernas y pensó que eran hormigas. Y en eso llegó el silencio. El silencio del desierto, atravesando sin parapetos toda la llanura. Lázaro miró hacia arriba para buscar a los hombres en el techo y ya no estaban. No había nadie, sólo su madre hablándoles a las flores y a Cástula.

Dijo: mamá, miré hacia arriba y ya no vi a los hombres que cantaban.

El silencio caía después de que hablaba, ni siquiera el viento hacía ruido.

Habló su madre: te voy a decir una cosa, pero no te me asustes, Lazarito, esos que viste eran los muertos construyendo una sombra.

Cuando salieron del panteón ya era de noche. Lázaro no lograba recordar si habían ido al panteón a la hora de la siria, cuando el sol se pone y el cielo se tiñe de lila, o si aquella tarde habían estado cantándole a Cástula durante horas.

A su madre le gustaba cantarle a esa muchacha.

Cástula y su madre, que se supiera, nunca habían sido cercanas. Todos en el pueblo, incluida su madre, decían que Cástula estaba loca y le tenían miedo. Años más tarde del día del panteón y los muertos, a Lázaro llegarían los rumores de que su madre le había hecho una promesa a esa muchacha que, aunque era joven, parecía una anciana. Le había prometido que iría a cantarle cada día, si moría antes que ella y si guardaba un secreto. Nadie supo nunca qué secreto guardó Cástula, porque se lo llevó a la tumba. Lázaro ya buscaba por ese entonces un motivo para abandonar a su madre y cuando le llegó el rumor, algo dentro de él supo que tenía el plato servido, el gran pretexto. Decidió que resolvería el misterio porque, sin duda, lo que Cástula había ocultado le incumbía: él era casi todo con lo que tenía que ver su madre.

La madre, predecible como era, ingenua siempre, había escondido en el fondo falso de un cajón un par de sobres. Lázaro leyó las cartas que tenía dentro a escondidas. Durante varios años a él y a su madre les había enseñado a leer una extranjera muy anciana que se había quedado a vivir en el desierto en una extraña misión consigo misma. Su madre le pagaba con agua y comida. Por eso Lázaro supo leer esas cartas sin remitente. Todas eran breves y apenas se entendían:

Ayer vi a Vicente, iba de la mano con una niña y la besaba como si fuera una mujer, creo que viven en Boca de Perro. No está muerto, ni está en la guerra, el malnacido nomás te abandonó.

No puedo hacer lo que me pides porque va contra Dios. Si tanto te urge que esté muerto, ven tú a matarlo. Una eternidad en el infierno no vale unas monedas.

Creo que tuvieron una criatura. Acá abajo te apunto su dirección. No puedo hacer más por ti. Ya no me escribas. Piensa lo que vas a hacer, Sara. Dios castiga.

Lo único que le hubiera gustado evitar fue la sed que le dio antes de morir. Le hacía pensar en cuando llegó a Boca de Perro y bajó corriendo a buscar agua; golpeó, pateó, rogó, pero en el pueblo nadie salió a abrirle la puerta. La sed lo hacía dar vueltas alrededor de las mismas ideas: cuando la gente muere hay que esperar nueve días antes de enterrarla, para que el alma salga de su espanto y luego salga del cuerpo, para que no se pierda confundida. Nueve días, ése es el tiempo preciso.

La sed siempre le recordó la guerra. Empezó a hablar consigo mismo: hay que meter todos los cuerpos lo más pronto posible en una fosa. Hay que meterlos pronto.

Recordaba las fosas en el desierto que no se ven, porque están rellenas. De gente, de huesos que a veces el aire desentierra y que los animales mastican para limpiarse los dientes.

Yo también maté hombres. Y mujeres. Y niños. Quería honor. Quería comer. Quería encontrar a mi padre, dice para sí mismo Lázaro. Me habían dicho que era soldado y que se había ido a la guerra, pero un día encontré unas cartas y ahí una mujer que se llamaba Cástula le contaba a mi madre que mi padre nunca se había enlistado: vivía con otra familia en un pueblo que se llama Boca de Perro, lejos de donde nací. Cuando supe la verdad ya era tarde: me había unido al ejército. Pero

decidí que antes de morir en esa guerra eterna que sólo cambiaba de nombre, tenía que encontrarlo, tenía que ver a ese hombre al que nunca olvidó mi madre.

Boca de Perro era un pueblo horrible, polvoso, lleno de enfermos. Logré llegar después de un largo camino caliente, logré llegar pero tenía mucha sed, así que lo primero que busqué fue un poco de agua. Todos me habían advertido que no bebiera del agua de ese pueblo porque estaba maldita y quien bebía de ella ya nunca podía salir de ahí. Puras mentiras, ¿ves? Los viejos se inventan cualquier cosa para divertirse. Tenía mucha sed y en el pueblo no había ningún árbol más o menos vivo que indicara que había agua cerca. Entonces encontré un jardín, en medio de un terreno que era pura polvareda, un jardín que crecía con sus rosas y sus árboles de mango. Corrí hacia allá para alcanzar algo, intenté subirme al árbol desde la barda de biznagas coloradas, pero es una planta que cuida con sus espinas y cuando estaba a punto de llegar, el brazo de árbol donde estaba subido se quebró y yo me caí en las espineras. Rapidísimo salió una muchacha de la casa con jardín y en lugar de regañarme, me miró piadosamente y me quitó las espinas del cuerpo mientras yo me comía un mango, unas tunas y bebía mucha agua. Era muy bonita, como esas muchachas del norte que tienen los ojos alargados y las pestañas bien tupidas. El pelo negro, negro y muy largo, amarrado en una trenza. ¿Qué buscas por aquí, hijo? Me preguntó. No entendía por qué esa mujer me hablaba como si fuera mayor que yo. Antes de

que pudiera contestarle, escuché el llanto de un niño y ella de inmediato entró en la casa. Salió con él en brazos y, cubierta con un rebozo, le dio de comer. Era un niño ya grande para ser amamantado, yo escuchaba su estruendo, cómo paraba de chupar para no atragantarse con la leche, vi cómo el vestido de su madre empezó a mojarse. Su padre está allá adentro, me dijo la mujer, con los ojos temerosos, tapándose nerviosamente los senos. Tenía miedo de cómo la veía, pero a mí no me gustaron nunca las mujeres, yo sólo veía al niño con un poco de envidia de ser tratado así. Pasé a lo importante: busco a un hombre, quizá usted lo conozca, se llama Vicente Barrera. Aquí vive, me dijo la mujer. No me lo esperaba, las patas se me hicieron de atole. Le pedí a la mujer que me dejara ver a mi padre, pero sin decirle que era mi padre. Ella me dijo: eso no es posible, qué quiere y para qué lo busca, ¿ha escuchado lo que se dice por ahí, verdad? Pero le dejó desde ahorita muy clara una cosa: mi marido no es ninguna bestia de circo, muchacho, así que hágame el favor de irse. Luego se despegó al niño del pecho y me dijo: por su culpa se me va a amargar la leche, ya váyase. Pero no me fui. Le mentí a esa mujer y le dije que Vicente había sido un buen amigo de mi papá, que yo deseaba escuchar una historia para recordarlo y que por eso había ido a buscarlo desde tan lejos. Fueron amigos en la otra guerra, ¿sabe? Y la muchacha, confundida, me dijo muy pensativa: así que Vicente sí fue soldado. No entendía de qué hablaba, así que moví la cabeza diciendo que sí. Luego le dije que mi padre nos había dejado a mi madre y a mí para ir a la guerra y que yo casi no lo había conocido pero quería saber de él. Lloré un poco, pero no fingía, porque en el fondo yo sí me había creído esa historia, aunque estuviera ahí frente a la verdad y mi padre fuera un hijo de puta que nos había dejado por otra. A la joven se le hizo blandito el corazón y me dijo: quizá mi esposo no esté en condiciones de contarle

nada. ¿Por qué? Le pregunté y ella me dijo: venga a verlo por usted mismo.

En un cuarto oscuro hecho de tierra y caca de burro, estaba mi padre. Entramos despacio, creo que para no despertarlo. Ella alumbró con una vela. Sólo el fuego no le lastima los ojos, me dijo. Y entonces reconocí al viejo: el cabello canoso, la cara rajada, el cuerpo agarrotado. Sus manos estaban atadas y sus pies también. ¿Por qué lo amarran? Le pregunté con un grito a la mujer. Ella me contestó sollozando: es que está loco.

El viejo abrió los ojos. Me vio y empezó a gruñir como un animal rabioso. Sacaba espuma por la boca, se mordía la lengua y la saliva con sangre le escurría de la boca a goterones. Así que me fui y no le dije nada. No le escupí a la cara, no le reclamé. Dije: gracias por la fruta y el agua, señora, y me di la vuelta mientras ella cerraba la puerta con un candado, llorando y diciendo con una voz que apenas y podía oírse: se me va a amargar la leche, se me va a amargar la leche.

II

ANATOMÍA DE LA SOMBRA



Antes de morir, a Cástula la volvieron loca sus fantasmas. Siempre había sido una mujer errante, huyendo de la guerra y llegando sin querer al lugar donde se libraban las peores batallas. Así, huyendo, había vuelto a refugiarse a su pueblo, donde ya no quedaba nadie y donde nadie le dijo que había terminado la guerra.

Volvió cuando empezó a sentir cerca a la muerte y decidió que quería terminar en el lugar en el que había nacido, como si eso fuera a desenredar de alguna forma esa enorme madeja en la que se sabía enredada.

Aunque era joven, ya parecía muy vieja Cástula. Dicen que había hecho algo de nunca perdonarse y que por eso se había ido marchitando. Parecía una frutita arrugada.

Cástula era tan negra que cuando se ponía en la oscuridad espiaba a los novios y ellos no la veían. Ya te me estás calentando, ¿verdad Rosita? Decía el muchacho sobándole el pezón a la muchacha, pero ella contestaba: pensé que eras tú quien respiraba tan fuerte.

Lo blanco del ojo de Cástula "la que murió señorita", se alejaba en la oscuridad y allá a lo lejos se escuchaba azotar una puerta.

Fue a muchos a los que les pasó, pero nadie pudo cerciorarse de que se tratara de ella.

Todos creían que Cástula había muerto sin que la tocara un hombre porque había dejado el pueblo muchos años y, aunque ahí nunca pasaba nada y todos creían que las personas que se iban no cambiaban, a Cástula siempre la persiguió la guerra.

La primera vez que salió del pueblo, huyendo de los soldados, iba caminando en una tarde bonita mientras trataba de ver el sol sin cerrar los ojos, cuando se la robó un hombre en su caballo. La dejó ir, pero se fue preñada.

Cástula tuvo al niño. Ella odiaba al hombre pero adoraba al niño, así que su vida transcurría sin reproches. Hasta que la alcanzó nuevamente la guerra.

Cástula despertó por fin dos días después de que entraran los bandidos. La habían dejado herida de todas partes, pero estaba viva. Con demasiado dolor encontró en el suelo a su hijo: se había muerto de hambre.

Tal vez por eso Cástula empezó a querer mucho a Lazarito, el hijo de su vecina Sara. Un día Sara la encontró amamantando al niño, se lo quitó de los brazos y la llamó cochina. Era muy grosera Sara, estaba demasiado triste porque se había enamorado de un vendedor de hilos y él se había ido. Por eso le gustaba desquitarse con Cástula. Le jalaba las trenzas hacia abajo para que se cayera, pero también la dejaba amamantar a Lázaro y le volvía a trenzar el largo pelo después de que se lo jaloneaba. Dicen que algunas veces las vieron bañarse juntas, que una le lavaba con saponaria los senos a otra y que después parecían amamantarse mutuamente. En el pueblo rumoraban que Sara le pidió a Cástula un favor: la mandó a vender unas cabras a otro pueblo en el que le habían dicho que estaba el ejército de su marido Vicente, el vendedor de hilos. Le había llegado el rumor de que era un honorable soldado ocupado en matar al enemigo y sin tiempo para visitar a su familia, pero ella no lo había creído.

Cástula fue.

Aunque su fama en el pueblo era el de la castidad, fuera de ahí se acostó con algunos soldados pensando en ayudar a Sara, pero ningún soldado conocía o había conocido a Vicente Barrera. Fue en ese entonces, mientras caminaba por la plaza del pueblo, que una mujer muy sucia que hacía un minuto parecía dormir recargada sobre un muro se fue contra sus piernas y las mordió y las mordió hasta que alguien se la quitó de encima para amarrarla contra un árbol. Y ahí dejaron a esa mujer gruñendo hasta que se durmió parada.

Cástula le contó a los niños que desde aquel día le gustaban más las mujeres y que por eso, cuando ellos la encontraban poniendo la mano debajo de alguna falda, la culpa la tenía aquella mujer que la había mordido.

Pronto todos en el pueblo al que había llegado supieron que era una señorita muy extraña y cuando la echaron y caminaba derrotada de vuelta hacia Sara, una mujer enojada la detuvo en la oscuridad. Súbete al caballo, le dijo, y Cástula se había subido.

En la oscuridad de la casa, Cástula sintió la opulencia de los muebles. La mujer sólo llevaba encendida una vela. La seda de la cama brillaba en la oscuridad cuando pasaba cerca la gota de fuego.

¿Quién es usted? Preguntó Cástula mientras la mujer le abría el sexo como si fuera a revisar el fondo de una rosa. La mujer se metió la mano de Cástula en la boca sin decir nada. Le dijo: tu piel, negrita, parece al tacto cáscara de mango.

Cástula contó que luego esa señora tomó de súbito sus pechos y los exprimió hasta que empezó a salir de ellos la leche que ella le daba a Lazarito. Dijo que no la pudo detener y que gracias a la gota de fuego de la vela pudo ver cómo se bebía la leche y se la ponía dentro de los ojos. Soy ciega, le dijo la mujer entre gemidos, la leche materna cura la ceguera. Y cuando le hablaba vio Cástula que la boca de esa mujer no tenía dientes. La mordía fuerte y a encía limpia y la leche les resbalaba a ambas hasta los muslos. Mira lo que tengo aquí, dijo la ciega, y acercando la vela al triángulo oscuro de sus vellos y esculcando ahí como si fueran matorrales, sacó un pequeño falo y lo clavó en la pobre Cástula que al instante sintió que concebía. Así que también es usted un hombre, dijo suspirando como si le doliera.

Cuando Cástula volvió a Sara, sonriente y lozana lo primero que hizo fue extender las manos con el dinero que había obtenido de las cabras y con la moneda de oro que le había dado una ciega. Es para Lazarito, Sara. ¿De dónde la sacaste? Me la dio una mujer.

A Cástula, aunque era muy negra, se le pintaron las mejillas de rojo, pero luego de rojo oscuro cuando Sara le lanzó una cachetada. Eres una puerca, Cástula, le dijo, tomando la moneda, envolviéndola en un pedazo de tela y aprestándose ya a buscar una pala para cavar un hoyo. ¿Supiste algo de Vicente? Cástula, avergonzada o temerosa, bajó el rostro. No, Sara. Sólo te fuiste de putería ¿no, Cástula? La llevaba de las trenzas y Lazarito lo veía todo.

Fíjate muy bien, Lázaro, le dijo su madre quitándose cabellos de las manos. Aquí bajo este árbol estará la moneda que va a salvarte la vida. Tómala cuando encuentres mujer y haya que dar una dote. Cuando termine la guerra, con esta moneda tendrás dinero para casarte.

Cástula estaba despeinada en la entrada de la casa.

Te juro que voy a encontrar a Vicente, después de tener a mi hijo puedo ir a donde tú quieras.

Sara le dijo: tú no puedes estar embarazada, Cástula, es puro aire eso que tienes en la panza.

Fueron pasando los meses y Cástula engordaba, se le hincharon los pechos y la barriga le crecía hacia adelante y hacia los lados como si estuviera engendrando a un hombre adulto.

Sara la llevó con la partera.

Aquella mujer de pelos blancos que recibía a los niños del desierto afiló las manos, las estiró como si quisiera imitar con ellas dos piedras de lanza y luego, con la parte carnosa de sus palmas buscó en el vientre de Cástula. Buscó y buscó entre la carne de la panza pero parecía que no encontraba nada. Voy a meter mis dedos, dijo. Cástula sudaba y apretaba la boca mientras la mujer trataba de encontrar al niño. Finalmente la vieja fue por la palangana y se lavó las manos absorta en sus pensamientos. Después de un rato viendo el agua, le pidió con la mano a Sara que se acercara.

Cástula no tiene niño adentro, le dijo.

Pero y el vientre.

¡No hay nada ahí, está vacía, te estoy diciendo!

Le sale leche de los pechos...

Pero no hay nada, Sara, te lo puedo jurar. No sé qué es lo que está engendrando Cástula, pero alguien de carne no es.

Qué me está queriendo decir.

Cástula no está embarazada, le está pasando lo que les pasa a las perras cuando quieren tener perritos y no las dejan. Se

inflan, se llenan de leche, se tiran con los ojos viendo al cielo, como si realmente esperaran...

Como a las perras.

Ten piedad de ella, Sarita, esa muchacha está muy triste. Se inventó que un bebé le crece dentro, imagínate cuando sepa que nunca va a nacer...

Sara dejó a la mujer hincada en el suelo, se sacudió la falda y dirigiéndose a Cástula, que seguía recostada en el suelo viendo hacia la nada, dijo: ¡vámonos!

Le dejó unos pesos a la viejita antes de irse y al tomarlos ella le dijo al oído: te lo ruego, Sarita, compadécete de Cástula.

Sara no caminó hacia su casa, caminó hacia el monte y más allá de donde terminaba el pueblo, siguió caminando.

Sara, Lazarito está solo, a dónde vamos.

Sara no le contestaba.

Lazarito va a tener miedo, Sara. ¿Por qué no regresamos?

Cástula acariciaba su vientre con la mano abierta y Sara la miraba de reojo con asco. Sara, si tengo una niña, ¿me dejarías ponerle tu nombre?

Sara seguía caminando rápido y en silencio.

Durante el anochecer en la gran planicie sólo se escuchaban sus respiraciones. Algunos ojos brillaban aquí y allá entre los matorrales y un enorme matojo de ramas claras rodaba a lo lejos. Eso parece una mujer gorda saltando, dijo Cástula, acariciando nerviosamente su panza. ¿Podemos volver ya? ¿A dónde me llevas? No hay luna llena en estos días, Sara, podemos perdernos.

Sara todavía no había caminado lo suficientemente lejos y además conocía a la perfección ese camino. Se lo había enseñado Vicente; era ahí a donde iban a escondidas en noches como ésa. Seguramente, pensó Sara un instante, por ahí mismo habría quedado encinta de Lázaro.

Cástula cantaba, le decía cosas a su barriga, le decía cosas a Sara, pero Sara no le contestaba.

En la noche rotunda, Sara dejó de respirar y comenzó a caminar lentamente hacia atrás, se ocultó junto a un agave y Cástula siguió caminando.

¿Qué estás haciendo, Sara? No te veo.

Sara no decía nada. No se sentía capaz de decir nada, absolutamente nada.

Cástula seguía avanzando y Sara fue escuchando su voz cada vez más lejos.

Aquello se sentía como hacer una travesura. Es un juego, finalmente, se dijo, es sólo un juego.

Sara tengo miedo, ¿dónde estás? Estiro mi mano pero no estás aquí al lado. Ya no quiero jugar, decía Cástula como una niña sollozante. ¡Sara!

Sara se había quedado atrás, bajo el agave, respirando apenas.

Cástula se aleja ya y parece que flota un vestido rosa, porque ella es negra, pensaba Sara, una puta negra.

El vestido rosa de Cástula pronto dejó de verse. Sara esperó un rato y luego, cuando no escuchaba más a la muchacha, regresó tropezando con las espineras hasta la casa.

El tiempo se hizo largo cuando terminó la guerra, pocos soldados habían vuelto y el momento más álgido del día era cuando tenían pesadillas en el lecho nupcial.

Uno de esos días en que Sara jalaba una silla frente a la puerta y se quedaba ahí hasta la noche, llegó una carta y fue el gran suceso. Anunciaba que el niño de Cástula había nacido. Anunciaba, sobre todo, que Cástula había encontrado a Vicente, el marido de Sara. Habían pasado más de dos años y Sara la había dado por muerta, pero en las cartas, aunque eran bastante cortas, Cástula sonaba alegre y liviana.

Sara le pidió saber más, celebraba largamente el nacimiento del niño para distraerla, pero al final de la carta le pedía los datos de Vicente. Dónde vivía, con quién, a qué se dedicaba. Lo preguntaba como si nada hubiera pasado, como si aquella noche en que supo que Cástula no iba a tener a ese hijo tan esperado no la hubiera abandonado a su dolor y a su suerte.

Cástula tardó mucho en contestar porque sabía que Sara viviría en ascuas el tiempo de espera. Ya había esperado mucho, sabía tener paciencia.

El hijo de Cástula había nacido, eso era verdad. Día y noche se regocijaba imaginando la cara de Sara cuando supiera que el niño existía, cuando le viera la cara y descubriera en ella los

rasgos de alguien amado, alguien ya lejano, de quien lo único que insistía en la memoria eran esos dos ojos negros.

El fantasma de Vicente, como la memoria que se tiene de los muertos, era una idea limpia y buena; era el tabique que habría completado la casa y habría tapado el hueco por el que se había escapado todo en esos años, pensaba Sara. Tanto había esperado por él que se había olvidado de poner los cimientos. Y ahora, Cástula lo sabía, cuando el tabique de Vicente llegara, la casa no sabría soportar ese peso y se caería.

Las noches son frías en el desierto, el agua se congela en las palanganas. La negra piel de Cástula era una piel curtida pero suave y cubría bien la víscera caliente a la que se aferraba. Apretando su panza se acurrucó en la falda de un cerro y se quedó dormida. Una mano la despertó en la hora en la que el frío empezaba a matarla.

Qué hace usted dormida aquí, preguntó el mercader.

Estaba pasando por ahí con su carreta y estrenaba una mula nueva, blanca, que llevaba el carro. Trató de levantar a Cástula pero estaba endurecida de frío, así que hizo al lado de ella una fogata. Cuando despertó, él le dijo: madrecita, mire nomás a dónde se vino a echar, éste no es un buen lugar para una mujer preñada. Luego le extendió un pedazo de carne seca. Sabe más rica cuando la cuece el humo, le dijo descolgando de encima de las flamas un pedazo para él. Sabe usted, madre, yo a veces me imagino que el alma es como un fantasma atrapado en el interior de esta máquina. El mercader se pellizcaba el cuero del brazo y lo estiraba. Esta máquina, dijo, una máquina muy complicada, ¿verdad? Déjeme contarle una historia, mi señora, la historia de una mujer que, al faltar su marido, se volvió él, usted me dirá: ¡eso cómo es posible, oiga! Y sin embargo así fue, como ella extrañaba mucho al hombre, se volvió él. Algunos la han visto vestida de ranchero, con sombrero y

todo, besándole los pechos a las muchachas, parece que mutuamente se amamantan...

Cástula apenas lo escuchaba, estaba todavía desmayada de frío, se le desentumecían las piernas y el cuerpo le dolía como si alguien la hubiera apaleado. ¿No ha vuelto Sara? Preguntó. El mercader hizo un largo silencio. Luego siguió diciendo: a esta señora sólo la tocó su marido una vez, la noche de bodas, para concebir. Tal vez por eso se aferró a él, vea usted lo que son los hombres, pero él no volvió a ella nunca. Cuando él se fue, ella comenzó a encarnarlo, caminaba como hombre, se vestía como hombre y seducía como un hombre a las muchachas, dicen que alguna vez hasta se pegó a sí misma. El mercader se carcajeó diciendo esto, con una mano pegada a la barriga y con la otra dándole a Cástula un trozo más de carne. Sabe mejor que la carne cruda la carne cuando se cocina bajo el sol, ¿no es cierto, mi señora? Ni siquiera sabe ya a mula, sabe a carne fina.

Cómo se reía el mercader, las lágrimas se le empezaban a botar de los ojos. Cástula estaba sentada frente al fuego y los ojos le lloraban solos por el humo. Miraba hacia el suelo y sus lagrimones hacían polvo al caer sobre las cenizas.

¿Cómo va a ponerle a ese niño? Preguntó el mercader cuando terminó de reírse.

Todavía no sé si será niño o niña, dijo Cástula.

Debería nacer siendo ambas, ¿no, mi madre? Así no tendría usted que escoger. Otra vez parecía que la risa iba a empezar a despuntar, pero Cástula interrumpió la carcajada y dijo: Juan, señor, voy a ponerle Juan.

Me parece un buen nombre señora, un nombre bastante común, pero fuerte, ¿no? Soldado de Dios significa, creo, pero no me haga mucho caso que yo no sé de esas cosas. Conocí a un Juan, hace mucho, uno de esos señores que creen que Dios no está en este mundo y se la pasan toda la vida esperándolo.

Era ese tipo de hombres de los que uno dice "era un buen tipo" si están muertos, pero cuando viven todos les llamamos locos. Juan esperaba a Dios pero llegaron primero las mujeres, ya sabe cómo es esto. Una, especialmente, lo amaba. Pocas veces he visto yo un amor así, incondicional, absoluto. Él era un viejo feo, ya estaba todo encorvado, ella era la muchacha más bonita del pueblo y era muy joven, los hombres le pagaban mucho dinero para que les bailara. Ella iba a bañarse al río después de que la vieran los hombres, porque sentía que la ensuciaba ser vista, pero de eso vivía y con eso se pagaba la vida y la de sus hermanos. Ahí estaba Juan siempre, en el río. Él creía que la voz de Dios sólo podía escucharse debajo del agua y pasaba todo el día dándose chapuzones, por eso todos decían que Juan estaba loco, todo el tiempo estaba bajo el agua, en el río, hablándole a quien quisiera oírlo. Y ella siempre lo oía. Lo adoraba, lo llamaba Maestro, y cuando salía le decía a la gente que Juan no estaba loco, que era un sabio. Pero qué se puede esperar que crea una puta, le contestaba la gente. ¡Y lo que fue!, tanta devoción ni a ella ni a él les dio resultado, porque vea, la muchacha fue al río un día, decidida a decirle a Juan que lo amaba. Él seguía ahí, como siempre, su cuerpo estaba arrugado por su edad y porque siempre estaba en el agua. Era feísimo, cuando nadaba su cuerpo se hacía más claro y cuando se tendía, parecía un feto de gato, rojo de tostado. Su poco pelo le resbalaba detrás de las orejas y su pelonera reflejaba el sol, que era dorado en esos días, como una moneda. Juan, le dijo la muchacha, te amo, soy hermosa y puedo tener un hijo tuyo, voy a enseñarle lo que me has enseñado y este niño hará el bien porque sabrá de Dios desde pequeño. ¿Y sabe usted qué le dijo Juan? No se conmovió al verla ahí, mojada hasta las rodillas, de pie junto a él, buscándole las manos. Fríamente le dijo: mira niña, no me importa ni tu cuerpo, ni tu cara, ni tu pelo, vete de aquí y no me vuelvas a molestar, que

estoy ocupado. Y ella se fue, mi señora, y tan triste y enojada, que le pidió a uno de los amantes que matara a Juan cortándole la cabeza, para que su sangre se regara en el río y ella tuviera al fin un poco de la tibieza de su cuerpo.

Cástula no había dejado de llorar, ya el humo iba hacia otro sitio y no le daba en la cara, pero seguía llorando. El mercader la tomó de las manos: es un buen nombre Juan, señora, no se me asuste, yo nomás quería contarle mi historia. Ella no lo oía, porque su voz tapaba la voz del mercader, voy a ponerle Juan, decía abrazando su panza, voy a ponerle Juan. Sí, señora, es un buen nombre, póngale como usted quiera pero ya no llore.

Cástula había logrado encontrar a Vicente. El mercader le había dado una moneda de oro y con eso ella se había conseguido pasajes, comida y ese bonito traje de color amarillo que moldeaba su precioso cuerpo negro y la hacía visible en la noche. Es para la suerte del niño, le había dicho el mercader, una monedita como pequeño regalo de bienvenida para su Juan. Cástula se lo había agradecido con creces aquella mañana, en el trájín de la carreta. Antes de bajarla, él le dijo: si busca a un hombre, ya sabe dónde encontrarlo: vaya a las cantinas.

Durante semanas, Cástula siguió usando su mismo holgado vestido rosa y hablándole a su panza. Dormía en cuclillas en las banquetas o tendida en las sillas de la iglesia. Guardaba la moneda de oro junto a su pecho izquierdo en un sostén raído y mugriento pensando en conservarla hasta cuando tuviera a su hijo.

Las monjas le regalaron una cobija, pero fue una vieja mujer la que la recogió y le dio de comer.

Jesusa era una estudiada y devota mujer de pueblo, se ganaba el pan por esa preciosa letra suya. Era la escriba. Cuando algún comerciante llegaba a pedirle que escribiera una carta para un deudor, él dictaba amenazas con groserías y ella escribía una carta tan elegante y bien cuidada, que el deudor acudía a pagar, aunque no siempre sin demora. Era famosa por lograr

con una carta cualquier cosa. Vivía sola y en el pueblo decían que había logrado envejecer tan respetable porque nunca se había enamorado.

La vieja Jesusa la tomó un día de la mano y la metió a su casa, Cástula notó que tenía las palmas suavécitas, como las ricas herederas únicas que nunca han tallado un traste. Jesusa la metió en una bañera, le echó a la bañera agua caliente y hojas frescas de un limonar que crecía en el patio y el vientre de Cástula, redondito, emergió del agua como una tortuga. ¿Dónde quedó el padre? Le preguntó Jesusa. Lo estoy buscando, dijo Cástula.

¿Y cómo se llama el desobligado, hija? Conozco gente, quizá podamos encontrarlo.

Se llama Vicente, Vicente Barrera, señora.

Jesusa la trenzaba con sus largos dedos finos como si por jalarle un pelo fuera a provocarle un dolor mortal. Mientras tomaban leche fresca, la sacaba al jardín y le enseñaba el nombre de algunas plantas. Le dijo: cuando el niño crezca y empiece a jugar, va a querer morder las flores, no lo dejes, Cástula, porque hay flores que alojan un alma demasiado pesada. Esa flor morada allá en la esquina la ocupan las mujeres para amansar a los hombres, pero dicen que a una muchacha que vive aquí a la vuelta se la dieron en un refresco el día que festejaba su futuro casamiento. Esa misma noche vieron a la muchacha desnuda, caminando sola. Contó que buscaba desesperadamente a un hombre que iba a caballo. El futuro marido la vio, todos la vimos, parecía que se acariciaba ella misma, estaba culeca, como dicen, se le había anticipado la noche de bodas. Su madre trató de ir por ella, salió corriendo de su casa con una cobija mientras todos en el pueblo miraban. No la alcanzó.

Al otro día la muchacha volvió dormida sobre una mula blanca, desnuda todavía. No saben de dónde había traído al animal y ella dijo no acordarse de nada. Su prometido hizo que la revisaran, y como ya no era virgen, tuvieron que romper su compromiso. La muchacha, de tristeza, se aventó del campamento de la iglesia y, aunque no se mató, quedó idiota.

Esa otra flor, del otro lado, Cástula, la carnosa que cuelga como una campana: nunca se te ocurra prepararte un té con eso aunque huela rico, y de ese árbol que está en el fondo, bueno, hija, hay que estar listas para todo, si este niño no nace vivo, o se te muere, agarras unos brotes y los metes en su tumba para que así nazca en la vida eterna.

Habían pasado tres semanas y el vientre de Cástula no crecía, escuchaba atenta a la mujer en los paseos diarios por el jardín pero siempre se le atravesaba en el pensamiento otra cosa: ¿estará muerto ya el niño? Jesusa me echará de aquí si se entera. ¿Por qué una honorable señorita habría recogido de la calle a una negra como yo si no es porque estoy embarazada?

Los pechos habían empezado a rebajar su leche y ya no les salía más que esa agua tierna, ni sentía que sus caderas se abrieran como si fuera a romperse a la mitad.

Jesusa había descubierto dónde estaba Vicente, vivía a tres horas del pueblo, en Boca de Perro, y todavía tenía el oficio de vendedor de hilos.

Tienes que reclamar lo que es tuyo, hija, pero si te quedas conmigo, te doy la mitad de lo que tengo; no necesitas de nadie aquí, los jitomates se dan solos, y el aguacatal este año empezará a dar sus frutos. Allá tienes unas gallinas, el frijol se da mes con mes, tenemos agua, Cástula, y si te quedas le puedo enseñar a leer a tu niño.

Sus ojos de anciana siempre estaban húmedos, pero al decir todo eso Jesusa tembló como las bolsitas que asustaban a las moscas cuando las colgaba llenas de agua. Cástula no dijo nada, abrazó a la viejita, le acarició el pelo, se quedaron así un largo rato, una recargada sobre la otra, hasta que la más

joven dijo buenas noches y dejó a la señora dormir su sueño ligero.

Esa madrugada, adormilada en el catre, Cástula vio con horror su vientre desinflarse como un globo. De pronto su piel quedó colgando como si el niño ya hubiera nacido y cuando ella buscó, arriba y debajo de la cama, no encontró nada. Ni siquiera había sentido dolor, sólo la sensación de que su hígado, su pulmón, toda su tripa, volvían a su sitio. No puede ser, se dijo Cástula, la señora Jesusa va a echarme, sin niño yo no valgo, va a echarme. Se revisó el seno izquierdo, vio la moneda dorada bajo el sostén percutido, y cubierta hasta la cara con un rebozo de la señora, salió corriendo.

Cambió la moneda, compró un boleto, esperó el tren enfundada en su nuevo vestido amarillo, empuñando esas florecitas moradas que le había dicho la señora que no tocara. El vestido le enmarcaba la cintura, y ella notó que sus nalgas llamaban la atención de los rancheros. Había pasado tanto tiempo metida en esa bata rosa que Cástula nunca supo que alguien podía considerarla deseable. Salvo aquella mujer u hombre, aquella noche, en la casa donde las cosas brillaban como si siempre fueran a ser nuevas.

Esta pequeña perla, oculta en el fondo de esta rosa negra, voy a lamerla, recordó que le decía la mujer. Y entonces el recuerdo de su lengua y ese dolor, o algo parecido, un lugar de su propio cuerpo que alguien más le había descubierto, le cerró los ojos.

Boca de Perro era un lugar polvoso. Llegó de noche y sólo las cantinas estaban abiertas. Más vale que se tome unas cervezas antes de beber el agua de ese lugar, le había dicho un hombre en el tren, porque quien bebe el agua de ese pinche pueblo ya no sale nunca. Cástula no le había hecho mucho caso, el tipo se le había acercado y había comenzado a parlotear cuando ella iba absorta en sus pensamientos y, aunque el tren iba lento y firme en su riel, él hizo como que se caía, restregándole como un loco el bulto en sus pantalones. Durante esos largos minutos de confusión en los que ella se lo trataba de quitar de encima, los otros pasajeros los miraban riendo. Pinche negra, te crees mucho, le dijo él cuando Cástula pudo zafarse, luego le escupió un gargajo verde en los zapatos.

Sus zapatitos negros, los primeros zapatos nuevos que usaba en su vida, con un tacón cómodo y no gastado, y un forrito que no era de hule sino de piel de puerco, sus preciosos zapatos: cubiertos por el gargajo verde de ese hijo de su puta madre, pinche animal, pinche puerco. Cástula se había quedado con los insultos creciéndole en el gañote, se había dado cuenta de que en ese lugar, por ser una muchacha de color, la despreciaban. Si hubiera hablado en el tren todo el mundo se habría reído, habrían sido capaces, seguramente, de escupirle en la cara uno por uno. Y cuando bajó del tren y caminó muerta de

sed buscando agua, unos niños le gritaron: pinche negra color de caca.

No cambiaba en nada el hecho de que tuviera billetes guardados en el sostén y un vestido fino, era "la pinche negra" todavía. Por eso en la cantina se sintió cómoda, de cualquier manera era el único lugar abierto y necesitaba desesperadamente beber algo. La rabia le había secado la garganta; todo lo no dicho desde hacía meses hacía fila. Era un infierno el calor que hacía crecer su silencio y la cerveza lo refrescaba. Nadie la molestó ahí, a esa hora todos los borrachos estaban tumbados sobre las mesas como muertos. El dueño del lugar le dijo: bienvenida, qué le sirvo, y ella contestó: algo de beber, por favor. El señor se había reído y había destapado dos cervezas diciendo: yo invito.

La primera noche en Boca de Perro fue una noche blanca. Bebiendo junto a los hombres vueltos bulto se sentía poderosa, el alcohol se vertía en su sangre y la limpiaba, así se sentía: la limpiaba de un rencor ancestral.

Busco un hotel, dijo tambaleándose cuando se empezaba a hacer de día, y el tendero le contestó: para qué quieres un hotel si allá adentro tienes mi cama, mamacita.

Durmieron juntos esa noche, pero él no pudo hacer nada. Se quedó dormido con la mano sobre los genitales y ella observó durante mucho tiempo su cuerpo desparramado sobre el catre. No le inspiraba la menor ternura ni el menor deseo. La casucha oscura y él apestaban a meados, en cada rincón de ese minúsculo cuarto sólo había botellas y basura, la miseria asqueante del borracho.

Cuando él despertó, ella le dijo: tómate una cervecita conmigo hijo mío, mira qué cara tienes. Parecía desesperada por querer empezar el día bebiendo. Así me gusta, dijo él, dándole una nalgada. Cástula había tirado ya el resto de las flores moradas

que había hervido durante horas hasta sacar el último jugo; lo había dejado enfriar y lo había vaciado en el alcohol del cantinero. Lo había hecho por mera curiosidad, sin fin exacto; quería de ese hombre su devoción, aunque no supiera para qué. Mientras lo hacía, recordó a Jesusa contándole la historia de esa muchacha que había vuelto desnuda en su mula blanca, pero trató en todo momento de desviar sus pensamientos hacia otra cosa. Había algo maquinal en todo eso, su cuerpo, el ritmo al que llegaban y se iban sus ideas, todo se movía dentro de ella como si hubiera sido cronometrado y diseñado desde el principio de los tiempos por una mano ajena a la suya.

El tipo durmió toda la mañana y ella abrió el bar. Entrevistó uno por uno a los clientes cuando los veía borrachos: ¿usted conoce a un tal Vicente Barrera? A veces ellos le decían: soy yo, mamita, para qué soy bueno, o: Vicente está muerto, o: pinche perro hijo de su puta madre se chinga todo lo que se mueve, o: aquí me tienes, negrita, ven y te lo enseño.

Hacia la tarde, el dueño del bar apareció tras la barra. Parecía un perrito manso con ella. Lo que hace una mujer de buen calibre, le dijo a Cástula apretándole con el puño el seno y metiéndole los dedos debajo de los calzones, lo que hace una mujer de buen calibre es hacer dormir bien a un hombre después de una noche loca de sexo. A ella le dieron ganas de escupirle en la cara, pero lo alejó suavemente y le dijo: aquí te dejo tu changarro, yo me voy a hacer mis cosas. El hombre la vio salir por la puerta y al instante se soltó a llorar como si ella se hubiera muerto. Pareces puto, le dijo un hombre que acababa de entrar y se había puesto a beber en la sombra.

Vete a la chingada, Vicente, tú qué vas a saber del amor, le contestó sollozando el cantinero.

Me dijeron que me estabas buscando, aquí me tienes, dime para qué soy bueno.

Con que éste es el hombre que tanto quiere Sara, pensó Cástula sin entender por qué aquella bestia que babeaba a las mujeres cuando bailaba podía ser razón para que alguien viviera en ascuas. Pero cuando Vicente se acercó, su voz era tan cálida que llenó los oídos de Cástula. Y cuando la miró con sus enormes ojos negros que inspiraban el mismo desconsuelo de mirar desde una puerta el absoluto oscuro, lo deseó. Tuvo ganas de cuidarlo, de mecerlo entre sus pechos y darle de comer un poco de esa agua triste que le escurría de los senos en lugar de la leche.

Vine desde muy lejos porque quiero dormir con usted, le susurró ella al oído. Vicente soltó una risota: ¿sólo dormir, negrita? Y Cástula le sostuvo la mirada.

No hay nada como ese momento previo al acto, ni siquiera el acto mismo lo supera, nada como el pulso ardiente de esos minutos en los que nadie se decide a tomar la iniciativa. Sin embargo Vicente había dicho: mira, no me molestes, negrita, que por tu culpa ya no va a querer venderme alcohol el cantinero. Y prontamente había dado la vuelta para sentarse junto a una jovencita que lo esperaba. Desde ahí la observó con sorna.

Cástula se quedó en su sitio unos minutos, luego tomó un trapo y comenzó a limpiar la barra. En las pausas de su jaleo, se empuñaba una botella de aguardiente.

¿Qué estabas haciendo con Vicente, Cástula? ¿No ves que es un hombre casado? Viene con su esposa a la cantina y una puta le coquetea, ten respeto, canija. El tendero estaba celoso, se le notaba a metros. Ya sé que tú no me quieres, pero yo sí te quiero a ti, negrita, y si te quedas conmigo, te puedo dar una vida buena, mira, le bajo a la bebida, te vienes a vivir conmigo, me ayudas a limpiar el changarro y a atender a estos apestosos y luego nos vamos lejos, a la playa si quieres, y allá te voy a comer bien rico el chochito todo salado, todos los días si te quedas, negrita, cómo ves. La tenía agarrada de la cintura y se restregaba en ella mientras le soltaba un vaho asqueroso en la cara. El cantinero huele parecido a la carne podrida, pensó Cástula, recordando a un perro muerto y mosqueado. Y no pudiendo más, lo empujó y le dijo: quítate, puerco. Por eso él gritó y manoteó y le soltó varios golpes en la cara. Ella no pudo más que escupirle hasta que la saliva se acabó y, mezclada con sangre, le llenó también a ella la cara. Nadie intervino, ni siquiera Vicente, que los miró impávido, tapándole los ojos a la niña que lo acompañaba.

Mira qué pendejo se vino a enamorar de ti, Castulita, le dijo al otro día Vicente cuando se la encontró en la calle. Qué suerte la tuya, ¿por qué crees tú que ese señor está solo teniendo el dinero del único negocio que funciona en este pinche pueblo?

Cástula no entendió si eso significaba que el cantinero había matado a sus mujeres o si se habían ido, se sentó bajo un árbol con un pedazo de sábila sobre el labio hinchado y se puso a llorar. Vicente fue a sentarse con ella. Le dijo: ven, te abrazo, muchacha, ya no llores.

¿Esa niña con la que fuiste ayer a la cantina es tu mujer? Le preguntó a Vicente, y él le contestó con una mano en su pierna que subía, masajeaba y le pellizcaba el muslo por dentro. A ti qué te importa, negra, un hombre es un hombre, le dijo. Eso qué significa, le contestó Cástula. Vicente se fijó muy bien hacia los dos sentidos del camino y tomándola del hombro la condujo a un rincón entre dos piedras. Ahí le bajó los calzones y, sin besarle nada, le batió dentro dos dedos.

A ver si con eso tienes, negrita, le dijo. Y se fue.

Cástula, ya sola, se subió la ropa y se quedó parada con todo el peso de su cuerpo sobre sus rodillas dobladas, mientras se le pasaba el ardor y era capaz de volver al camino.

El instinto que prepara para lo peor había avisado a Cástula del error que podía ser enamorarse de ese hombre. Los hombres siempre esconden algo horrible, se dijo. Era evidente. De cualquier forma Cástula ya no sentía, no era capaz. Era como una mole negra que iba como va un salicor cuando se seca, por pura inercia a trotar por el mundo. Cuando de pronto todavía se daba cuenta de sí misma, se preguntaba: ¿dónde están las mujeres en este pueblo? Todas las mujeres que había visto eran otras mujeres como ella, apagadas y heridas, dejándose meter, dejándose sacar, sin que un gesto en su cara hiciera la menor diferencia entre el placer y el desasosiego. La única mujer que relucía por recordarle algo que ella había perdido hace mucho, antes del primer rapto, del primer hijo, antes de Jesusa y la perra de Sara, era la mujer de Vicente. Pero cómo no iba a relucir esa muchacha, cuántos años tendría, apenas doce. No sabía nada todavía, qué envidia. Y por cómo la trataba su marido, estaba claro que ni siquiera estaba estrenada. Tenía las piernas juntas y no ese arco que se hace cuando a una se la han metido a la fuerza. Hasta huele a caca esa pinche niña, a pañal, a meados. A Cástula se le entumecía la cara de pensarlo. La odiaba, odiaba la pulcritud con la que todos los hombres la trataban, como si fuera una bebé de pecho a punto de romperse.

¿Y se supone que esa niña con la que viniste es tu hija, tu puta, o tu criada, Vicente? Le dijo otro día y todos en la cantina la miraron. La que acabas de armar, negrita, murmuró un borracho. A esa niña ni la mientes, negra de mierda, a ella la quiero más que a mi pinche madre, le dijo él mientras la sacaba de las trenzas. La tiró en un rincón detrás del bar, entre la basura, se bajó los pantalones, le subió la falda y, luego de tratarse el miembro con la mano de Cástula, empezó el frenético ritual del mete y saca. Ella tenía la mirada perdida y el pelo se le pegaba en el sudor de la frente. Lo bonito que fue no tener historia, cuando vivía en su pueblo, sin hacerle daño a nadie, lo bonito que era amamantar al niño cuando vivía y que saliera leche aunque ella no hubiera comido. Eso era pura magia. La risa del niño dormido y luego la de Lazarito corriendo por las calles cubierto de polvo. Pareces fantasma, Lazarito, métete a bañar, salvaje.

Ahora por fin, si esto funcionaba, Lázaro tendría un hermano, sangre de su sangre, un regalo para él y una ofensa para Sara. Cástula había creído que por eso valía la pena soportar el hedor a ese hombre y la humillación, la gran humillación de todos los días y la de ser cogida sobre los orines de los borrachos.

Unos meses después, cuando parecía que todo lo sucedido se había olvidado, lo convenció de matar a Vicente. Le dijo: mira, sólo le entierras esto en su cuello y vas a ver cómo en un ratito deja de moverse. El cantinero dijo que sí, que sí, que la amaba, que todo por su negrita, que juntos esto y lo otro, que lejos, muy lejos. Cástula ya había guardado el dinero del cantinero. Yo voy a administrar esto, mi amor, vas a ver cómo te lo multiplico. Habían caminado hacia la casa de Vicente Barrera, armados con un machete, pero justo al cruzar la puerta, vieron sentada bajo un naranjal a la niña y entonces el cantinero le dijo a Cástula: tengo miedo, Cástula, nunca he matado a un hombre.

La niña estaba vestida de blanco y su pelo largo y negro le colgaba hasta la cadera. Esa niña parece la muerte, no puedo, tengo miedo. No te preocupes, le contestó ella, no vas a matar a nadie, va a ser más fácil lo que tienes que hacer, ve por ella que tengo otra idea.

La niña estaba dormida, sus ojitos rasgados y entreabiertos dejaban ver el blanco de su ojo como una luna con forma de uñita. Les hervía la sangre con aguardiente a los dos cuando fueron por ella. Acuéstala en el piso, quiero ver cómo te la coges, y si no lo haces, nunca voy a consumir el acto contigo y vas a tener que seguir esperando, le dijo Cástula al cantinero.

Siempre que el cantinero quería acostarse con ella, ella lograba distraerlo o emborracharlo. Se las ingeniaba para que él siempre estuviera más deseante que el día anterior y más a su servicio.

Tendido en el piso sobre la niña y ya con las pantaletas en la mano, él le dijo: no puedo, Cástula, no puedo, esta criatura ni pechos tiene todavía, yo con quien quiero estar es contigo, esto no me gusta, ya vámonos.

Se veía que la niña estaba acostumbrada a esos ensayos, se veía que Vicente había querido hacer lo mismo varias veces y varias veces se había visto detenido como ellos por la extraña serenidad de esa criatura.

Eres un maldito cobarde, pocohombre, me has fallado. Cástula le soltaba manazos al cantinero y así salieron de la escena, azotando la puertecita de lámina y dejando a la muchacha en el suelo con los brazos abiertos como un Cristo.

Jesusa le había contado que hacía unos años todavía quedaban dos personas con su sangre: ella y su hermana, dos guapas herederas ricas y muy solas. Qué hermosa era mi hermana, Cástula, no te lo imaginas, era la mujer más hermosa que he visto en mi vida y digo "era" porque, en paz descanse, Lupita se murió un día mientras la peinaba. Aquí mismo en los brazos se me murió como si le hubieran asestado un golpe mortal en la cabeza, nunca he sentido tanto miedo en mi vida, yo tenía en las manos su hermoso pelo negro a medio trenzar cuando se empezó a llenar de sangre y yo le dije: manita, qué está pasando, pero ella ya no me escuchaba. Tuvo que venir la policía, tuvo que venir todo el mundo. La casa se llenó de curiosos y todos me miraban a mí como si yo hubiera sido capaz... Jesusa se atragantaba, Cástula tuvo que llevarle un vaso de agua para que siguiera con la historia. La escuchaba atenta como los niños cuando se ocultan bajo la mesa para escuchar en secreto los chismes de los adultos y casi no respiran.

Hice de todo para saber qué le había pasado a Lupita, para salvar mi honor, el honor que es todo en estos pueblos, tú lo sabes, ¿verdad, Cástula? Por eso tú vas buscando al padre de tu niño y por eso yo fui con la bruja. El pueblo me perdonó con su respuesta. Esa horrible mujer me dijo que alguien le

tenía envidia a Lupita porque era rica y hermosa y que habían enterrado una de sus pantaletas en el panteón para que nunca fuera feliz o se muriera. Pobre mi Lupita, tan guapa, tan buena, dijo la vieja Jesusa, recargando la cabeza en las manos abiertas y ásperas de Cástula.

Estas manos, notó Cástula, mientras atravesaba la noche y los perros le ladraban, las mismas que tomaron los calzoncitos de la niña de Vicente para hacer que se muriera. Después de que huyeron dejó al cantinero dormido en la casucha y en el panteón los animales la vieron cavando un hoyo y dejando caer ahí la pantaleta blanca de la niña. Ese mismo día huyó, volvió a ser la negrita errante, iba de pueblo en pueblo viviendo temporadas de meses que nunca juntaban años. Cuando se fue llevaba algunos billetes que había robado de la cantina para su niño, el hermano de Lazarito, que ya le embotaba de nuevo los pechos y el vientre.

Voy a ponerle Juan, pensaba, voy a ponerle Juan y va a ser un niño fuerte, un niño bueno, nadie lo va a querer más que yo y por eso va a ser el hombre que va a defenderme de los hombres.

Cuando el niño nació, Cástula no sintió lo que esperaba. Ni siquiera mientras Juan era parte de ella el cariño parecía haber empezado a despuntar, eso no era como la primera vez: la inmensa compañía de alguien a quien todavía no se le conoce y luego la impresión arrolladora de ver a ese hijo suyo cubierto de sangre prenderse a su pecho y comer. No era igual, el llanto de Juan era un sonido insoportable, su gesto al prenderse de su seno le asustaba. Era como un anciano pequeño, arrugado, un bebé que inspiraba puro espanto. Cástula intuía, muy en el fondo, que el problema no era el niño, el problema era que ella estaba rota. En algún momento había perdido la capacidad de ser quien era porque ya no se reconocía en la chamaca que veía correr a los niños y sentía la cosquilla de seguirlos y de hacerlos reír con sus tonteras, no era la negrita que le hacía favores a todos, la que se dejaba ofender mientras sostenía esa hilera reluciente de dientes blancos como un gesto de total armisticio con el mundo. Ahora todo le reportaba desprecio e indiferencia. Que si había intentado matar a alguien: quién, de todas maneras, no lo había hecho. Iba por las cantinas retando a los borrachos: ¡nadie aquí puede mirarme a los ojos y decirme que nunca ha querido matar a nadie, nadie en este tugurio tiene los huevos para decirme que lo ha hecho! Yo sí, decía ella, ¡yo maté a una niña que parecía la muerte! Cállate,

pinche vieja, le decían los borrachos, tú no has matado a nadie, sólo enterraste los calzones de una niña, ahora resulta que hasta tienes poderes, ven aquí, vas a ver cómo te entierro yo otra cosa. Puro barullo, la voz de esos hombres sonaba como puro barullo. Para Cástula era imposible entender lo que decían, sus ojos siempre veían las cosas borrosas y la mayoría de los sucesos de su vida pasaban inadvertidos en el sopor del alcohol, como si todos sus movimientos sucedieran bajo el agua o con la lentitud de una babosa en la sequía.

Juan dio sus primeros pasos tensando el mecate que lo tenía amarrado a la cama mientras la esperaba. Al principio lloraba, luego se resignó a creer que aquello era el mundo, la sucesión natural de los eventos de su vida.

Una noche en que Cástula volvió, lo obligó a beber de su alcohol. Juan se quedó profundamente dormido y ella, tambaleante, pudo meterlo en una caja de huevos, subir la caja en una carretilla y, luchando y caminando con su pesada carga, llevarla hasta la puerta del autobús.

Una vez cada semana, el autobús iba hasta el pueblo más grande sorteando curvas y derrumbes. Cástula misma no sabía si llevaba tiempo planeándolo o si en aquel momento, borracha, había decidido que ése era el día. Le pagó doble pasaje al chofer para que llevara su caja hasta la casa de Jesusa y el chofer aceptó pensando que aquello era una ganga. Le encargó mucho mi cajita, señor, lleva dentro algo muy frágil, déjeme ponerla aquí junto a usted como si fuera un pasajero.

La vieja Jesusa va a quererlo, lo necesita, pensó volviendo al bar, el niño tendrá una buena vida, será un niño educado por una buena señorita y no por una negra malagradecida que no supo querer al hijo que tanto le había pedido a Dios.

Cástula había perdido, como todos los borrachos, la noción del tiempo. No se imaginaba que Jesusa ya era una difunta y que por mucho que quisiera no hubiera podido abrir la puerta. Que el chofer, asustado porque al tirar la caja se le habría abierto, encontraría a Juan pálido y vomitado y, creyéndolo enfermo de muerte, lo dejaría en la puerta del hospital donde sobreviviría, donde le pondrían suero por la vena gruesa que corre sobre los escafoides con el riesgo de que quedara cojo y que, finalmente, como los perritos más fuertes sobreviven aunque ya tengan gusanos, Juan, el niño rengo, se transformaría en hombre mientras pasaba del orfanato a la milicia.

Lo había decidido porque en los fines de ciclo, cuando todos se decían adiós y se iban con sus familias, él se quedaba solo como un perro entre los piojos de las literas. Olor a madera mojada, a pies, a la tristeza de no querer a nadie. Hasta que un día llegó al orfanato esa extraña comisión de soldados a decir que el ejército era como una familia. Juan había pensado durante todo ese discurso que su padre era como ellos o que quizá uno de ellos era su padre. ¡La patria los necesita, niños, únanse! dijeron, y él había dado un paso al frente con la duda con la que se firma un trato de sangre. Por eso en su vida no conoció casi nada más que la guerra.

Por eso para Juan, Lázaro era una novedad, algo tan bueno que nunca pensó que lo mereciera. Siempre, en el fondo de sí mismo podía ver un desaliento tan nítido que muchas veces se transformaba en la clara imagen de un pozo de agua oscura. Era una fantasía o un sueño ese pozo: él se acercaba, se subía sosteniéndose de los horcones, miraba hacia abajo y el líquido le decía ven. Pasaba horas en cuclillas, recordando, mirando el pozo, hasta que levantaba la vista porque Lázaro buscaba desde arriba sus ojos. No era necesario decir nada, sólo se veían y luego de unos instantes en Lázaro se abría también el pozo. Ah, pero él sabía alejarse, darse la vuelta, caminar hacia el otro lado tratando de olvidar lo que había visto hasta borrarlo.

Volvería luego, con esa sonrisita ingenua a decir: Juan, cuéntame algo, Juan, ven aquí, Juan, me gustaría salir de este lugar. Juan sentía el impulso de soltarle un puñetazo. Tenía ganas de hacerlo sufrir para que entendiera de dónde venía ese mal sueño, para que por fin, entendiendo y sabiendo lo mismo los dos, estuvieran más cerca de ser uno solo.

Juan odiaba hablar, odiaba decir la palabra “siento”.

Pinche puto, déjame en paz, le gritaba a Lázaro y se iba a mirar la lumbré en cuclillas.

Juan, el niño soldado que había sido abandonado afuera de un hospital para vivir su vida en el orfanato, había crecido con el cuerpo herido por las caricias de los sacerdotes, hasta que un día el ejército le prometió la verdadera salvación. Cuánto dolor se había guardado en su pozo por eso, ya estaba casi repleto.

No había salvación, pero a veces, lo más cercano a ser salvado era estar cerca del cuerpo de Lázaro. Qué culpa, qué horror, qué miedo se cernía sobre Juan cuando se daba cuenta de esto.

Si mi padre hubiera vivido, sería diferente. Yo sería un hombre por haber crecido con uno. Si yo hubiera tenido un padre, no tendría que amar a Lázaro y amaría a una mujer, como es normal, como manda Dios. Que sepas, Lázaro, que si yo hubiera sido educado por un hombre, no te querría, que no te quiero, que me pareces despreciable y me das asco, pero no tenemos ya otra opción. Pinche marica, pinche perra, anda, ve a contonearte de esa manera lejos de mí.

Lázaro lo miraba desde el otro lado de la cueva, la lumbré crecía proyectando su tenue sombra en la pared y alumbraba a los murciélagos dormidos. Yo no te he hecho nada, Juan, decía Lázaro. Y luego guardaba silencio, como casi siempre, mientras observaba un perdigón o intentaba deshacer con dos dedos una piedra.

Pero cuando Lázaro murió, a Juan todo el dolor le fue devuelto. Realmente así fue. Juan sentía que el péndulo había

regresado y lo había arrojado, destruido, tan lejos de sí mismo que nunca más se encontró. Y luego de ver morir a Lázaro, encima encontrarse esa foto familiar al fondo de una bolsa de tela y reconocer a su padre, el imbécil de su padre, a quien sólo vio un par de veces en su vida. Uno, el día en que entró en la casa, ebrio, para golpear a Cástula, que también estaba borracha. Cuando Juan los vio, él la tenía del pelo y le reprochaba cosas, y entonces, cuando terminó de pegarle y ella yacía inconsciente en el piso, miró a los ojos a Juan y gritó escupiendo al suelo: ni creas que yo voy a reconocerte alguna vez como mi hijo.

Así fue como supo quién era su padre.

La segunda vez fue también la última vez que vio a Cástula. Vicente entró en la casa diciendo: maldita borracha, si se muere esa niña yo te mato.

Unas semanas antes de eso, ella le había enviado una carta diciendo: *Quizá todavía no ha sucedido, pero tu niña se va a morir un día, cuando menos te lo esperes, y morirá porque yo la habré matado.* Quería que la buscara y recordaba que en él la cólera estaba hermanada con su impulso sexual, pero cuando llegó, ella socarronamente le contó lo de la pantaleta, y tan violenta se puso la discusión entre los dos, que él terminó convencido de que tenía que torturarla para que ella confesara dónde estaban los calzones y ella, tan borracha y tan perdida en el tiempo y en el espacio, no hizo más que desmayarse después del quinto golpe.

Luego, Cástula despertó en un recuerdo.

Pensó, inmediatamente al despertar después de la golpiza, que buscaba a su primer hijo arrastrando por la casucha su cuerpo totalmente magullado y que iba a encontrarlo en el piso, azul y frío. Otra vez, otra vez iba a tomar al niño muerto y se le iba a quedar mirando durante horas en el horror sin poder llorarlo. Tan herida estaba esa vez, tan violada y tan rota, exactamente como la noche en que Vicente volvió, que su dolor

parecía el dolor del mundo entero. Así que todavía aturdida por los golpes, se entregó a esa suerte de reflejo, emborrachó a Juan, lo metió en una caja y lo mandó lejos.

Ése era su padre. Ésa su madre. Ése era Juan, que una vez que tuvo armado el rompecabezas imaginó el plan de ir en busca de Vicente para matarlo y vengarse de una vez por todas, por haberlo dejado, por haberse cogido a su madre y a la madre de Lázaro, y a quién sabe cuántas mujeres más sembrando su maldita sangre por todos lados.

Llevando las cartas a cuestras como si fueran piedras, llegó al lugar que señalaban. Cástula, su madre, la señorita inmaculada, había hecho bien su trabajo.

Juan encontró la casa de Vicente.

III

EL CUERPO ANAGRAMÁTICO

Antes de que María entrara en el supermercado para comprar lo necesario, se despidió como si nunca fuese a volver, le besó la frente y salió del coche. Estás loca, dijo él, aunque ya no lo oía; pasaba frente al guardia y la puerta automática de vidrio se abría sólo para ella, frente a sus ojos.

El calor hacía que la línea de concreto emitiera un fuego traslúcido, el suelo se ondulaba y viendo eso Salvador se fue quedando dormido.

Eran las cinco de la tarde cuando despertó. El calor había menguado, pero María no había vuelto. Quizá se había aburrido de verlo dormir o le había dado hambre.

Salvador salió del auto y caminó hacia el puesto amarillo que brillaba a lo lejos. No estaba ahí. Tampoco estaba en el puesto de flores, ni había rastro de ella en todo ese complejo de cuerdas y de toldos. El olor de la fruta que se pudría inundaba el aire. Salvador siguió buscando, recorrió todos los lugares en los que era posible que María estuviera y agotándolos todos sin hallarla decidió entrar al supermercado.

La angustia ya empezaba a punzar en su tripa. Le daba una especie de náusea cada que pensaba que ella había decidido abandonarlo. ¿Por qué no se habría despedido? Después de tantos años juntos, ¿por qué habría podido elegir terminarlo todo de esta forma?

Antes de cruzar por la puerta de vidrio, como si supiera que allá adentro todos sus temores iban a hacerse ciertos, decidió guardar un poco de calma y hablar con el guardia.

Ese hombre seguía ahí, como hacía tres horas, estoico, impasible. Salvador le dijo: busco a una mujer. Buenas tardes, contestó el guardia. Busco a una mujer, volvió a decir Salvador. ¿Cómo es la mujer? Contestó la cara sin gestos del guardia. Una mujer, contestó otra vez Salvador. Se dio cuenta entonces de que estaba empezando a atorarse en el bucle del pánico: usaba las mismas letras, formando las mismas dos palabras. Sentía como si hubiera olvidado su propio idioma y "una mujer" fuera lo único que verdaderamente entendiera. Se asía a esas dos palabras y las enunciaba sin descanso antes de que todo lo que sabía terminara por irse. Cómo es la mujer, cómo es la mujer, cómo es la mujer, le contestaba el guardia cada vez empuñando más su arma.

Ya no recordaba el cuerpo de María. No recordaba siquiera si María era un hombre o una mujer y no podía saberlo porque tampoco recordaba el nombre de la persona a la que extrañaba tanto.

Creo que era una mujer, dijo Salvador por fin, recuperando un poco de certeza. El guardia empezó a relajar el puño. Tiene que decirme cómo es esa mujer para que pueda ayudarlo.

Salvador no recordaba a María. No recordaba su cuerpo ni su rostro ni su pelo. Recordaba algo acerca de una melena, pero el recuerdo se confundía con la imagen de esas ondas calientes que emanaba el pavimento de la carretera en la canícula.

Señor, ¿me escucha? Dígame cómo se llama y cómo es la persona que busca o no podré ayudarlo.

El guardia se tomaba muy en serio su papel. Sus ojos no expresaban más que la maquinal costumbre de la obediencia. Salvador estaba luchando contra los cuerpos y los rostros que amurallaban su memoria, ¿quiénes eran todos los que se

presentaban primero que la persona a quien buscaba? Miraba al piso apretando una de sus manos con la otra y su rostro estaba encendido por la cólera. Finalmente recordó unos ojos, o más que nada la sensación de mirar esos ojos, ¿cómo explicarle eso al guardia? Balbuceaba y mientras el uniformado le seguía preguntando cosas que parecían no tener respuesta, las lágrimas proyectadas por la impotencia empezaron a correrle por la cara.

Señor, dígame cómo era esa mujer o no podré ayudarlo, le gritaba ese hombre mientras Salvador se iba doblando.

No lo recuerdo, señor. No lo recuerdo, decía.

MARÍA

Quizá la mayor prueba de la voluntad sea la de decidirse. No consiste en arrastrar el cuerpo hacia el trabajo, ni en obligarse a renunciar a cierto tipo de comidas. La mayor prueba de la voluntad es decidirse a pesar de todo a conservar la propia vida. Es una decisión más difícil que la de elegir destruir una vida ajena, porque al morir uno, se termina lo que pueda generar un cambio en el mundo en el cual la propia voluntad opera.

Salvador nunca ha entendido por qué mataron a su madre. Es un asesinato sin móvil, me dijo, pero si yo no hubiera tenido tanto miedo de estar solo después de que muriera mi padre, no te hubiera encontrado. Aseguraba eso con convicción, aunque yo no recuerdo exactamente cómo nos hallamos. Él siempre decía que fue mientras huía de su pueblo porque pensaba ser perseguido por el mismo hombre que había matado a su madre. No dice más del asunto. Lo único que yo recuerdo con certeza es que el sol fue inclemente ese verano y que siempre remojaba mis pies en el río. El agua olía a pantano y una costra verde lamía entre mis dedos, pero aquello era lo mejor que tenía: un arroyo perdido en un complejo de grandes edificios de cristal y tristes casuchas cubiertas por el polvo que traen los ventarrones desde el desierto. Recuerdo que lo encontré ahí dormido. Lo estuve observando hasta que abrió los ojos,

y luego hablamos toda la tarde, sin velos, como los niños o los viejos que siempre han estado juntos.

Otra de las mayores pruebas de la voluntad es decidir amar por siempre a la misma persona. Es casi como decidir conservar la propia vida, que será la misma por el resto del tiempo que le quede a nuestro cuerpo. Es decidir compartir ese cuerpo con uno, y aunque otros también entren, la decisión implica no dejarles abrir las puertas por las que llegarían a sitios de donde nunca podría echárseles. Por eso no entendí cuando vi en Salvador otra sombra. Después de haberlo visto con aquella mujer, mi día estaba plagado por malos presentimientos. Soñé, por ejemplo, que el mundo se venía abajo y al caer sobre nosotros era de un material ligero, incapaz de hacernos daño. Yo estaba desconsolada porque cuando vi todo derrumbarse tuve una especie de alivio, pensaba que al final del sueño también me destruiría. Sin embargo, al abrir los ojos, seguí viva frente a un mundo que se desmoronaba.

¿Por qué me haces esto, Salvador? Le pregunté cuando desperté. Él me miraba fijamente. Creo que la amo, me dijo.

Hubo un tiempo en que todo estaba bien. O eso pensaba.

Como ese día; mientras caminábamos pasaron unos pájaros y los pájaros cayeron.

¿Viste eso? Pregunté, pero Salvador no se detuvo a mirar, siguió caminando mientras oía su propia voz, siempre tenue al cantar, salir de su boca.

Es peligroso caminar por donde nadie camina, me dijo de pronto casi gritando.

Estaba molesto, estaba realmente molesto conmigo porque en aquel viaje habíamos decidido caminar sin trazar ningún camino. Cuando yo alegaba que estaríamos bien, que estábamos juntos y que teníamos un cuchillo, él me espetaba: ¿cómo te consta que realmente estoy aquí?

Quizá entonces ya se había hartado de mí, porque luego de un rato, sin haber vuelto a decir nada, corrió hacia el fondo de la llanura perdiéndose con los colores azules de los cerros más lejanos.

Teníamos hambre y no habíamos querido matar ningún conejo, Salvador siempre se ponía de mal humor si no comía. Volverá, supe. Me senté y esperé ahí a que volviera.

Estuve todo ese rato pensando en el día en que me abandonó mi madre afuera de un supermercado. Ese recuerdo en el que casi nunca reparaba apareció ahí a raíz de una señal tan

simple como Salvador huyendo, se instaló y discretamente se fue volviendo una sensación, un virus.

Mi madre me abandonó, aunque luego volvió por mí, es verdad. Volvió llorando. Tenía los ojos rojos y los párpados cuajados de lágrimas, nos subimos a un bus y nunca se volvió a hablar del tema, al menos no hasta que ya adulta decidí preguntarle lo que había sucedido. Dijo que yo lo había imaginado todo. Te lo imaginaste todo, María, qué estupidez pensar eso, seguro te me olvidaste en el súper, o fui a traer algo al carro, pero ay, cómo exageran los niños.

Tenía cuatro años, pero no podría equivocarme: me había dejado unos billetes en el bolsillo y una nota que guardé hasta que desapareció del interior del cuaderno donde estaba. Me la quitó antes de que pudiera aprender a leer.

Recuerdo que por esa nota me esforcé en tratar de escribir y leer mi nombre, como si sólo el hecho de lograr hacerlo me fuese a traer de golpe lo que entonces consideraba superpoderes de los adultos.

Gateaba debajo de la mesa con un marcador y ahí, oculta y con letra siempre roja, escribía:

A I R A M.

Cuando volvió, Salvador traía cargando el cuerpo de una liebre. Tuve que matarla, me dijo. La cocinamos sobre el fuego y me dio miedo cuando las llamas hicieron tronar la carne. Más tarde, mientras descansábamos sobre nuestras improvisadas sillas de roca, otro animal torció cerca de una barranca y Salvador me preguntó: ¿todavía tienes hambre?

Tardé un poco en darme cuenta de que era una broma, porque la verdad es que sí tenía hambre. Como siempre, sin que yo dijera nada, lo supo. Extendió para mí su mano con el último pedazo de su liebre.

¿No te hartas? Le dije. Parece que sabes todo lo que pienso.

¿No te hartas de saber siempre cuando te miento, cuando digo la verdad? Cuando te digo la maldita verdad, Salvador, ¿en serio no te cansas?

Salvador no estaba impresionado. Qué furia verlo tan impasible. Soltó una risita.

Grité: ¡y mejor muéretel, y corrí a buscar un sitio lejos, donde los cerros empiezan a ponerse azules. Corrí tanto que descubrí que los cerros no son azules cuando llegas.

Cuando me cansé y volví, en el camino encontré tres crías de liebre buscando a su madre. Traté de evitar pensar en lo que acabábamos de comer, en aquel vientre grasoso, en esos copiosos pechos de liebre.

Yo también un día huí de mi madre. Estábamos en el supermercado y me solté de sus manos porque cuando ella se inclinó sobre mí para mirarme, yo le escupí en la cara y le dije que la odiaba. Luego corrí y me escondí detrás de un estante para llorar. Yo misma no entendía lo que acababa de hacer.

Cómprame algo, mamá, cómprame algo, mamá, cómprame algo, mamá, cómprame algo, así iba detrás de ella en el supermercado. Cómprame algo, mamá, cómprame algo. Y ella iba inquieta, no sé por qué, buscando algo que no encontrábamos. Recuerdo que tomaba cosas pequeñas y se las guardaba en la bolsa. Me dijo: shhh, María, cállate, no tengo plata.

Yo siempre pensé que me mentía cuando decía que no tenía dinero. Incluso imaginaba que lo hacía para molestarme, que mi mamá tenía en realidad una casa más bonita que la nuestra y que cuando decía que iba al trabajo y me dejaba sola y atada con una cuerda a nuestra cama, en realidad se iba a su otra casa, donde había muchos árboles y muchos muebles y habría muchos dulces en aquella casa también. Creía que cuando metía su tarjeta del banco en el cajero automático, esa cosa le regalaba todo el dinero que pedía, pero ella me quería molestar no queriendo compartir conmigo los dulces de los aparadores que saboreábamos de lejos.

Mi madre tenía unos bonitos zapatos con brillantes, de

tacones muy muy altos y diamantes en las cuerditas que se enrollaban sobre el tobillo. Y yo me dije, cuando encontré el escondite y los zapatos, que mi madre era rica y que con esos zapatos iba vestida a su otra vida. Los volví a guardar y no hice nunca la pregunta. Pero ese día en el supermercado cuando le pedía y ella no me daba, me acordé de los zapatos y me puse roja de coraje. Sentía mi cara caliente y las venas de mi frente palpitantes, pero esperé, esperé a que me bajara del carrito de compra para poder irme lejos de ella y sus mentiras.

Cuando fue hacia mí, yo tenía miedo. Me fui gateando de un estante a otro, hasta que una señora me tomó del brazo y me llevó al área donde se voceaban las cosas y a las personas perdidas.

Escuché vocear el nombre que me había inventado para que no fuera por mí mi madre, pero ella supo que se trataba de mí porque el nombre falso que se oía entre las pausas de una canción tropical era su nombre.

Salvador y yo queríamos ir al bosque, creímos que sería fácil ir sin mapas, pero ambos nos perdimos. Luego nos pusimos de acuerdo y decidimos caminar hasta un lugar que se viera a lo lejos en la montaña, donde el vigor infinito de la hierba se aplacaba.

Cuando llegamos, nos encontramos con un grupo de hombres muy pequeñitos. No entendíamos su lengua, pero nos sentaron alrededor de un círculo, sacaron unos recipientes y nos invitaron a beber de ellos. Cantamos y bailamos, hasta que, de pronto, a uno de ellos le cayó un rayo.

Yo estaba entorpecida por lo que habíamos bebido, soñaba despierta que hacía un viaje al interior mío y usando un hueso como resbaladilla bajaba hasta una arteria detrás de donde estaba oculta una anciana. ¿Qué me miras? Me soltó. Y yo le dije: quiero respuestas. La anciana, muerta de la risa, me dijo: cuando tengas una pregunta, vienes. E hizo tal gesto, que yo empecé a reír también con ella, porque su pierna izquierda era la de una vaca y su pezuña era dorada. Es una broma esta mujer, me dije y la risa me fue sacando de mi sueño.

Me encontré de frente con el hombre que había sido atravesado por un rayo. No estaba muerto. Salvador jugaba a poner su lengua en su rostro y decía: María, ven a ver esto, pica, está

electrizado. Era un hombre musculoso y casi negro, el cabello le caía hasta debajo de las nalgas.

Entendí de alguno de los otros que antes de nacer había sido un rayo y que por eso el relámpago había respetado su carne y lo había dejado seguir viviendo.

Esa noche, en medio de la danza y lo oscuro, aquel hombre casi negro y pequeñito ensartó en mí, con mi gran consentimiento, su miembro largo. Yo tomaba aquello entre mis manos y era un ariete de piedra, pero al entrar en mí se volvía blando. Comenzó sacudiéndose lentamente hasta que llegó al límite, donde mi entraña lo detuvo de introducir todo su cuerpo, de pies a cabeza. Fue entonces cuando sentí que yo estaba a punto de caer hacia atrás. Tuve la sensación de ser echada de un carrusel donde siempre había ido bien montada. Pensé: mi vientre no ha detenido su impulso y este hombre pequeñito ha entrado en mí completo. Todo mi cuerpo lo ceñía y parecía que se encarnaba en el mío como un collar que siempre se distiende termina por encarnarse en el pescuezo de un perro encadenado. Vi a Salvador al fondo de la escena, animando el fuego y cantando.

Lo odié profundamente.

Al otro día, en el lecho improvisado con brasas cubiertas de tierra húmeda, no era el hombre negro y pequeñito quien yacía conmigo, era Salvador.

Todavía era Salvador.

También tuve padre. Un remedo de padre. Se llamaba Jesús. No siempre estuvo con mi madre y conmigo. Recuerdo que cuando era pequeña lo veía lanzarse a mordidas sobre los otros niños. Una vez me mordió a mí y yo pensé que iba a morirme, más que del dolor, ahogada por mi propio grito. Siempre he creído que esos moretones tenían el color de la piel del primer muerto que vi cuando trabajé en la morgue, o ésa se volvió para siempre una asociación ineludible.

Mi padre desapareció después de atacarme a mordidas y volvió a aparecer cuando yo era adolescente. Mi madre lo recibió agradecida con Dios por haberlo traído de vuelta: ahora sí, mi niña, vas a tener un padre, me dijo, y me llenó la cara de besos y me dejó la frente llena de un carmín que no sabía que tenía. Aunque yo ya había olvidado casi todo de mi padre le tenía miedo, creo que mi cuerpo sí lo recordaba. Jesús fue el animal que mejor conocí. No tuve mascotas, para qué, ahí estaba mi padre. No era un ser humano, mi padre era algo distinto. Un perro que no llegaba a ser perro. Un perro que antes había sido un hombre y si a un hombre lo convierten en perro hay que imaginarse cómo sería la furia de su incertidumbre. Jesús daba vueltas en el mismo sitio como hace un lobo hambriento, como buscando el olor que emite un hilo de sangre que se está borrando, bebido por la tierra, en algún sitio del desierto. Me

imaginaba que siempre estaba persiguiendo en su mente un cadáver. Un cadáver a mitad de la nada no vale por ser el cuerpo anterior, el cuerpo vivo; es otro ser y es únicamente material de pelea entre los animales que restan; mamíferos y gusanos, tiernos cachorros y carroñeros, y todos quieren su parte.

En mi mente, mi padre siempre fue un lobo hambriento y solitario, un perro débil. A veces me ponía en su lugar: imaginaba la desesperación de añorar su cuerpo de hombre y de no saber comunicarlo. Ante su intención de hablar, los demás escuchábamos gruñidos. Para Jesús debió de ser como presenciar su propia muerte desde fuera. A veces, cuando él me veía, yo notaba que su cuerpo de perro deseaba el cuerpo de una mujer, mi cuerpo. El cuerpo de un perro añorando algo disímil, algo que no era, como él, "una bestia".

A veces mi madre, pintada con ese nuevo carmín que había comprado desde que él había vuelto, se encerraba con él y ambos gritaban. A pesar de eso: pobre perro, mi padre, iba solo porque ningún otro animal se le parecía. Él era su propia manada. Su familia no tardó en darle la espalda y en mandarlo a vivir a un cuarto oscuro; encadenado. Se volvió el cadáver vivo; como los malos amores: algo que yaapestaba pero que había que mantener hasta la absoluta podredumbre. En parte estaba ahí porque la luz eléctrica lo hacía sufrir. La luz le resquebrajaba la carne, se le curtía en un minuto como si llevase días al viento.

Lo mandaron a vivir en la oscuridad donde terminó de convertirse en aquello que moriría siendo. Una tarde, otra vez me dejaron a solas con él y cuando volvieron me encontraron con todos los rincones del cuerpo mordidos, llena de marcas púrpura, centelleantes. Recuerdo el color, sólo recuerdo el color y la sensación de ese grito que no salía y no salía. Dijo mi madre que por segunda vez tuvo que abofetearme para que respirara.

Jesús llevaba varios años encerrado y nadie, salvo nosotras, iba a verlo. Ya nadie se preocupaba por él. Era peor que si hubiese muerto, porque a un muerto uno lo extraña y le llora y lo idealiza. Pero a Jesús no, Jesús tenía cuerpo todavía y eso hacía la diferencia. La última persona que lo había visto era un amigo mío de ese entonces que tenía curiosidad porque había escuchado los rumores en el pueblo y me pidió que fuéramos a verlo. Podemos, le dije, pero yo te espero afuera. Y eso hicimos.

Al volver, el chico se desmayó junto a mí mientras me contaba: tiene pelo, María, tiene pelo en todo el cuerpo y anda en cuatro patas y esos ojos, esos ojos...

Cuando mi amigo despertó, también era otro. Yo no me di cuenta del comienzo, porque el amor que se descubre en esos años es el apasionado: el otro es elegido por nosotros sólo porque se siente bien tenerlo cerca, porque lo deseamos y nuestro cuerpo se contenta con el suyo. Claro, en su momento yo pensaba: no habrá nada más, aquí se termina. Pero uno crece, conoce a más personas, y se da cuenta de que realmente nunca supo mucho de aquel que hubiese sido el padre de sus hijos, si las decenas de preservativos que se usan cuando el sexo se descubre no hubieran funcionado.

Mi amigo dijo que mi padre se había abalanzado sobre él y que la cadena lo había detenido justo antes de llegar a la reja,

su mismo impulso lo había devuelto hacia atrás y había tosido ahorcado, dijo que se asustó tanto que empezó a gritarle y mi padre se fue a sentar al fondo como un animal estremecido y desde ahí alzó la vista y ambos se vieron largamente a los ojos. Por eso pasó lo que pasó. Ponzogna, mi padre tenía ponzogna en los ojos.

Me inquieta mucho la escena de esta película porque me recuerda a Jesús: un hombre con Alzheimer se sienta al sol y lee. Entre las pausas que hace para fijar los ojos en el periódico o el libro que le han elegido, su hija le limpia la saliva que le escurre de la boca; el hombre ha olvidado que tiene que cerrarla. Los libros y los periódicos han sido seleccionados justamente con el propósito de ser puestos en las manos de ese hombre y son de años lejanos, años en los que la hija que le limpia la saliva corría junto a él y jugaban a llegar uno antes que el otro. La saliva ha perjudicado mucho las hojas, los libros están arrugados, el pegamento que une las hojas se ha vencido y las hojas caen y no son recogidas. El hombre tiene invertido el libro amarilleado porque no lee el libro, el hombre ensaya el acto de leer. Su memoria está a punto de colapsarse, pronto olvidará respirar y se asfixiará, aunque quizá para entonces ya haya olvidado que es un hombre. Está muy cerca de eso y aun así recuerda la rutina de ponerse al sol y leer un libro. No sabe lo que lee y no le importa. A menudo me pregunto qué repasaba el hombre cuando miraba el libro como si lo leyera. ¿Por qué guardaba ese impulso aun sobre tantas otras cosas, como cerrar la boca? ¿Por qué recuerda eso pero no el rostro de sus hijos? Siempre les soltaba cachetadas creyéndolos intrusos. Sobre todo, pienso: si el hombre ya no recordaba, ¿qué es

lo que pasaba por su mente cuando movía así sus ojos? Si no leía, ni recordaba, ¿qué veía?, ¿qué hacían sus ojos puestos en el vacío? Quizás ver, sólo ver. ¿Pero qué se ve cuando no existe la memoria?

Siempre me pareció que aquella escena hablaba de algo que hay en uno, algo que incluso cuando uno está muerto, puede seguir mirando.

También eso aprendí trabajando en la morgue; lo que todavía no sé es en qué consiste eso que nos deja ver a pesar de la muerte.

La única conclusión a la que llegamos entonces fue que aquello era brujería. Y que se contagiaba por los ojos, por las miradas largas que se trazaban entre un hombre cualquiera y mi padre. Yo era inmune, yo bajaba a sostenerle la mirada, a decirle con los ojos: mira, perro, aquí me tienes, ven por mí. Iba a molestarlo para que se dañara contra los barrotes de su celda, porque sabía que él no podía evitar jalar su cadena, azotarse mientras yo lo viera a los ojos, saltar contra mí a pesar de ahorcarse.

También mi amigo empezó pronto a andar en cuatro patas y se le iba la mirada a no sé dónde. Y en el sexo, aquel novedoso salvajismo pasó de ser interesante a lastimarme. Una vez me mordió más de la cuenta, me hizo una herida que tuvieron que coser. En casa mentí diciendo que un perro me había mordido. Los familiares de ese chico lo llevaron a todos los médicos y con todos los psiquiatras. Nada funcionó. El pobre empezó a irse. Terminaron por internarlo en un manicomio vecino, El Ciervo Blanco. Yo estaba convencida de que todo había sido culpa de los ojos de mi padre, de su maldita ponzoña.

¿Quién querría poner en el mundo un embrujo de este tipo? Dejarle a uno el cuerpo, pero sin sus posibilidades. Un cuerpo sin posibilidades, pero con toda la memoria de haberlas tenido. Toda la sensación de la antigua potencia perdida en un

cuerpo que uno no se explica. Mi novio terminó en ese cuerpo suyo como Jesús, el cuerpo de algo que siempre consideraron inferior, salvaje.

Brujería, eso dijeron. Le dijeron a mi madre que había sido alguien incluso cercano a la familia, alguien muy cercano, muy conocido y que el hechizo era imborrable y hasta posiblemente contagioso o hereditario. ¿Por qué a mi padre? ¿Qué había hecho él? Nadie sabía. No sabían (si admitían que realmente tal cosa era posible) de qué envidia venía, o de qué enojo.

Una temporada mi madre trató de descubrir a la persona que estaba detrás de todo, luego lo fue olvidando, llegaron problemas con más densidad, digamos, problemas más comprensibles, más verosímiles. El hambre.

Fue entonces cuando mi madre decidió irse de su pueblo. Y por eso ya no sé nada de mi padre.

Cuando era pequeña, a pesar de ver a mi madre llorando siempre el abandono de mi padre, todo era más simple: el amor era cuando ella traía a la casa invitados de países lejanos y exóticos con trajes suntuosos. Durante horas yo me quedaba debajo de la mesa mirándola hablar con ellos. Ella llevaba el pelo en un peinado erguido y tomaba la copa con sus dedos finos, orgullosamente dispuestos. Le servían licores que a veces me dejaba probar de su meñique erguido. Lo llevaba discretamente hacia debajo de la mesa, donde esperaba yo para chuparlo. Luego volvía a mi sitio, mirando de vez en cuando a aquellos hombres y mujeres que hablaban en lenguas deliciosas. Mi madre, sentada en el lugar de la anfitriona, era agasajada por sus comentarios. ¿Ya viste, María?, me decía alzando el mantel para mirarme, a estos hombres les parezco hermosa, graciosa y elegante. Creo que me casaré con uno de ellos para que sea tu padre. Y yo le decía que sí con la cabeza y le pedía un poco más de ese licor dulce en el que empapaba sus dedos para que los chupara. Finalmente, adormilada por el alcohol, me quedaba tumbada en una fila de sillas y cuando reaccionaba, por mucho que intentase despertarme antes, el manjar y el amor ya habían terminado. Y cuando el manjar terminaba mi madre volvía a ser la de siempre. Me decía: ya estás otra vez aquí, María, ¿no te habías muerto? O me desconocía, mi madre ebria.

Resguardada en una esquina de nuestro departamento había perdido toda su elegancia de anfitriona. ¿Quién eres tú? Me preguntaba a gritos. ¡Vete! Yo me acercaba a ella para darle un poco de compañía, porque sabía que tenía miedo, pero ella me empujaba y yo a veces me caía de bruces o de nalgas.

Me volvía a decir: ¿quién eres? ¿De qué planeta has venido?

Y empecé a pensar que realmente yo, María, venía de otro mundo, que yo, María, era una muerta, un fantasma que aterrizaba a mi madre. Tardé mucho en reconocer que aquellos invitados, las espectaculares amigas de mi madre y aquellos príncipes prospectos de padre no existían. No eran reales ni sus gestos adornados con bigotes bien aliñados, ni las cejas suntuosas y perfectamente dibujadas, ni sus ojos negros y profundos, ni sus lenguas, ni sus ropas. Pero nunca he podido explicarme por qué si no existieron nunca, los recuerdo.

Conforme fui creciendo el amor fue entristeciéndome; era una guerra que se llevaba a cuestras como se lleva un oscuro secreto. Mi primer amor, mi amigo, mi primer amante, y el único hasta entonces, se había vuelto un tipo salvaje que miraba por la ventana, superado por esas pastillas que lo engordaban y lo volvían un lelo. Fui a verlo una sola vez, luego nunca más. No soporté el olor a cloro y a orines combinado con el de su incipiente pelaje.

A veces, a mitad de la noche no podía dejar de recordarlo y para salirme de mis pensamientos iba a la habitación de mi madre a mirarla dormir, a sorprenderme de cómo me consolaba sentir lo que sentía si imaginaba que ella estaba muerta. Ahí estaba el verdadero amor entonces, pensaba, como un calor que se avivaba ante la pérdida.

Después de un rato, cansada de sollozar, le acomodaba la mano cerca de la nariz y cuando sentía que respiraba, me alejaba otra vez de puntitas hasta mi habitación a esperar que amaneciera.

Por eso también traté de explicarle a Salvador: dos personas que realmente se comunican y se aman representan cada una la mitad de una sola cosa. Tú eres la circunferencia, yo soy el vacío dentro del círculo. Cuando vi a Salvador con aquella mujer, vi caos. Un círculo que perdía su circunferencia, se fundía con todo y se volvía nada. Vi la carne, sólo la carne. Me sentía atrapada y asfixiada por una masa del color de esa mujer, con el olor de esa mujer, un conjunto de enormes pechos yendo hacia mí para matarme. En medio de todo el caos la idea de su cuerpo se estaba propagando en mí, era como una especie de rabia, de fuego, de pez que al avanzar estriaba. Todo me dolía por dentro. Ese cuerpo estaba reducido en mi memoria a una espalda, a las nalgas y los senos ondulantes, un cuerpo que brillaba en la mañana bajo la luz azul de una ciudad contaminada. Era el mejor cuerpo del mundo, un cuerpo contra el que la contienda estaba desde siempre perdida. ¿Qué podía hacer frente a eso? Sabía que estaba hecho, que había sucedido: al mirarlos algo se descolocó o al fin quedaron alineadas las piezas. Conocí el significado de lo rotundo. Era él junto a otra y las cosas eran lo que parecían. Siempre fueron lo que parecían, yo tenía razón, el universo entero me la estaba dando. Ahora nadie me desmentiría: él podía amar a otra mujer; amar su cuerpo, al menos, sentir por ella un deseo más largo y más complejo que cualquier afecto.

Desde entonces pensaba que cuando me hablaba, en realidad la veía a ella. Cuando me decía: cuando toco así tu piel, al ras, casi con las uñas, siento que ésto es una memoria, que nosotros no estamos aquí y éste no es nuestro verdadero cuerpo; cuando lo veía perder la mirada argumentando que pensaba en nosotros, yo sabía que no era en nosotros en quienes pensaba.

Para él yo era una cajonera donde estaba escondida la llave de la casa. Y ella era la casa, con sus ventanales, sus puertas y

pasillos. Sin duda ella es más hermosa, más deseable, más inteligente, pensaba. Si no por qué me hace esto.

¡Por qué me haces esto! le grité mientras los veía, pero de mi garganta sólo salió un susurro, di la vuelta y dejándome desgarrar por los gemidos, llené una bolsa con mis cosas importantes. Salí callada de la casa y en cuanto avancé un par de metros después de la salida, miré hacia atrás y al verlo desnudo en la puerta con la boca llena de un grito indecible, me eché a correr y él, como si no notara su desnudez, se echó a correr detrás de mí.

Esa noche me escondí en el campo y alrededor de mi asiento, que era un árbol talado, sentí que los abetos empezaron a mirarme. Hola, muchacha, me dijeron. ¿Ya sabes que estás enferma? Toma de nuestras hojas y mastícalas, luego unta con ellas tus sienes y tu sexo y quizá sanes. No lo podía creer. Volví a correr y entonces una lámpara aluzó mi rostro. Enceguecida, voltéé hacia lo oscuro descuidando mi cuerpo que cayó sobre las hojas, ante la mirada atónita de los abetos que eran todos como hombres trajeados y elegantes.

Te encontré, me dijo Salvador, que sujetaba con su cuerpo, ya vestido, el mío.

Te encontré, María, nadie, nunca, significará lo que tú significas para mí, nadie nunca, María, te lo juro.

No pienso detenerlo, pero ¿por qué?, le dice Elvira, mientras el otro prepara la cuerda y en una pausa de aquella ceremonia le acerca fuego para que ella pueda encender su cigarrillo. No quiero permitir que algunas cosas sigan siendo reales sólo porque yo las percibo. ¿Qué cosas?

Sentimientos, por ejemplo. E imágenes, letras del alfabeto, recuerdos. Piedras arrojadas y olvidadas. La idea de morir, una conciencia del dolor, el universo. El mundo de los virus... cosas en general, ¿me explico?

Yo también quise hacer lo que usted, pero entonces vivía en una incurable náusea de mí misma, cierta persona me había mandado al olvido, alguien que lo único que tenía que hacer era sonreírme a menudo. Fui salvada y mi ego tuvo que aprender por fuerza a soportarme, a soportar lo insoportable.

El hombre, que es negro, alista la cuerda en un salón oscuro donde sólo resfulgen los zapatos con brillos de Elvira. Él tiene una piel tan oscura que siempre que dice algo es como si la sombra de ese sótano tomara la palabra.

La negación de existir es la más grande afirmación de la voluntad. El suicida quiere a la vida, pero está en descontento con las condiciones que ésta ejerce sobre él haciéndole insostenible.

Sé que Elvira domina su voluntad de seguirlo en la muerte y sin girar el rostro mira al hombre subirse a la silla; es mejor

que lo haga ahora, le dice, y en los ojos de ella uno adivina, por su violento parpadeo, que presencia el golpe seco de un cuello destrozado.

Alrededor de esa escena de película se construyó mi fantasía. Tender una cuerda, terminarlo todo. Y Salvador mirándome, Salvador resistiéndose a seguirme en la muerte. Mi fantasía se construyó alrededor de su dolor: si ahora amaba a otra, el espacio de mi muerte tomaría ese lugar, lo colmaría todo; mi falta restauraría mi cuerpo en su memoria y ocuparía todo el espacio de su mente.

Un día, después de que abandonamos a mi padre, llegaron unos hombres y me sacaron de casa de mi madre en brazos aunque yo era ya una adolescente y a ella la pusieron en una silla de ruedas aunque podía caminar. También la encerraron en la clínica psiquiátrica El Ciervo Blanco. Los vecinos se habían dado cuenta de que tenía esquizofrenia. Nunca he ido a visitarla. Me da miedo tener que verla y que vuelva a hacerme creer que estoy muerta. Tardé mucho tiempo en reconocer que sí, que este cuerpo está aquí, que toda esta carne que me conforma existe. No quiero destruir este cuerpo ahora que por fin es mío. El futuro me da curiosidad y esa curiosidad es mi verdadero instinto de supervivencia. Y lo reconocí, debo decirlo, cuando fui percibida por Salvador. No fue difícil, él tenía esa afición por los olores, me olía como si me respirase, me tocaba como si fuera lo último real en el mundo. Ya no. Pero entonces teníamos incluso los mismos sueños. En el inicio. Una noche soñé que alguien tocaba a la puerta y cuando abrí era él y desde entonces pudo pasar de su sueño al mío.

Toda la magia terminó por irse cuando lo vi con aquella mujer. Ese día estaba tan cansada que después de huir tomé una siesta y a mi sueño vino Salvador pero también un hombre vestido de blanco, pensé que era un enfermero, que me sacaría en brazos y que afuera vería a mi madre en su silla

de ruedas, pero de un segundo a otro el hombre dejó de ser hombre y apareció aquello con cientos de ojos, enquistados más que puestos, en todas las orillas de su cuerpo. Un ojo se abría y tres se cerraban, dos se cerraban, cinco se abrían... la forma no puedo recordarla, lo mismo podría decir que era una gran masa oscura o un hombrecito, como podría decir que era un perro. Esa cosa probablemente era la mezcla de todos los animales que combinamos en sueños, vino, se paró un día en medio de nosotros, nos miró con esos centenares de luceros y nunca más pudimos volver a soñar como solíamos.

Fue a causa de ese mismo dolor que vinieron las primeras visiones y empezaron a desenvolverse los verdaderos acontecimientos.

Un día en la alberca un nadador gigante hizo sombra debajo de mi cuerpo diminuto.

No soy yo esa de debajo, pensaba, yo no soy tan grande. Y mientras me vestía, una mujer sentada en la penumbra de la esquina me dijo: ¿vio a aquella mujer tan flaca? ¿No cree que parece feto de gato bajo el agua?

Hablaba de mí, hablaba de mí, pero cuando giré el rostro y busqué el suyo, mirándola supe que no era ella la de la voz: el vapor que inundaba el cuarto se dirigía a mí y tratando de meterse por mi oído, me murmuraba.

Otro día, al andar camino a casa, me detuve frente a un viejo hotel en el que nunca había reparado. Entré, porque me dan curiosidad los sitios que siempre están cerrados y aprovecho para entrar si algún día dejan la puerta abierta, me pasa en iglesias y en casas viejas y me pasó en aquel hotel.

En el primer pasillo, el que daba a las escaleras, había un hombre ovillado. Lo vi un largo rato tratando de adivinar si estaba muerto, luego una mujer pasó y le caminó encima sin percatarse de que él gemía bajo sus tacones. Un tacón le cayó en la frente, él lo quitó con una mano y alcancé a ver por eso

que estaba vivo y que tenía unas uñas largas, muy largas, bajo las que se revolvía una mugre espesa. La mujer cayó al suelo y se sobó de inmediato las rodillas. Reaccioné al ver su sangre y corrí a ayudarla. Señora, le dije, no tiene derecho a quejarse, el pobre hombre sólo trataba de evitar que le pisara la cara. Y ella, que ya había subido un par de escalones, volteó para decirme: ¿cuál hombre?

Me miró como me miraba algunas veces mi madre y siguió subiendo.

Cuando volteé a ver cómo estaba el hombre, ya había desaparecido.

Otro día, al cruzar la calle, un muchacho de pelo-fuego, atravesó junto a mí. Daba la impresión que dan las rosas azules. *Las rosas azules no existen en la naturaleza.* Los muchachos con ese pelo-fuego no pueden existir en la naturaleza tampoco. Parecía un albino que no quería serlo y se había mandado a teñir de rojo la impenetrable blancura de su pelo. Parecía un cerillo ardiendo o una brasa sostenida en el viento a mitad de la calle. Podía sentir el calor que emanaba la cabeza del chico y quise verle el rostro, saber que alguien así puede existir y andar como si nada por el mundo. Traté de atajarlo, pero él siempre me daba la espalda, caminé alrededor de su cuerpo discretamente, pero él siempre volteaba hacia sus amigos y cuando yo giraba sólo alcanzaba a ver su nuca. Había un gran bullicio porque era día de fiesta en la ciudad y en la calle iba tanta gente que pensé que podría ocultarme en alguien para mirarlo, pero no quise empezar el baile de la loca. Se dará cuenta, pensé. Un muchacho así, tan alto, tan musculoso... una rosa azul, definitivamente. Ese chico debía de ser el Diablo o algo ajeno a este mundo. Si no por qué no se detenía y me mostraba de una vez su rostro, por qué rehuía así de ser descubierto. Quizá no tiene cara, concluí. Él se alejaba ya con la seguridad de un anciano que se mantiene célebre y joven y ha sabido conservar dentro de su piel los músculos firmes

y torneados. Porque nadie podría caminar con ese porte a no ser que llevara quinientos años en el mundo. Quise verle la cara, quise saber quién era, qué hacía. Caminé rápido para alcanzarlo y él se perdió en una marejada de gente. De pronto, alguien me puso el pie o yo tropecé y rodé y rodé cuesta abajo en esa calle. La calle se estaba empinando, la calle se había vuelto una resbaladilla enorme por la que resbalaba sólo yo y ningún otro de todos los cuerpos que antes caminaban conmigo. Al rodar pensé que me iba a romper los huesos, pero no sentía nada. Sentía sólo un profundo pesar, mucho llanto embotado en el plexo, falta de aire, ayuda, alguien ayúdeme, ¡socorro! Nadie me miraba. El sol quemaba como una fogata. Mi cara se estiraba y escuché los pelos de mis cejas quemarse. Cuando abrí los ojos ahí estaba él: mi padre. Su pelo reflejaba al sol como una moneda muy pulida. Siempre tuvo tan blanco su pelo, en serio tan blanco, que cuando encendía su cigarro la lumbre le pintaba el pelo de rojo.

¿Padre, no te habías muerto ya? Le pregunté, y él se lanzó a mordidas contra mi cara.

Cuando desperté, la mirada de Salvador pesaba sobre mí otra vez. Salvador, le dije, cuando veas que estoy teniendo una pesadilla, despiértame, no te quedes mirando, despiértame, te lo suplico, carajo. Yo estaba empapada en mi propio llanto. ¿Cuánto maldito tiempo llevas sólo mirando?

No me dijo nada. Se levantó en la cama y se encerró en el baño durante horas.

A través de la puerta escuché que silbaba una alegre tonada.

Salvador, te lo había dicho antes: mi casa, eres mi casa. El lugar al que acudo para refugiarme y donde siempre hay brasas encendidas. Me he dado cuenta: el otro día confundí tu mano derecha con mi mano izquierda, y a veces, al mirarte detrás de una puerta de cristal, pienso que eres mi reflejo. Me da vértigo. ¿Qué pasaría si de verdad me fuera? Siento que algo se desacomodaría en el mundo, algo grande. Una enorme roca caería en una ciudad o cientos de animales nuevos saldrían del agua. Nos estamos poniendo locos, Salvador, creo que tenemos que irnos. Tenemos que irnos pronto. Sé que dirás que sí porque siempre sé lo que estás pensando, necesito urgentemente irme de aquí, vayámonos de viaje, vamos al desierto, ahí nunca pasa nada, llevemos provisiones, pasemos al supermercado; compraremos cosas enlatadas y mucha agua. Será una aventura. Será bonito. El paisaje limpio del desierto, otro tipo de aire, ¿sabes? Ya no me gusta la ciudad, la estoy odiando.

Eso le dije.

Olía hasta el fondo su culpa. Se lo dije detrás de la puerta del baño para no tener que verlo a los ojos. Cuando salió del baño, no tuvo otro remedio más que asentir y entonces, sin mirarnos, hicimos las mochilas y llenamos las cantimploras.

Al verlo tan triste por irnos, algo me carcomía por dentro. Sentía que la realidad era como una fina gasa en la que después

de milenios de roce con un filo había aparecido un agujero y ese agujero empezaba a abrirse y a tragarnos.

SALVADOR

En la noche oí mi nombre y pensé que era ella llamándome. Era una voz parecida al ruido del viento entre los árboles. Me levanté hacia su habitación. María quería dormir en una cama distinta a la mía. Decía que estar separados haría que recuperásemos los sueños independientes. Desde hacía años, yo la visitaba siempre y ella a mí, y también entonces estábamos juntos. En los sueños, sí. No sé cómo empezó a suceder, una noche soñé que tocaba una puerta y ella abría, y desde entonces pudimos atravesar hacia el sueño del otro. Al principio me parecía promiscuo eso de ser visto por ella incluso en ese resquicio íntimo que es el sueño, pero es verdad que la sensación era la de penetrarla tan hondo como este pedazo de mi cuerpo no podía. Fue como resolver un ansia, daba la sensación de que por fin estábamos volviéndonos uno. La angustia de separarnos: reducida. Y en los sueños, jugábamos. Jugábamos sobre todo a hibridar animales: yo le presentaba una ballena y ella en un segundo le ponía las patas de una gacela. Y la ballena se sostenía de pie, sí.

Cuando llegué a su cama, mi nombre ya no se escuchaba. Todo era silencio. Ella estaba recogida en sí misma, con la cabeza guardada en la almohada. Giró hacia mí y con los ojos cerrados me dijo: me comeré a mí misma.

Se había mordido la lengua al dormir y al despertar escupió sangre, horrorizada, y lo único que dijo en todo el día fue mi nombre: Salvador.

Quizá la gran magia de la adivinación consiste en interpretar y relacionar hechos tan sutiles que para aquel que no es el mago, pasarían desapercibidos. Dicen que si te unes a cualquiera y empiezan a tratar de entender el entramado, es posible resolver al menos un sitio o una persona de confluencia sin la cual ese momento no hubiese sucedido. Eso es magia. Con María fue algo como eso. Más que eso. Todo lo que nos sucedió antes de conocernos nos preparó para el encuentro. Algo extraño, como el origen de mi propio nacimiento.

Todo empezó cuando mi madre se casó con mi padre, que era cuarenta años mayor, porque estaba enamorada de él. Él era un hombre cultivado, un ávido lector; siempre iba cargando un libro grueso y aleccionando a la gente, y sé que gracias a su soledad había podido hacerse varias vidas: había sido profesor, soldado, campesino, desempeñó oficios que nunca supe y mi madre incluso pensó que había sido asesino a sueldo en los años más tempranos de su vida.

Ella ni siquiera había terminado su infancia cuando se conocieron. Sé que él la esperó, sí, uno o dos años, tratando de hacerle entender lo que era el deseo y ella tratando de hacerse a la idea de que él introduciría su montón de carne por ese orificio que hasta ese momento le había parecido la puerta de su

cuerpo por la que salía la orina. Así de pequeña era ella y así de poco sabía de sí misma mi madre.

¿Por qué se habían casado? Ella era muy pobre y era huérfana. Era la muchacha que debía estar callada, sirviendo el café en la casa de un socio suyo. ¿Socio de qué? No lo sé. No llegamos a hablar de eso. Tuvieron que casarse para que él pudiera sacarla de ahí. No sé cuánto tiempo esperaron desde el momento en que se vieron, pero sé que fue pronto. La llevó a vivir consigo, le enseñó a leer, le enseñó libros donde se ilustraba el arte amatorio para que lo dejara por fin hacer, pero a ella todo eso le daba lo mismo. Quería estar debajo de los naranjos, jugando con los insectos y sembrando flores. Se le daban flores que ni siquiera eran propicias con la tierra y el clima del pueblo. En otros jardines las mismas flores se quemaban de frío.

Eventualmente, mi padre dejó de enseñarle cosas que él quería que ella supiera sólo para servirse a sí mismo y se resignó a contarle historias que mi madre fue guardando. Yo crecí, entonces, más que con la figura de mi padre, con las historias que había contado, porque cuando tuve conciencia suficiente para hablar con él, ya había muerto.

Mi madre no entendía el muro de los mapas frente al que él pasaba horas, ni entendía su correspondencia con amigos que ella nunca vio, ni supo bien desde dónde escribían ni con qué propósitos. No entendía los largos encerrones en el cuarto pobre donde dormía él por separado, pero a veces entraba a afeitarse la barba y hablaban. A cambio, cuando por fin salía, él le conseguía semillas de flores y le contaba historias que ella me contaba a su vez agregando gritos y efectos especiales. Si él contaba una historia con caballos, ella golpeaba en la mesa con la punta de los dedos y las uñas, y relinchaba. Si era una historia de horror ella lanzaba gritos.

Todas eran historias de las múltiples vidas de mi padre.

Sé que mi padre tuvo un hijo, un hijo que debió de ser mucho mayor que mi madre. Sé que un día vino, tocó a la puerta, que mi madre le dijo no y fue la única vez que escuché a mi madre prohibirle la entrada a alguien. ¿Quién es? Pregunté yo, y ella dijo: es tu hermano. Nadie dijo nada más después de eso.

No, yo no sabía que tenía otro hermano. Siempre fui sólo yo. Pensé que quería jugar con él, pensé que quería conocerlo y que fuéramos amigos. Lo imaginaba como a un segundo padre, quizá porque sabía que el mío envejecía rápido. Desde que lo conocí supe que su cuerpo empezaría a descomponerse mucho antes de su muerte y así fue: avanzó a toda velocidad en dirección a la tierra. El mismo peso de su poca carne señaló el camino: fue encorvándose, encorvándose y reduciéndose; parecía que en cualquier momento el rostro se pegaría con las rodillas y, con esa textura de manzanita que se quedó hasta el final en el árbol, arrugado y más oscuro, se abrazaría las piernas y moriría.

Por eso quise conocer a mi hermano. Y por eso fui y hablé con mi padre. Él me explicó:

Un día yo me acosté con aquella mujer. No puedo darte más detalles, pero puedo decir que fue un error, un terrible error. Que ella se embarazó. Le gustaba encontrarse con otros hombres a oscuras. Lo sé porque la espí un día desde un árbol y vi

su carne espejear bajo una farola la carne de otro. Pero el niño era mío, eso es seguro. Lo sé porque ese muchacho es idéntico a mí, hijo. Somos iguales. Pero no puedes conocerlo, porque eso sólo te haría mal.

Después de eso no dijo nada más acerca de mi hermano. Después de eso mataron a mi madre. Después de que murió mi madre, murió mi padre. Luego María y yo nos encontramos.

Lo digo sin queja: ésa es la cronología de mi vida.

María nunca ha sabido estar con otras personas. Decía que apenas empezaba a estar con otro, sentía mucha nostalgia y le era imposible continuar con el acto. Decía que incluso cuando estaba con otro, sentía que en el fondo era yo y entonces toda la emoción del engaño se disipaba y con ella todo su deseo. También me contó que cuando estaba con otros hombres pensaba demasiado y mientras ellos trataban de saciarla, ella hacía la lista de la despensa, o recordaba películas. Le obsesionaba la escena, por ejemplo, de una película, una en la que un militar gira en uno de esos dispositivos donde los magos y faquires amarran a la gente para lanzarles cuchillos a los costados. Dice que lo más parecido al placer fue cuando logró recordar perfectamente aquella escena: el militar cesaba de dar vueltas para que el villano le inyectase un suero de la verdad. El militar (que, valga decirlo: era de los buenos) volvía a girar mientras en su sangre caía todo el suero y al dar efecto su veneno, el malo preguntaba sólo para torturarlo: ¿cuál es su mayor miedo, capitán? Y el soldado respondía: que el amor no sea suficiente.

Intentó acostarse con otros hombres porque yo me había enamorado de otra, o al menos eso creí. En la cama con mi amante todo iba de maravilla y tuve que decírselo a María, porque es verdad: a veces uno se pone nostálgico. Sobre todo

cuando hay contigüidad temporal entre uno y otro encuentro. Algunas veces llegaba al cuerpo de María, deseándola más que a nadie, pero todo en mí estaba traspasado por el cuerpo de la otra persona. Incluso al hablar, algunos gestos, ciertos vicios en la pronunciación de las palabras que no eran míos, me delataban. Veía mi deseo desvanecerse ante la culpa.

Y es que tampoco me ha sido posible dejar de sorprenderme ante las diferencias entre una y otra cosa en el cuerpo de la gente. No hablo de "belleza", no, hablo de otra cosa. Que tu mano alcance en la oscuridad un orificio, que lo toques hasta que lo humedezcas y que ahí se vaya abriendo una espiral, una espiral hacia la que eres atraído, como si fuese un remolino marino, sí, y caes ahí como viajando en ti mismo, en tu sangre caliente, tu sangre a tope, toda la sangre de ese específico pedazo tuyo hundiéndose en el bucle de alguien que te abre las piernas, y sientes como si desde siempre hubieses sido un pequeño bote con un navegante dormido y ya no se pudiera hacer más que abandonarse.

Pienso entonces dos remolinos, tres remolinos, cuatro remolinos, la diferencia entre uno y otro.

Pero no, decir esto también es estar mintiendo. A veces no la miras, no ves la espiral. A veces, es cierto, se entra ahí sólo para atiborrarse. Algo en uno dice: si es posible, vamos allá. No lo necesito, pero quiero.

El cuerpo a veces es como esos hombres que pasaron hambre y obligan a sus hijos a comerse las sobras a la fuerza.

Cuando yo vi muerta a mi madre, su falda le cubría el rostro y junto a ella, como si fuera parte de su cuerpo, pude ver la cara de su perro herido. Lo habían apuñalado desde distintos ángulos y tenía la nariz rajada y a la luz un par de dientes. No pudimos salvarlo, pero estoy seguro de que tampoco hubiese querido ser salvado. Porque sí, amaba a mi madre. Amaba a mi madre o se le debía más que yo y más que mi padre.

Ese perro también le había florecido.

Era un perro con cara de gusano que habían dejado de cachorro en la puerta. Ella lo había recogido, con todo lo feo que era, lo había abrazado como a un niño en un pedazo de manta y le había dado leche que era más sentada bajo su naranjal, como si fuera una madre que se estrena. Había que verla, con su criatura en el regazo, empujando una mamila de leche tibia bajo un árbol cuajado de redondeces jugosas y amarillas. Y el olor, qué olor. Olor clarito, como el del cartón empapado y la lluvia cayendo sobre la tierra. Ése sólo podía ser olor a naranjal y a mi madre ahí, con su perro húmedo por la leche que le caía a goterones por el pelo. Al acercarse las vecinas fingiendo que iban a saludar a la mujer de la que siempre se burlaban, destapaban la cara de la cría y pasaban del enternecimiento a su molesta risa de estallido, a la grosería. En el fondo se les veía asustadas. Mi madre ni se movía, se quedaba ahí, mirando las dos

manchas de pelos amarillos que tenía su perro a las que llamó siempre "sus verdaderos ojos". Yo la miraba, gateando alrededor y de vez en cuando comiéndome algunas hormigas.

Recuerdo que al fondo de nuestro pequeño jardín, estaban por entonces los nuevos naranjos. Me parecían inmensos, pero estaban recién plantados. Yo aprendí a caminar sosteniéndome de sus troncos crecientes. Me sujetaba primero de la tierra, que siempre estaba húmeda, y con esa textura fresca y pesada para las manos de un bebé, me iba levantando.

María llegó a trabajar en una especie de morgue. Es algo de lo que no le gusta hablar. Recuerdo que me contó una historia, ni siquiera es sólo que la recuerde, sino que no puedo olvidarla. Me dijo que en su primer día le pidieron que vistiera a un cadáver. Le explicaron cómo tenía que sentar un cuerpo con rictus para poder acomodarle una camisa, pero a la hora de hacerlo, María no podía. El cuerpo se le venía encima, y la tensión que unía todos sus músculos no le dejaba a ella extender ni un poco el brazo para dejar entrar las mangas. Dice que intentó, pero que luego de un rato, vencida bajo el peso del cadáver, se soltó a llorar y que el hombre de la bata azul, después de un largo regaño, le dijo: mira, María, aquí tienes un montón de cuerpos que cuando estuvieron vivos sufrieron mucho; sus familias llevan mucho tiempo buscándolos, si es que tienen familia, o si es que estuvieron buscándolos. Éste es su último camino y nuestro trabajo es dejarlos dignos, así que si este cuerpo no se deja vestir, háblale, dile: mira, ya estás aquí, ya te encontramos, ya no hay nada de qué preocuparse.

Dijo que el hombre de la bata azul fue hacia el cadáver que debía vestir María y puso su boca cerca de la oreja amoratada.

Déjame vestirme, ya se terminó tu camino, mañana descansas. Deja que te vista para que te recen.

Y María vio cómo después de eso, el hombre vestía fácilmente al cadáver, y cómo aquel cuerpo había parecido relajarse.

Mientras mi madre desgranaba un fruto de semillas jugosas que había bajado de su árbol, me dijo: las cosas que se hacen con amor quedan bien hechas. Yo no sabía que se refería a mí, más que a sus frutas. Y tampoco entendí, sino hasta mucho después, que al decir aquello se refería también a mi medio hermano. Él no era "una cosa bien hecha", según mi madre. Me dijo eso unos días después de aquella extraña visita.

Mi madre siguió desgranando aquel fruto, se le llenaban los dedos de un líquido rojo que al humedecerse con saliva o agua se volvía purpúreo. Luego me dijo: ya te lo habrá contado tu padre, Salvador, cuando estabas en mi vientre, yo salía a jugar con los niños de la cuadra. Un día vinieron los hermanos pequeños de los niños más grandes y fui a sentarme con ellos en la banqueta. Estaba cansada, yo no sabía que tú estabas dentro de mí y no entendía por qué me sentía así, rara, cuando salía a patear balones. Los más chiquitos empezaron a preguntarme de dónde había venido yo y cómo se llamaban mis padres. Creían que tu padre era mi padre. Con lo distintos que somos, ¿verdad? Me preguntaron por qué yo tenía los ojos abiertos en las orillas, como si alguien me los hubiese hecho grandes hacia los lados con un cuchillo. Les dije que así eran los de mi raza y se soltaron a las risas, tocándose la barriga. Eso de las razas es como de perritos, me dijeron. Luego me preguntaron otras

cosas, pero yo estaba pendiente de quién había metido gol en nuestra portería y cuando volví al tema, los niños ya no hablaban conmigo y discutían entre ellos algo que no me explicó. ¿Qué están diciendo? Les pregunté. Y ellos dijeron: nada, estamos hablando con el chiquito. ¿Qué chiquito? Dije yo. Y uno de ellos extendió su dedo hacia mi vientre y dijo: pues ése.

Le gustaba sacarles semillas a las granadas, sacaba del vaso el cuerito que sostiene las semillas y se lo comía. Es amargo esto, Salvador, pero es muy bueno para el cuerpo. Y lo iba poniendo todo en un vasito transparente para que me dieran ganas de comérmelo. Anda, Salvador, cómetelo, es bueno ahora que está por llegar el frío. Y me seguía diciendo: ya te lo habrá contado tu padre, cuando esos niños me dijeron eso, yo no les hice caso. Seguí jugando a correr de un lado a otro, pero una noche, acostada en mi catre, escuché que algo latía. Latía muy fuerte, Salvador. Tum, tum, tum, tum, todo el cuarto estaba lleno de ese sonido. Y yo quería llamar a alguien para que me dijera si también lo oía, pero estaba sola y no acudió nadie. Y entonces hablaste, te escuché hablar con una voz que me recordó a cuando mandábamos a mis hermanos al fondo del pozo a traer la última agua y gritaban desde abajo para que subiéramos la cuerda. Antes de que pudiera entender lo que me decías, salí corriendo del cuarto. Estaba muy asustada. Afuera de la puerta, sobre el granado, vi parada una lechuza y la lechuza cantando. Yo me morí de miedo, corrí al pueblo para contárselo a una viejita y ella me dijo: por qué me lo contaste, mujer, tu hijo iba a ser un mago, un brujo, iba a tener poderes, pero para eso debiste haber guardado el secreto. Ahora, como me lo has contado, vas a tener un hijo normal como todos nosotros.

Eso dijo mi madre, mientras yo reventaba con los dientes esas semillas rodeadas de agua roja. Cuando terminé, recuerdo, amenacé con tirar el vaso de vidrio para que ella me cargara. Vino por mí y, para distraerme de llorar, puso el índice sobre su boca y me llevó a ver en silencio a un pájaro de pecho azul que nunca cantaba.

María fue quien decidió que teníamos que venir al desierto. Por qué no nos tomamos unos meses para no ser nadie, me dijo. Estaba harta de estar en el mismo lugar durante tanto tiempo. No hacemos más que estar juntos, Salvador, siento que no existo más que para ti. Me abrazaba tan fuerte que a mí me traspasó la sensación de que aquel viaje podía ser una fatalidad, sin embargo acepté, yo también necesitaba irme.

Necesito saber cómo me ve alguien que no sabe nada de mí, me dijo ella, estamos tan acostumbrados el uno al otro que ya sé que me vas a decir que sí.

En silencio, tras esa afirmación implícita, hicimos las mochilas, llenamos las cantimploras y al otro día por la mañana nos subimos al auto.

Yo necesitaba irme. Había conocido a Daniela y las cosas habían terminado mal. No era la primera vez que engañaba a María, pero esta vez todo había ido demasiado lejos. María nos había visto. Cuando levanté la mirada, detrás del cuerpo ondulante de Daniela, la vi en el umbral de la puerta con los ojos llenos de lágrimas. No sé cuánto tiempo llevaba ahí parada; habría tenido tiempo de ver los lunares en la espalda y las nalgas de mi amante y de verme a mí, excitado, rojo, sudado y a punto de lanzar un grito. Habría tenido tiempo de comparar su cuerpo con el cuerpo de Daniela, y aunque sólo la hubiera

visto de espaldas, habría tratado de atisbar si sus pechos caían o si se mantenían firmes mientras se agitaba.

Cuando la vi, con esa mirada perdida en el desconuelo, me quité a Daniela de encima y, como sucede en las telenovelas, salí corriendo detrás de María, que se había alejado con la lentitud de la derrota. Una vez en la puerta de la casa, al verme, se había echado a correr hasta perderse después de donde dobla la calle. Corrí unos segundos detrás de ella, desnudo, pero al darme cuenta de mi estado regresé a la cama, donde Daniela me esperaba todavía.

Estás loco, mi amor, me dijo cuando me acerqué a ella. Su cuerpo desnudo despedía un olor a sangre y a coco. ¿A dónde fuiste?

No supe qué contestarle. Le pedí que se vistiera y que saliera de mi casa. ¿Me estás echando? Me preguntó azotando sus botas contra la pared. Tampoco supe qué contestarle. Guardé silencio mientras ella guardaba el sostén en su bolso y abotonaba desordenadamente su camisa. Sus dos pezones todavía estaban altos y la blusa le apretaba tanto que su sudor la había empapado. Ya sólo le faltaba ponerse los zapatos y yo deseaba urgentemente que se fuera. Daniela, por favor, sal de mi casa, volví a decir. ¿Qué pasó, Salvador? ¿Puedes contarme? Me purgó que me lo dijera como si estuviera resolviendo algo en el trabajo, en ese mismo tono servicial de operadora de teléfono. Carajo, Daniela, vete al diablo, puta madre, sólo vete. La jalé del brazo y la saqué de la casa sin que se hubiera puesto los zapatos. La vi por la mirilla recargarse en la pared y empujar sus pies en las botas. También Daniela estaba llorando, sus ojos se hacían más claros cuando lloraba. Hacer llorar a dos mujeres en el mismo día son malos puntos para el karma, pensé. Volví a nuestra cama, mía y de María, la tendí, la regué con mi perfume y la llamé treinta y cuatro veces. No respondía. Esta vez se ha hartado, pensé, esta vez no va a volver. Soy un imbécil, un maldito imbécil.

Mi padre siempre fue un hombre infiel, eso es lo que único de lo que nunca tuvimos duda. Nunca entendí cómo él, siendo tan viejo, podía engañar a mi madre, que era una preciosa morena de grandes pestañas negras. Cómo alguien podía fijarse en ese hombre medio encorvado que nunca decía su edad pero al que era fácil calcularle muchas decenas de años. A mí ya me parecía un viejito cuando tenía que seguirlo al bar y quedarme con él hasta que uno de los dos se quedaba dormido y era guiado por el otro hasta la casa.

Mi mamá me mandaba a seguirlo; me hacía sentir fuerte cuando me decía que tenía que estar con él para que nadie le pegara. La verdad es que mi madre tenía miedo de que mi padre se fuera con otra. Nunca sucedió, el hombre envejeció muy pronto y el tiempo que perdía con las mujeres lo invirtió en estar solo. Se encerraba en ese cuarto con las paredes cubiertas de libros y mapas y nombres de santos y no salía de ahí durante días.

Después de que murió mi madre, murió mi padre. El viejo amaneció una mañana con la boca abierta. Recuerdo que hasta ese día no me había dado cuenta de que se le habían caído todos los dientes. Al principio tenía miedo de que lo hubiera matado el mismo que había matado a mi madre, pero luego me di cuenta de que se había muerto de viejo. El día anterior a su muerte, sin embargo, mi padre lucía radiante, más radiante que nunca. Pude ver entonces, por un momento, la razón por la que las mujeres lo adoraban y quise con todas mis fuerzas crecer para ser como él. Ese día su rostro se veía mucho más joven y sus ojos estaban llenos de luz. Lo único que hablaba de la verdadera edad de mi padre eran sus manos: hacía mucho que no se cortaba las uñas, habían recogido una mugre oscura y sus venas le salían como raíces negras hacia la superficie.

No enterré a mi padre. Pedí que lo cremaran y el cofre de sus cenizas adornaba mi sala.

Cuando María me dijo: vayámonos de aquí; lo primero que tomé fueron sus cenizas.

Me hubiera gustado decirle: creo que él querría que regara sus cenizas en el desierto; y que por ese gesto puramente sentimental ella me perdonara todo, me abrazara por detrás besándome la nuca y me dijera: llevémoslo con nosotros entonces.

Irnos era lo único que podía hacer para compensar todas las veces en las que había intentado traicionarla. Te amo, María, le dije cuando la encontré. Estaba escondida en un parque y no dejaba de llorar. Le dije: nadie, nunca, significará lo que tú significas para mí, nadie, nunca, María, te lo juro.

Está bien, dijo con la mirada perdida, y fue todo lo que dijo en el día; el resto de la tarde se concentró en mirar las plantas de una maceta, en regarlas, sacarlas al sol, quitarles a las hojas las orillas marchitas.

Luego salió con lo de irnos. Irnos, alejarnos de Daniela, irnos lo más lejos posible de esa estúpida mujer, leí en su mente, aunque ella decía en voz alta: estoy harta de todo esto.

Fue ésa la noche que ella me dijo entre sueños: me comeré a mí misma.

Yo no le dije lo que había soñado: su voz, parecida al ruido que hace el viento cuando trae del desierto esas gruesas capas de polvo, me llamaba por mi nombre. Yo estaba en nuestro pequeño jardín y la buscaba dentro de la casa, ya no se escuchaba su voz, pero sabía que estaba ahí. ¿María? No contestaba, pero la escuchaba respirar como en un altavoz. Su respiración estaba distorsionada por un filtro extraño, era algo como ruido blanco a alto volumen. Dolía escucharla. ¿María? No contestaba. La casa tenía muebles distintos, luz distinta. El sol lanzaba

a través de las ventanas una claridad extraña. Entonces la vi doblar para entrar a nuestra recámara, sé que iba desnuda, alcancé a ver su cabello cayendo sobre sus nalgas.

Una y otra vez, avancé hacia ella y una y otra vez sólo la vi girar y aquel momento se extendió y giramos tanto que tuve la sensación de ir en un carrusel y caerme.

¿María? Dije, y por fin la encontré. Estaba sobre la cama y su cuerpo sudado estaba rodeado por otro cuerpo sudado. ¿Qué estás haciendo, María? No me escuchó, siguió gimiendo y respirando mientras ese hombre, ese ser, la acercaba a su cuerpo entre sus piernas. Ella se movía como si hubiera hecho el amor así con él desde siempre. No sé muy bien qué les daba esa cualidad, pero parecían eternos.

María, ¿por qué me haces esto? Le grité.

Dicen que este hombre en otra vida fue un rayo, me dijo, y de cualquier forma qué sigues haciendo aquí si no me quieres.

Ahí fue cuando desperté. María me miraba fijamente.

¿Por qué me hiciste esto? Me dijo. No sé cuánto tiempo llevaba llorando, pero sus ojos se habían hecho pequeños y sus párpados estaban rojos e hinchados.

Creo que la amo, dije yo.

Un día le pregunté quién era Dios y dónde estaba y mi padre sacó ese libro gordo que siempre leía. Hizo un par de sentencias moviendo las manos y luego me empujó fuera del cuarto. Déjalo solo, hijo, tu padre no quiere que nadie lo distraiga de poder ver a Dios, dijo mi madre llevándome de la mano a observar los gusanos que se habían prendido de los naranjos.

Yo, de muy pequeño, le rezaba al amor de mis padres porque creía que era un Dios. Pero luego, como a todos, me alcanzó el descreimiento. Alancé a ver que mi madre sentía una devoción absurda por ese hombre del que nunca supo nada más que las historias que contaba. Y esas historias... esas historias no pueden ser reales. Hablaba siempre, por ejemplo, de un hombre al que se había encontrado en el desierto, no sé qué hacía en el desierto mi padre, pero estaba allá durante la guerra, siempre cubriéndose las espaldas. Iba en su caballo negro cuando se encontró con un mercader al que se le había muerto la mula. Súbase, lo llevo en lo que se consigue nueva yunta, le había dicho mi padre. Y él se había subido.

Por cómo lo contaba, con los ojos perdidos, en el camino se había hecho de noche cuando el mercader le dijo: ¡aquí me bajo y me voy como se va el oro, que siempre vuelve, Vicente! Si al oro lo entierran, se desentierra solo, y a veces si uno lo reparte, se multiplica. Tenga usted una monedita de oro por ayudarme,

ojalá pueda hacer por usted lo mismo que usted hizo por mí: acelerarme un poco el paso. Que esto lo lleve más rápido a su destino y que su estirpe conozca el verdadero amor, así sea, señor, hágase tu voluntad, ha sido todo un placer.

Haciendo una larga floritura con la mano, el mercader puso la moneda de oro en la mano de mi padre y se retiró haciendo a cada paso una pequeña reverencia.

¿Quién es usted? Le preguntó mi padre. Esa moneda se lo dirá, le dijo el mercader, luego le gruñó a mi padre en tono de burla como un perro y se perdió en la oscuridad del valle solo.

Cuando encontramos muerta a mi madre tenía esa moneda justo en su herida más honda, estaba ahí, como si alguien se la hubiera metido a la fuerza.

Vi la moneda toda cubierta de sangre y a mi madre y al perro ahí tendidos, pero no lloré, no hice nada. Me fui a la cama porque me sentía cansado. Estoy muy cansado, dije, y luego me dormí durante varios días. Cuando desperté, mi madre estaba en una caja rodeada de mujeres vestidas de negro que me obligaron a verla.

Fue en esos días lo último que dijo mi padre: es una maldición, y debería ser un pecado, que una mujer muera antes que su marido.

Ya únicamente se dedicaba a ver esa moneda bajo la sombra del naranjal.

No sé qué hacía ahí la moneda, yo pensé que la había perdido, decía mi padre. Y cada tarde, después de decir lo mismo, se traía un banquito de madera y pulía aquella moneda, una y otra vez, como si nunca se le quitara lo sucia. Me mandó al arroyo a traerle baldes y baldes de agua, saponaria, lejía, pero para él la moneda nunca quedaba limpia. Ya no parecía que quisiera limpiar la moneda, sino desaparecerla. Y la moneda brillaba, brillaba como si fuera el sol.

¿Por qué mi mamá tenía eso en el hoyo que la mató? Le pregunté. Y él me contó la historia de aquel mercader que había conocido a la orilla del camino.

Anoche tuve otra vez un sueño.

Estaba sentado en nuestro pequeño jardín, en una silla de niño, muy pequeña, y esta vez, María, no eras tú quien me llamaba, era yo quien decía mi propio nombre. Me levantaba de la silla, miraba al cielo y el sol era una moneda dorada. La luz que proyectaba era como la luz en un espejo y me manchaba los ojos de pequeñas luces negras y blancas. Un poco enceguido, entraba en la casa. Me seguía escuchando a mí mismo decir mi propio nombre. ¿María? No respondías. Temía, pero por nada en especial, aquello era peor: era el miedo en estado puro y se abría manchando todas las cosas. Lo sentía en todo mi cuerpo, caldeándome los músculos en una tensión chocante. Los dedos de mis pies se agarraban a los zapatos con las uñas, no podía evitarlo, parecía que andar de otra forma me llevaría a caerme. Agachado, con los dedos de las manos doblados hacia adentro, me sentía como un mono. Parecía que el miedo había estado ahí siempre, sólo creciendo hasta volverse dueño de todo. ¿María? No me contestabas. Tú no estabas ahí, se sentía como si nunca hubieras estado. Todo mi cuerpo tenso de horror me hacía parecer un salvaje, recuerdo que lo pensé en el sueño: si alguien me viera así, se asustaría, no puedo dejar que nadie me vea nunca en estas condiciones. Volví a llamarte, una y otra vez, caminando por toda la casa. Mi voz había dejado de

escucharse y al llegar a la habitación, el lugar que había dejado para revisar al último, vi a alguien dormido en la cama. ¿María? Moví las sábanas para descubrirte, mientras pensaba en lo hermoso que sería tenderme junto a tu cuerpo tibio y abrazarte. Ibas a despertarte a medias para decirme como siempre: ¿todo bien? Y yo te diría: sí, todo bien, el sol está extraño. Esperaría a que despertaras de verdad para contarte el miedo que había sentido, aunque ahí, en ese momento, acostado junto a ti me consolaría escucharte respirar, te sobaría el pecho y tú abrazarías mi mano para acercarme, María, pero cuando levanté las sábanas no estabas ahí, sólo me vi a mí mismo. Estaba dormido, pero la luz que inundó el hueco entre las sábanas me hizo despertar y entonces me vi fijamente a los ojos.

¿María? María, ¿me estás escuchando? Te cuento mi sueño, me tiene intrigado, no me estás poniendo atención.

Ah, me contesta María.

Ella va en el asiento del copiloto y su cabello suelto vuela sobre la ventana. No me escuchas, no me estás poniendo atención, pienso, pero no le digo nada. María está ida pero por momentos una fuerza le cambia el rostro y parece que una gran certeza le pertenece. Esos segundos, habla diciendo cosas prácticas: me lee una lista de comida para llevar al desierto. Detente en el supermercado, Salvador, no lo olvides. Necesitamos agua, comida enlatada, no hay que olvidar papel de baño, el papel de baño es muy importante.

Antes de entrar, se despide de mí con un beso en la boca y otro en la frente y suelta esa risa suya de niña tierna. Le digo: estás loca, aunque ella ya no me oye. La veo pasar frente al guardia y la puerta automática de vidrio se abre frente a sus ojos.

Hace calor, he manejado durante horas, me duele el trasero, mi estómago suelta un amargor extraño. No he tenido hambre en todo el día y el fuego traslúcido que escupe la carretera me ha dado náuseas. Quiero quedarme dormido.

Como esos sueños en los que está por abrirse una carta que contiene un secreto, el nombre de Dios o la razón por la cual se cayó en el mundo, ella me contó que había soñado a alguien a quien amaba con locura. Un ser cuyo radio se extendía hacia el infinito y a quien no era posible verle el rostro. Me dijo que en el sueño ella corría alrededor de su cuerpo pero el campo de visión siempre se limitaba al hombro y a la espalda y al rostro no llegaba nunca. Estábamos viendo juntos el abismo, y él estaba parado ahí, junto a mí, sin su cara, me dijo. Y un día, con los ojos llenos de ese brillo que tienen las mujeres cuando se enamoran, me dijo también: sé que tú eres esa persona, Salvador, lo sé.

El calor me caldea el cerebro cuando despierto aunque es ya de noche, pero el infierno ha menguado. ¿Dónde estará María? Hace horas que se metió a comprar agua y papel de baño. Me espabilo, me masajeo las sienes. Hay algo pesado en el aire, me cuesta respirar. Seguro le dio hambre, seguramente se cansó de verme dormir y fue a buscar algo de comer.

Aparece de pronto en mi mente la idea, la remota posibilidad, de que pudo haberme dejado. La comida es lo único bueno que tiene este lugar. Hace un calor del diablo. Espero que no se ponchen las llantas. Unas ideas amurallan a otras, pero el sudor empapa mis manos y se siente frío porque, fuera del coche,

el calor que escupe el pavimento hace que todo parezca una enorme parrilla. Voy hacia los puestos que rodean el supermercado, un complejo de cuerdas y de toldos. Ella no está ahí, María no está en ningún sitio. Una mujer de este tamaño, con el cabello así de largo, ¿no? ¿Está segura? Voy al siguiente puesto entonces, la gente me contesta de mala gana. El sudor frío ha tomado ahora toda mi espalda. Las sienes, hay que masajearse las sienes, todo va a estar bien, dónde puede estar esta mujer.

¿Cómo es? Dice alguien. Y entonces grito: ¡una mujer, carajo, qué tan difícil puede ser encontrar una mujer de este alto, con el pelo de este tamaño, con una cara que no se parece a la tuya, cara de perro, hijo de tu pinche madre! El hombre se ha parado, me ha mostrado los puños y me he ido. Qué hice, debo calmarme. Respira un poco, encuentra a María. No te pudo haber dejado, ella no haría eso. Ella te ama, ella te dijo que tú eras El hombre. Nunca va a encontrar algo como esto, ¿dónde puede estar? ¡María!, empiezo a gritar, ¡María ya sall, grito como si estuviéramos jugando. La gente que come en el complejo de toldos amarillos se ríe, ¿qué le pasa a ese señor, mamá? Pregunta un niño y la señora le contesta al oído. Váyanse todos a la mierda, pienso. Volveré al coche y seguro estará ahí recargada en la puerta, arreglándose el pelo en el espejo retrovisor. Me dirá: ah, ya has vuelto, te estaba buscando, y yo la voy a abrazar como nunca la han abrazado en su vida.

Voy al coche, pero no está ahí, no hay nadie alrededor, el estacionamiento se está vaciando.

Voy hacia el supermercado. Ahí sigue el guardia, quieto, quietísimo, obediente. Señor, mire, busco a alguien, estoy buscando a alguien de este tamaño, con el cabello así, ¿cómo voy a saber a dónde fue si la estoy buscando? Entré por esta puerta, eso es lo último que sé. El guardia se ha puesto nervioso, evade mi mirada, la dirige hacia un punto ciego para no mirarme. ¿Podría verme a los ojos, señor, por favor? Esto es importante,

ella no aparece, hace horas que no sé nada de ella. El guardia empuña su arma, dígame cómo se llama esa mujer, o no podré ayudarlo, me dice. No quiero contestarle, pero escucho de mi boca salir: una mujer, una mujer, una mujer, una y otra vez como si eso fuera lo único que supiera decir. Esto es como un bucle, un remolino, otra vez esa sensación de girar y caerme. Cómo es la mujer, cómo es la mujer, cómo es la mujer, me contesta el guardia cada vez empuñando más su arma.

¿María? ¿Dónde estás? Cientos de cuerpos y rostros aparecen en mi memoria haciendo una muralla. Carne, sólo carne, hombres apilados sobre mujeres apiladas forman una masa que no me deja ver lo que hay más allá. Salvador, me dice uno de esos cuerpos mientras rueda hacia mí: yo te escuché hablar dentro de mi vientre y me morí de miedo así que corrí a contarlo y la vecina me dijo: debiste haber guardado eso como un secreto, porque ahora vas a tener un hijo normal como todos nosotros.

Señor, ¿me escucha? Dígame cómo se llama y cómo es la persona que busca o no podré ayudarlo, dice el guardia. Hable más fuerte, no lo escucho, ¿señor? Su nombre. ¿Cuál es su nombre!

Para qué quiere saber su nombre, para qué quiere saber mi nombre. Maldito imbécil, digo, pero en lugar de articular lo que quiero, escupo una arcada. Esta náusea me empuja el alma y la comida hacia afuera. Por qué me pregunta tantas estupideces. Me arranco un pedazo de uña y miro cómo lentamente una gotita de sangre empieza a brotar entre la cutícula.

Ya viene detrás, haciendo sonar sus botines contra el pavimento, los escucho aunque apenas si rozan. Había hecho el gesto de sacar su arma, estoy seguro. El ruido de sus pisadas sube de volumen. No volteo, sigo corriendo. Cientos de ojos me miran, pero no puedo distinguir a las personas, sólo puedo ver sus globos oculares formando una única mirada. A la velocidad a la que voy todo se reúne y es una sola masa informe y colorida: muro y perro, árbol y persona, naranjas y flores, el agua sucia que salpican las escobas, las escobas mismas, la rata que también huye. Creo que en algún momento voy a desaparecer, se lo pido a mi cuerpo, pero no responde. Los pulmones me frenan, pero algo como una especie de parásito, una grandísima arcada que trata de salir de mí, me lleva de la tripa hacia adelante. Entonces alguien me sujeta de la muñeca y el peso que mi cuerpo había puesto en correr me devuelve hacia atrás, como a un perro amarrado lo atrae a su mismo sitio el impulso que pone en liberarse. Caigo al suelo, se empiezan a enrojecer con sangre mis palmas. Una mano me sostiene y en mi brazo tengo la marca de sus cinco finísimos dedos, tan bien marcados, que podría hacerse un molde de las hendiduras.

¿Por qué corre, joven?

Me estoy levantando, pero el hombre todavía me sostiene, quita su mano y yo volteo. Gran alivio. No es el guardia, es un

comerciante. El mercado está cerrado, detrás de las cortinas de tela y hierro alcanzo a ver hierbas y plantas vivas. Un olor a fruta podrida inunda todo y por la oscuridad del sitio éste debe ser el último vendedor en irse. Sólo su foco ilumina ese pasillo pero no sé muy bien qué vende. ¿Está bien? Me pregunta. Sí, le digo yo, me estaba siguiendo un guardia. ¿Se robó algo, señor? No, no me robé nada, el hombre se sacó de quicio, o yo me saqué de quicio, no lo sé. Estoy buscando a una mujer, le digo.

Los ojos rojos de los molinos del desierto arrojan un resplandor sobre el polvo que cubre la ciudad, lo veo a través de los hoyos de las cortinas de acero; el vendedor lanza una moneda al aire y también en la moneda se refleja esa luz roja.

Cerca de aquí está el desierto, ¿verdad? Le pregunto y el mercader sonríe. Va a necesitar agua y un poco de fruta para entrar, me dice. Luego esculca en la penumbra y cuando gira su cuerpo hacia mí, me extiende una bolsa. Bajo el foco veo que la bolsa tiene dentro una botella de agua y algunas manzanas. Vaya por ese camino que brilla desde aquí por la farola, gire en el primer cruce hacia la derecha, caminar  un par de horas, tenga cuidado con las serpientes.

Todos estamos buscando a una mujer, me dice riendo, y yo me alejo.

IV

EL OTRO DE SÍ MISMO



Salvador va a mitad de la carretera, no mira si alguien más va o si alguien más viene, sólo da por hecho que él es el único con un auto en el desierto. Quizá tenga razón. A excepción de esos carros de puro metal que se mueven con llantas enormes sobre las montañas de tierra acarreando gente enferma y sacos de sal y harina venida de otros lugares, él es el único que conduce algo capaz de moverse a esa velocidad sobre la terracería. Igual tiene que frenar, frena cuando dos perros flacos cruzan la calle y una llanta estalla por el calor cuando derrapa. Salvador ha escuchado algo golpear contra su cofre, un sonido seco, como el de los bultos de sal cuando se les apila con fuerza. Vio a esos dos perros negros cruzando la calle y tuvo que frenar, no ha tenido otra opción. Tiene miedo de haber matado a alguno, porque aunque se dice: si serás idiota, mientras baja del auto; porque aunque se dice: mira que parar ahora por un par de perros que igual iban a morir de hambre, Salvador tiene mucho miedo. Vio el compás de esos dos animales al cruzar la calle y pensó que aquello no podía ser algo natural. Daban la sensación que dan las rosas azules cuando se les mira por mucho tiempo: *las rosas azules no existen en la naturaleza*, pero existen igual. De niño había aprendido a cortar el tallo y a sumergirlo algunos días en pintura, los pétalos se pintaban de azul y luego, demasiado pronto, las rosas morían.

Un momento álgido, como cuando los enfermos son bellos el día previo a su muerte.

Esos perros caminaban idénticamente, uno levantaba la pata y al mismo tiempo el otro levantaba la suya como si fuera su sombra. Una escolta de perros, con los cuerpos del mismo tamaño, hechos de pura negrura. No se les vefan los ojos ni gracias al día soleado.

Salvador se detiene en la puerta del auto. Alcanza a ver a uno de ellos tirado, el cuerpo se funde con la tierra como un pedazo de cera negra bajo el sol. Es sangre, eso de allá es sangre. La última vez que vio sangre de muerto fue la de su madre. Su padre, en cambio, ¿cómo murió su padre? No lo recuerda en ese momento. La oscuridad en la que se vacía el perro tiene toda su atención: se extiende lentamente sobre la tierra, entre el polvo, el humo, el sol que se clava en todo, menos en esa sangre. Ahí sí no se puede meter el sol. Debe de ser espesa, debe de ser como la del perro que cuidaba a su mamá y que emanó al morir un caudal tan oscuro que su padre dijo: señor mío, esta sangre es más negra que el Cristo del veneno.

Embebido en ese recuerdo, Salvador camina desde su auto hacia el cadáver. El otro perro ha desaparecido, quizá está oculto entre las matas viendo cómo su hermano, su sombra, se muere. Salvador se acerca un poco más, tapándose la nariz como si ya hubiera una peste y lo que encuentra no tiene forma de animal: es una niña en su sangre, una niña muy pequeña con el rostro clavado en el cielo y la tripa revuelta en la tierra.

En el aire hay un olor dulce a flor, a naranjo.

Las personas del desierto, con las piernas llenas de polvo hasta las pantorrillas incluso cuando duermen, escuchan pasar un auto en la madrugada. Escuchan a lo lejos un estallido. Sale corriendo una de las mujeres con un fusil cargado a vigilar el pueblo de tres calles. ¿Qué fue eso? Le grita a su vecino, que desde la ventana le responde: un pinche loco pasó con su coche por aquí, hermana, debe de ser uno de esos drogados que vienen a pasearse para sentirse místicos, volvamos a dormir, se le ha de haber ponchado la llanta. Después de eso todo el pueblo descansa. Al otro día habrá que levantarse muy temprano. Antes de que salga el sol hay que ir por agua al pozo, antes de que salga el sol llevarle agua a las mulas y a las cabras, llenarse los pies de la mierda de los animales. Las mujeres ordeñarán, sacarán leche y de su leche cuajada sacarán dos quesos. Venderán uno, se comerán el otro. No hay tiempo para ir a ver quién es el loco ni si podrían ayudarle con la llanta del coche. Ya se enterarán, porque así son las cosas siempre, uno termina por enterarse de todo en estos pueblos. Tarde o temprano esas minucias tan esperadas se vuelven grandes sucesos; a veces resuenan como historias de generación en generación, así que aquel tonto que se ha internado en el desierto podría estar haciendo historia. Una que otra persona aparece cada varios años por aquí y pareciera que nadie se entera, pero todos le siguen el

paso. Mañana será otro día, ahora la madrugada hiela el agua en sus palanganas y los animales duermen unos sobre otros, las manadas de zorros destazan a las gallinas perdidas y las serpientes duermen con los ojos abiertos. Hay que dormir, mañana temprano, antes de que salga el sol, hay que hacerlo todo.

Allá va el señor Juan con su fusca, susurraban los niños y corrían a esconderse entre los espinos para verlo pasar. Su nombre se había vuelto una leyenda: Juan Barrera, decían los ancianos, fue el más temerario de los hombres pero perdió a su mujer durante la guerra y desde entonces todo su espíritu se vino abajo. Juan Barrera, decían las mujeres, era un semental y tiene hijos regados en toda la Sierra. Juan era un asesino a sueldo, un brujo malo, decían los niños, de noche se convertía en un perro negro de ojos rojos, hasta que vino otro brujo y, poniéndole las manos sobre los ojos, se llevó todo su poder y desde entonces Juan tiene miedo.

Juan Barrera, hijo de Vicente Barrera y de la siempre señorita Cástula Sánchez, que en paz descanse su pinche madre, ocupa su apellido paterno como un castigo autoimpuesto. En el fondo la erre en su apellido le gusta, le recuerda el sonido de un motor, cosas lejanas de la ciudad a la que nunca más ha vuelto. Allá sólo estuvo unos años, en la escuela nocturna y en su trabajo de obrero, cargando como un Sísifo esas cartas enmohecidas que le recordaban quién era y lo que había hecho.

Juan se pudrió después de perder la esperanza. Algo había cambiado desde la muerte de Lázaro y ahora su ausencia punzaba dentro de él y era una mala semilla. El de Juan era un duelo apenas perceptible, lo dejaba seguir haciendo, seguir

vivo y funcionando. Y como podía accionar, accionaba. Largas jornadas laborales, noches de tres horas, las siestas para reponerse en el transporte público. La fábrica. La fábrica doble turno y de pronto una siestecita, una que no diera tiempo de soñar, por allá en una banca. Velador o alumno en la escuela nocturna, Juan recuerda de esos años sólo el olor a la caca de los niños que gateaban entre las bancas mientras sus mamás aprendían a leer.

Era muy hondo su dolor, como una enfermedad a la que uno se acostumbra, o como un fantasma que se ha desplegado o que permanece agazapado dentro mientras consume.

Con el tiempo, aparecieron nuevos recuerdos, cosas que hacía mucho no recordaba: el día en que él y Lázaro encontraron una piedra con fósil y se dieron cuenta de que el desierto había sido el mar; las familias de coyotes que los miraban detrás de las matas en la noche y las tapetas de sus ojos que parecían luceros. Con el tiempo esas memorias se habían vuelto más nítidas y había reescrito y decorado algunos de sus recuerdos, pero siempre quedaba el germen debajo de todo, como una sombra.

Había pasado por la vergüenza en el aula, las risas de los alumnos jóvenes, el gesto amargo de las mujeres embarazadas que llevaban niños y cuadernos en los brazos. Después de tanto tiempo trabajando como obrero en las mañanas y yendo a la escuela de noche, había podido finalmente saber quién era. Nunca le hubiera pedido a nadie más que leyese las cartas: sabía que aquello tenía que ser develado sólo por él. No hubiera soportado nunca la lectura indiferente de un lector encomendado. Estaba muy lejos del día en que había abandonado la cueva pero todavía estaba enfurecido; la rabia era su mecanismo. La guerra real había terminado hace mucho, pero Juan se había quedado atrapado en otro tiempo. Seguía en pie de lucha, según él. Harto del mundo y en vista de los sacrificios que conllevaba ser un hombre sociable abandonó la fábrica en la

que trabajaba y decidió internarse nuevamente en el desierto. Se compró unas cabras, se hizo de un rifle, se dejó crecer la barba, y el pelo ya ralo se lo recogía en una escasa pero larga coleta gris.

El rifle era para enseñarlo discretamente a otros pastores cuando por casualidad alguna cabrita se escapaba y se metía en sus polvosos lares. Nunca amenazó a nadie pero empuñaba el arma y miraba a los curiosos con esos ojos que eran como ventanas abiertas que dan a una pared. Con eso era suficiente, pronto cualquier caminante sabía que por ahí había un hombre al que más valía no molestar.

Para vivir esa vida era necesario parecer una leyenda, practicar el gesto del mal, ejercer un poco de misterio. No era difícil: el duelo de ser quien era, un duelo todavía más pesado que la ya lejana pero punzante pérdida de Lázaro, sólo era posible de llevar con un infinito enojo. El fuego de la ira era su combustible, eso atravesaba su piel, sus huesos y se hacía evidente.

La sed lo encorva. La sed y el polvo y ese sol que lo deslumbra y lo quema como el brillo de un espejo o el de una moneda perfectamente pulida, todo lo hace parecer salvaje. Lleva demasiado tiempo caminando. Grita queriendo decir un nombre pero hasta los coyotes creen que son aullidos, se confunden unos segundos y se agazapaban entre las matas de sangre de drago. ¿Es un hermano? Se preguntan, aunque ven ya al punto negro que parece ser un hombre y rápidamente se dispersan porque saben que está llorando. Qué mal nos sienta el llanto de los hombres, qué mal nos sienta sentir cerca la sombra de los hombres, sólo los perros pueden convivir con el llanto de los hombres, nosotros no, nosotros no podemos, se dicen, y se meten corriendo en sus madrigueras.

Salvador camina sin entender por qué ya no sabe hablar. La rabia, la sed, una palabra, algo lo está ahorcando. Hace unas horas todavía recordaba su nombre, todavía sabía decir, aunque con mucho esfuerzo: María. Y pensaba ay, te amo tanto, dónde te has metido, recuerdo cuando te encontré y pensé: esta mujer es como una rama que nunca se dobla y, por no doblarse, un día va a romperla un viento muy fuerte.

Él quería ser el viento fuerte, quería probar que ella, a pesar de todo lo que había resistido en la vida, todavía podía

romperse. Qué dignidad la de María, qué pelo tan negro le colgaba alrededor de la cara, qué bonita era cuando lloraba.

Hace unas horas, Salvador todavía sabía a quién buscaba, sí, aunque desde el episodio en el supermercado había momentos en los que ciertas ideas hacían muralla contra otras y entonces su mente se convertía en un gran cuarto blanco. Debía de ser porque la luz le golpeaba los párpados o porque ahora caía en cuenta de que estaba realmente desesperado. Su cabeza se había vuelto un enorme cuarto lleno de nada. Lo supo cuando sus ojos, aunque él quiso evitarlo, miraron hacia adentro y por ese dolor que sentía al doblar los nervios y los músculos que le sostenían los globos oculares le llegaba nuevamente la náusea. El dolor lo tumbaba y, para caer, a su alrededor, sólo había espigas. Salvador se desplomó sobre ellas finalmente, despacio, como un luchador que no se ha dado cuenta de que está herido hasta que descansa.

Juan está dormido. Su cuerpo se distiende al lado de su sábana y su quijada rechina porque hasta dormido muerde. Aprieta los dientes como los perros cuando tienen un pedazo seguro de carne en el hocico y no lo sueltan. Juan, con la boca llena de una carne invisible, está dormido. Sueña que una enorme sombra que no es la sombra normal de la noche se hizo presente y toda ella está dentro del cuarto, mirándolo. No abre los ojos para evitar confirmar que realmente, dentro y fuera del sueño, está siendo mirado por esa masa espesa que ennegrece las cosas. Hace unos segundos sobre la mesa caía la tenue luz de la luna y luego todo pasó en una cuestión de nada, Juan no sabe cómo ese monstruo que lo mira arrastra con tanta facilidad la negrura inconmensurable que es su cuerpo. Qué miedo, la noche se ha puesto pesada de pronto, mañana amanecerán los gatos muertos y mojados como si un enorme monstruo los hubiera ahogado en su boca.

Abrir los ojos le cuesta el mismo trabajo que abrir una herida en la carne para sacar veneno. La oscuridad se ha reunido en ese cuarto del desierto, a estas horas de la noche, y su mirada es un lastre. ¿Quién lo mira de esta forma?, ¿quién le sostiene la mirada aun a través de la carne delgada que cubre sus ojos?

Al fin abre Juan los ojos y tiene la sensación, más que de abrirlos, de sentir que sus ojos nunca tuvieron párpados. Ojos pelones, abiertos a mitad de la noche que se ha guardado completita en este cuarto. Todo aquí está lleno de ese ser oscuro que lo mira con sus pequeños ojos amarillos. Los vasos, los trastes, las ollas que esperan sobre las brasas, todo ha sido colmado por la negrura. Lo sabe. Cuando esa cosa lo mira, recuerda de golpe el pecho de su madre, sus dos senos descubiertos cuando lo amamantaba con el alcohol de su leche, dos bultos negros, muy negros, que eran todo su paisaje cuando lo acomodaba sobre sus piernas y le cantaba una canción triste de borracha. No sabe si sigue soñando o si está despierto, pero sabe, sí, que esa cosa le sostiene la mirada y es tan pesada que él ya no puede cerrar los ojos. ¿Quién es?!, pregunta, pero al hablar todo el aire se le va de la boca. Se queda seco, seco. No tiene una gota de sangre en el cuerpo, no tiene aire en los pulmones. Parece que esa cosa lo ha llenado a él también, que está repleto de lo que ella es; se le ha metido por los ojos la sombra.

Lázaro, ¿eres tú? Pregunta.

Lázaro, ¿vienes a reclamarme algo? Porque yo quiero decirte que hice todo lo que pude. Incluso maté a su mujer, Lázaro, para vengarnos. Fui a su casa y la vi a ella, sentada bajo un naranjo con el vestido clarito, pelando fruta con la boca. Qué bonita era la esposa de nuestro padre, Lázaro, joven y fresca. Jodido viejo, su mujer parecía una santa morena sentada bajo su árbol con la mirada perdida en esa telita blanca que cubre la naranja. ¿Se le ofrece algo, hijo? Me dijo. ¿Es usted la esposa

de Vicente Barrera? Ella, con una voz quebrada y suave me dijo que sí. Y entonces, Lázaro, yo me acordé claramente de Vicente, nuestro padre, y mis puños apretaron el cuchillo, y cuando me fui contra ella y sentí cómo su sangre corría sobre mi mano, un perro salió de algún lado y me mordió las manos hasta que pude matarlos a ambos. El perro murió primero, su sangre estaba espesa, pero la sangre de ella manaba como si estuviera hecha de pura agua. Nos vengué, Lázaro. Sin esa mujer, nuestro padre moriría. Eso es darle a alguien donde más le pesa, ojo por ojo, diente por diente.

Juan habla con la negrura: Lazarito, siempre te hablo a ti pero desde hace años tú ya no me respondes. No te hablé cuando tenía que hacerlo y mira a dónde nos trajo el silencio: tú estás muerto y yo sigo siendo un soldado aunque, ahora sí, la guerra se haya acabado.

Juan está en el lugar a donde va la rabia del guerrero cuando ya no se le necesita. Se vino a vivir aquí porque nadie puede hacerle daño y lejos de todos, él no puede hacerle daño a nadie. Era cierto que alguien los perseguía, era verdad que estaban huyendo de algo horrible y asqueroso, pero lo que los acosaba estaba dentro de ellos y era imposible de sacar: circulaba, latía, les recubría el corazón. Juan todavía escucha a ese extraño pasajero cuando guarda silencio y en el valle no se escucha nada. A veces hay tan poco ruido que él oye cómo funciona su propio cuerpo, esa máquina hace girar la sangre de su enemigo.

Cuando Lázaro murió, Juan le hizo una promesa: vengarse de su padre. Y cuando por fin leyó las cartas fue a buscarlo. En sus murmullos nocturnos no le va a contar al recuerdo, al fantasma de Lázaro, los años de angustia en la escuela, la burla, el desprecio, el terrible cansancio, los años muertos. Cuando Juan descubrió por las fotos su parentesco, cuando recordó a su madre, su alma dejó su cuerpo. Está ahí, pero es un cascarrón de hombre sin hombre dentro. Un espectro así, una huella

triste en el tiempo, es lo que queda del soldado que Lázaro amó. Su dolor ya lo volvió un espectro y va a seguir aquí, pensando, incluso después de que se muera.

Lázaro, dice, Lazarito, pero tú ya encontraste tu muerte y justo a tiempo, sin enterarte de nada.

Lázaro encontró a su padre vuelto un perro, un salvaje, se dio la vuelta y olvidó. Muchas veces lo mejor que se puede hacer es no hacer nada.

Mira a este pobre tipo, Lázaro, dice Juan, manifiéstate, dime algo.

Y ahí se queda gimiendo hasta que le entra el sueño y cuando apenas cabecea, otra vez siente que la oscuridad lo acecha como si fuera su muerte, abre rápidamente los ojos y en ellos se puede ver el reflejo de su sueño fugaz donde reverbera la sangre.

Juan cree que recuerda a la gente que ha matado, pero esa sangre es su propia sangre, la sangre de Vicente Barrera, el vendedor de hilos y de la siempre señorita Cástula Sánchez, que nació siendo una mujer de gran corazón y murió por tener el hígado grande. Uno no elige la familia que tiene. Cuando Juan era niño se prendía al pecho de su madre como si fuera a morirse, le mordía con la encía los pezones y por eso su madre le pellizcaba las piernitas. Lo dejaba morado. Unos días los pies de Juan colgaban desnudos fuera del rebozo y se veían marcados por dientes. De niño dormía todo el día por el alcohol que se colaba en la leche o por el aguardiente que goteaba sobre su boquita el dedo meñique de su madre.

Uno muere muchas veces en la vida, Lazarito, piensa Juan todavía en conversación con su difunto, aunque no como tú, que de plano te me fuiste, no como Cástula, que aunque tenía carne, cuando yo nací ya había muerto para siempre. Y aunque Juan se disputa con una sombra, de pronto se da cuenta de los gritos de afuera. Está tan lleno de culpa que siempre le es difícil saber si lo que oye son lamentos o si es el viento empujando la arena.

A una noche se juntaba otra noche, unificando el tiempo y la negrura. Juan se movía de un lado a otro tendido en su cama a ras del piso cuando pensó que unas hormigas empezaban a subirle por las piernas y a esa hora de la noche se puso a buscarlas para quemarlas vivas. Entonces los gemidos allá afuera empezaron a escucharse cerca y luego todo el valle se calló. No aullaban los coyotes, no había lechuzas, el aire corría de vez en cuando imitando la voz de una mujer y Juan tuvo miedo, cerró los puños y fue por el rifle. Eran las tres de la mañana, el momento de la madrugada que en el pueblo llamaban "la hora de los espíritus". Cuando salió de la casa guiándose con una luz, fue a los lindes de su terreno y no vio nada. Le daba miedo alumbrar la oscuridad y no había luna. Sólo su cuerpo estaba señalado por el halo de su lámpara en medio de la noche absoluta.

Estaba solo y aun así se escuchaba el llanto de la noche anterior, una voz pastosa.

No reconozco a ese animal, dijo asustado, y volvió con pasos rápidos al interior de su casa.

Pero otra vez al día siguiente, esta vez bajo el fiero sol que por las tardes ofrece un gran espectáculo de cielos rojos, Juan escuchó de nuevo aquella voz y el miedo le acalambió la cara como si le hubieran untado picante. Salió corriendo de la casa,

con el rifle cargado y dispuesto a descargarlo de nuevo en alguien. Recorrió sus lares, recorrió más allá de sus lares, fue hasta los escasos árboles secos que escondían cosas en su sombra y ahí encontró insectos, piedras y, finalmente, a ese hombre. Estaba a varios metros de su casa, tendido bocabajo detrás de una yuca seca. A todas luces el tipo estaba perdido, se le notaba en los zapatos: sucios pero en buen estado, los pantalones no tenían los hoyos que termina por hacer la mugre corrosiva del desierto pero estaban cubiertos en partes por espinas y costras de arena. Llevaba mucho tiempo ahí tumbado.

Este hombre no es de aquí, dijo Juan. Le movió la cara: el hombre tenía los labios partidos, los ojos cerrados, pero balbuceaba. Bueno, estaba vivo, pero cuántas noches había estado ahí, gimiendo, a unos metros de su casa, espantándolo. Sin duda no era de ahí, cualquier otro hombre sabría ubicarse con esa montaña que parece un tigre echado cuando se mira de lejos, pero él se había perdido en el laberinto de una planicie que repite el mismo paisaje durante kilómetros. Este desierto engaña. Uno dice: esta palmera es distinta a la anterior, pero es la misma. Uno podría dar vueltas aquí durante días creyendo que avanza. Por eso ese lugar sólo es para los que lo habitan. Sólo cuando se camina mucho tiempo aquí, se empieza a apreciar la diferencia entre una rama y otra, entre una piedra y otra, entre un cactus y otro; cuando uno mira de verdad los caminos se esclarecen.

Juan lo sabía, el desierto era el mejor refugio, el lugar que confundía a los enemigos en la guerra. Lo que el mar fue para los marinos, era el desierto para los soldados: lleno de monstruos inimaginables, de criaturas infernales, de historias sobre Dios y el Diablo y de plantas hostiles que queman y enfebrecen a los niños. Con suerte también hay cactus generosos que dan tunas ácidas aunque sus raíces nunca reciban agua. Pero este hombre tiene que ser estúpido para entrar aquí sin conocer,

pensó Juan, por eso, Lázaro, qué bueno que te moriste pronto, porque si no tendrías que ver el rostro de este imbécil que he venido a encontrarme en la sombra; está tostado, el viento frío de la tarde lo ha quemado tanto como el sol.

Juan insistió en preguntarle su nombre.

Y el hombre, medio muerto, respondió: me llamo Marfa.

Sí, el hombre dijo llamarse Marfa.

El hombre dice llamarse María, y Juan piensa en Lázaro, en sus contoneos y la manera en la que algunas veces estar con él era como estar con una mujer. A decir verdad: se parecen, ese hombre y Lázaro se parecen.

Trae cargando una vasija, la abraza con su cuerpo y no la suelta ni cuando Juan lo voltea, esculca en sus bolsas y en el pequeño bolsillo que está sobre su corazón, ahí encuentra su nombre: Salvador. En la credencial, una credencial de empleado de una morgue, su cara no tiene barba. Este hombre tiene el apellido de mi padre, piensa Juan. Pensar en Vicente siempre lo marea, le riega el cuerpo con pura sangre de su hígado, le cierra los puños, lo entristece. De pronto, el hombre habla, el hombre se despierta, y dice con voz afeminada: mi padre vino a mordermé las piernas y me dejó toda mordida en la basura; mi madre tuvo que soltarme una cachetada para que respirara.

Juan lo mira un rato y las ideas se conjuntan en su mente formando una masa plomiza; gran confusión. Ante la confusión, al viejo soldado le da rabia, algo lo riega desde dentro y lo hace lanzar una patada como un reflejo contra el costado de Salvador y él lanza un pujido largo, espantoso, y luego de eso cae el silencio.

Juan se va, hace lo suyo, mientras alimenta a sus gallinas, murmura: Salvador Barrera se cree mujer como tú, Lázaro;

hace su voz más dulce cuando dice que se llama María y hace una voz más dulce todavía cuando siendo María dice: Salvador. No se ha dado cuenta de que todo en él es de hombre y que él es el hombre del que habla.

Hace mucho que Juan no siente la sensación de lo nuevo, como cuando era niño y los sacerdotes les traían juguetes a sus favoritos. Sale corriendo como un niño de la casa, vuelve al cuerpo inmóvil de Salvador, lo gira un poco, lo despierta, lo ayuda a sentarse.

¿Me puede decir de dónde viene?

Salvador, con una mirada extraña, y sosteniéndose apenas le dice: vengo de la ciudad, estoy perdida. Salvador me engañó con otra mujer y estoy perdida. ¿Usted no se ha enamorado? Lo que cuesta imaginar a alguien que amas amando a otra persona, pero yo los vi, señor, y desnudos, él se la cogía como si siempre hubiera cogido sólo con ella. Y luego no sé qué pasó, estoy aquí y tengo sed.

Juan mira al hombre hablar y desfallecer, hablar y desfallecer, parece que estuviera borracho o drogado o poseído. Juan decide llevarlo a la casa, pero el hombre se resiste, le dice: usted quiere violarme, pero si Salvador me encuentra antes que usted, va a matarlo. Juan lo arrastra mientras Salvador grita. Le pone la mano sobre la boca, le dice: cállese o lo mato. Y lo empuja dentro del cuarto donde anoche algo lo miraba a los ojos a través de sus párpados cerrados.

Salvador, sonámbulo, camina al fuego como un niño avanza hacia una falsa crucifixión. Sueña que el pelo de María vuela alrededor de su rostro a causa del aire que entra por el quemacocos del auto; parece el dibujo de una medusa, piensa él. Ella interrumpe el largo silencio para contar otra vez la misma historia:

¿Has visto un cadáver relajarse después de que le hablas, Salvador? Una vez vi a una mujer vestir a su hijo, no le podía poner la camisa por el rictus y la madre, firme como un árbol, le dijo: ya ríndete, mi niño, ya ríndete, así quiso Dios que pasaran las cosas, es mejor rendirse a la muerte, es lo único en lo que vale la pena darse por vencido, si te mueres con tanto coraje siempre vas a tener pesadillas, por eso deja que te ponga tu camisa, vamos, hijo, te verás muy guapo. Y llorando, llorando la mujer, pudo finalmente doblarle los brazos y pareció incluso que el chico mismo se metía en su camisa.

¿Por qué me cuentas eso otra vez? Le contesta él, sin volverse a mirarla. Desde que empezó el viaje, evita verla a los ojos fingiendo estar concentrado en conducir bien, pero incluso en los altos de las casetas de cobro, la evita.

En realidad no es la misma historia, ¿te das cuenta de que le he cambiado algunos detalles? ¿Te molesta que te lo vuelva a contar?

No, no me molesta, me pregunto qué tiene que ver esa historia con nosotros ahora, piensa él, pero no contesta.

¿Qué hay en la vasija, Salvador?

Los restos de mi padre.

María lo mira sin escándalo.

¿Por qué no te has deshecho de él?

No sé, María, es mi padre.

Sí, pero tu padre estaba loco, Salvador, te mordía las piernas hasta que te ahogabas con tu propio grito y le pegaba a tu madre.

De dónde sacaste eso, mi padre era un buen hombre.

¿Ya no te acuerdas? Ése es el problema de la muerte: dignifica. ¿Ya se te olvidó que tu padre era un salvaje? Lo tuvieron que encerrar bajo llave para que no huyera. Se lanzaba a mordidas sobre las mujeres, andaba a cuatro patas y se mató cuando se ahorcó o se quebró el cuello con la misma cadena que lo detenía. ¿En serio ya no te acuerdas, Salvador?

Cállate María, no sé por qué me dices estas cosas, sinceramente no sé de dónde has sacado todo esto, estás confundida. Yo tuve un buen padre, un hombre viejo pero culto, un hombre bueno. No te rías de esa forma, María, deja de reírte. Me asusta que te rías así.

¿De qué murió tu padre, Salvador?

No lo recuerdo ahora.

¿Cómo que no te acuerdas ahora? ¿Quién olvida cómo murió su padre? Qué imbécil eres.

No te permito que me hables de esa forma, deja de reírte, por el amor de Dios, María, me asusta cuando te rías de esa manera, para ya, detente...

La risa, ensordecedora, despierta a Juan, que abre los ojos justo en el momento en el que Salvador mete su mano en el fuego con los ojos cerrados. Corre hacia él pero no lo detiene, sólo mira, mira cómo ese loco, dormido pero muerto de risa,

pone la mano en el fuego y respira serenamente su olor a carne cocinada.

La noche está pesada. En el pasado, en el presente y en el futuro, en todas partes, en días como éstos, la noche se pone pesada. Visita la negrura verdadera. Y ahí Juan pobrecito, hablando solo, dice: Lázaro, dime algo, tú estás muerto y lo sabes todo, mándame una seña, oriéntame. Mira cómo te hablo como si fueras Dios, ayúdame, por piedad. ¿Qué hace este hombre aquí con esa vasija? Anoche traté de abrirla pero está sellada. No se despegaba de ella. He pensado que trae oro, he pensado que el tipo ha venido al desierto a buscar lo que todos buscan por aquí: oro. ¿Qué hago? Tiene nuestro apellido. El que yo uso también para recordarme que estoy maldito porque no pude evitar tu muerte y porque luego maté a la mujer de nuestro padre. Y porque te cogía, Lázaro, y éramos hermanos. No puedo vivir recordando todo eso, ¿entiendes? Por eso creo que también a él voy a matarlo. No sé qué hacer. Sinceramente no sé qué hacer. Esta mañana lo amarré, porque cada vez se parece más a un perro salvaje. Anoche aulló hasta la madrugada antes de caer dormido. Y dice que se llama María y dice que también se llama Salvador y Salvador dice buscar a María y María dice buscar a Salvador. No entiendo nada. No lo aguanto, voy a matarlo, Lázaro. Que total, ya que me lleve el diablo, un muerto más: da igual, no estará mal sentir de nuevo eso que se siente al saber que otro está muriendo y por un segundo todas las cosas

del mundo pierden su respectiva importancia. Uno mismo se siente ligero como un fantasma. Ligerito, muy ligerito. Por eso quiero matarlo también, y para que deje de ladrar y me deje dormir. ¿Y si es nuestro hermano? ¿Cuántos más podrían tener esta maldita sangre?

Pobrecito Juan, perdido en su monólogo, ardiendo de fiebre o de emoción, o del calor que da aguantarse el llanto, llama a Lázaro, el que se pudrió en una cueva cubierto por una manta, llama a Lázaro, su amor robusto, el que se pudrió solo mientras la cueva se llenaba de aves.

Qué bueno que te moriste a tiempo, Lazarito, porque no hubieras podido verlo. Al tercer día el hombre que decía llamarse María parecía un perro rabioso. Escupía, ladraba, aullaba, se lanzaba a mordidas sobre mí, que tuve que amarrarlo a un árbol. Creo que todos me veían o yo sentía que algo enorme y oscuro me veía a través de los ojos de todos. Y Lazarito mío, hasta los árboles tenían ojos a esa hora, dice Juan, ya de rodillas, frente a una cruz improvisada que ha fabricado clavando un pedazo de tronco junto a otro.

Quizá se había sentido visto por los niños que se acercaban a sus terrenos a buscar un buen sitio para cagar. Siempre lo espiaban, pero esta vez, vieron lo que habían esperado ver desde siempre: algo inusual. En el árbol del patio, amarrado al tronco, estaba un hombre que parecía salvaje. Tenía una mirada horrible, los ojos inyectados de sangre. Vamos a ver, vamos a ver de qué se trata, dijeron los niños, y se acercaron un poquito. Pero no, los ojos no eran de gente, esos ojos eran los ojos de un muerto y sin embargo movían las pupilas y proyectaban hacia donde se dirigían su infinito vacío. Los niños olieron el peligro y se fueron. Tardaron tres días en abrir la boca. Sus abuelas tuvieron que escupirles alcohol en las espaldas, bañarlos en flores, hacerlos mascar piel de serpiente.

El cuerpo de Salvador estaba ahí, pero él se había ido. En su

mente, había seguido su camino hacia el desierto. Escuchaba a lo lejos llorar a los coyotes y le sorprendía ver que el sol en el invierno cayera a toda velocidad y pareciera una uva centelleante. Cuando guardaba silencio, a veces oía la voz de María. Corría detrás de alguna sombra de cactus y notaba que al caer el sol tan pronto, las sombras de las cosas parecían tener vida. Y que las yucas tenían sombra de mujer.

Salvador descansaba en una piedra o en otra, caminaba sin tener sed, sin preguntarse cuándo iba a comer o si tenía hambre. La calma le caldeaba el estómago como cuando se recostaba en María y respiraban primero uno y luego el otro, y después las respiraciones sin querer se acompasaban y ya no se podía reconocer de quién era el ruido del aire que entraba y salía. Se quedaban dormidos así, o despiertos pero con la sensación de un profundo descanso. En ese estado, corretear las sombras de los cactus empezaba a divertirlo. ¡María! Gritaba, ¡María! No te escondas. Como si fuera un juego todo eso. ¡María, ya sal! Decía, y corría detrás de alguna planta para descubrir que ahí no había nadie. Y en las noches, también sin saber muy bien cómo, el fuego más fácil que había hecho nunca era preparado por sus manos y ahí dejaba caer las yucas secas, que también en el fuego crujían raramente, como el cuerpo de María cuando él se ponía sobre ella y los huesos se le acomodaban, rechinaba la cama y la cabecera de madera golpeaba en la pared con una percusión que les ponía la sangre caliente y la hacía gemir como a un coyote niño. También los pájaros volaban alrededor sin esforzarse, como si desde siempre hubieran estado sólo planeando, llevados por el viento; Salvador se dormía frente a su fuego fácil y esperaba a que otro día empezara para buscar a María.

Esé sosiego, sin embargo, era interrumpido por largas peleas contra alguien que apenas y tenía forma. Algo le pateaba el costado, algo lo arrastraba, le tapaba la boca, se le subía

encima para castigarlo. Y él reaccionaba, cómo iba a no hacerlo, si estaba de por medio encontrar por fin a María. Dentro y fuera de él, las peleas eran terribles. Salvador tenía los ojos perdidos en la nada pero a pesar de eso atinaba todos los rasguños. Era certero, como una fiera defendiendo a su cría.

Todas esas peleas sucedían porque Juan se levantaba de malos sueños en los que otra vez se sentía visto por una masa oscura, una sangre que lo envolvía como las nubes cuando bajan y el aire se espesa tanto que un hombre en pleno duelo no podría ver a su enemigo. El del sueño era un cielo negro: daba asco, daba náusea. Y sólo por esa sensación al despertar, esa congoja, Juan decidió que mataría al hombre salvaje.

Quiso cavar una fosa para enterrarlo después de muerto, pero cuando empezó a tratar de cavar, la tierra no se abría. Empujaba con todas sus fuerzas la pala, pero nada. Fue caminando durante metros tratando de hacer un hoyo, pero parecía que el suelo se había vuelto duro como diamante. Mientras metía también la pica, mientras con sus propias manos trataba de cardar esa tierra arisca, oía unas risas y el suelo no se abría. No se abría y no se abría. ¡Ya estuvo! Gritó. ¡O se van a sus casas o también a ustedes les reviento su madre! Creía que eran los niños, pero nadie respondió, ni la poquita hojarasca que había, ni los pedruscos que se rompen cuando los pisan. Recorrió todos sus lares arañando, hundiendo la pala, la pica, pero nuevamente los hoyos fueron imposibles. La tierra se mantenía firme en su sitio aunque él parecía un perro revolcado. Qué está pasando, maldita sea, yo no estoy loco, dijo Juan sentándose en una piedra y empezando a hablar otra vez con Lázaro:

Lázaro ¿has venido a verme? Anoche soñé otra vez al oscuro y después que caminabas en el desierto muerto de hambre y encontrabas un perro herido en tu camino. Lo matabas con una piedra y empezabas a comerte su carne, pero la carne se había podrido rápido y se deshacía en tu mano, llena de

gusanos. Ten, prueba un poco tú también Juan, me dijiste, y yo abrí mi boca para tu carne hedionda como cuando recibía la ostia de mano de los padres.

Otro día la orquesta de la madrugada despertó a todos. Era el grito de un animal en celo, un animal grande, aullaba tristísimo, se recogía en sí mismo, volvía a aullar. Juan salió corriendo a callar a la bestia. La desamarró para poder azotarla a gusto. Ya no le llamaba por sus nombres: Salvador, María. Ya lo trataba como a un perro, le pateaba la boca cuando se ponía a andar en cuatro patas. Así que lo desamarró sin considerar que su fuerza había aumentado, sin considerar que lo mordería, que lo arrastraría con los dientes por todo el patio y que las piedras y las espinas le lastimarían a él ese cuero duro de su espalda marcada por cicatrices de cuchillos y balazos; un verdadero lienzo de guerra. Juan luchó, pero esa bestia podía más, con todo y los golpes que ya le había hecho en el cuerpo lo arrastró cuanto pudo y luego se recogió nuevamente en sí misma para seguir aullando. Era de día y aun así aullaba. Juan se levantó lleno de polvo y oyó unas risas. Deben de ser otra vez los niños, pensó. Fue por el rifle y echó unos tiros al aire, pero las risas se seguían escuchando. El animal, en cambio, se había ido a guardar junto al árbol en el que lo tenía amarrado. Por eso fue más fácil para Juan tomar las cuerdas y volver a atarlo. Ambos secretaban una sangre rojita, a Juan le afloraba a través de la tela del pantalón y de la camisa y al salvaje le mojaba el rostro.

Juan no durmió esa noche tampoco. Otra vez se sentía visto, otra vez intuyó que alguien le sostenía la mirada a través de sus párpados cerrados. Al otro día, antes de abrir las cortinas, alargó su mano, tomó su arma y salió a su patio, fue hacia el salvaje. Aquél estaba diciendo: María, María; sin parar. Y por ratos, se quedaba dormido y al despertar decía sin parar: Salvador, Salvador, Salvador.

Estoy harto de ti, loco, le dijo Juan y luego descargó en él las balas que quedaban en su rifle.

Juan no atinó ningún balazo o ningún balazo le dio al perro. Quizá se había vuelto como la tierra del terreno, quizá todas las cosas, incluso su bestia, estaban llenas de negrura y por eso eran impenetrables.

¿Qué está pasando? Se dijo, pensando, por un momento en su propia vejez. Él había sido el mejor francotirador de su escuadrón y ahora no podía atinar un solo tiro. El pobre perro estaba ahí en el fondo recogido en sí mismo, temblando.

Estoy harto de ti, maldito loco, dijo Juan, y volvió a jalar el gatillo aun sabiendo que ya no tenía balas. Fue por la vasija y finalmente, sin saber qué podría hacer con ella, montado en furia la reventó contra una piedra y, en lugar de ver oro, lo que pasó fue que salieron volando cenizas. Se armó una polvareda; el viento pasó por ahí y elevó las cenizas de Vicente por el aire, llenando las córneas de Juan de ese polvillo gris que no huele para nada a lo que huelen los muertos. Juan azotó sus puños contra la tierra. Quién diría que un muerto ardería de esa manera dentro de los ojos. No entendía nada, ¿por qué el imbécil del loco traía cargando consigo un montón de polvo? Tenía que haberlo sabido, si desde el principio vio que este hombre era un insano, ¿cómo podría haber depositado toda su fe en encontrar algo valioso en su vasija? Pero qué pendejada, dijo, y fue otra vez por Salvador, que estaba tendido en la tierra con

los ojos cerrados. Párate, animal, párate. El perro, el salvaje, no obedeció. Se había orinado encima y su cuerpo estaba agarrotado por el miedo. Entonces abrió los párpados: miró a los ojos a Juan. Y otra vez Juan, por un segundo, sintió aquello que había sentido al mirar a Lázaro: la *comuni6n*, la ternura que se desplegaba dentro suyo.

No puedo más, se dijo, no puedo más. Y se sentó sobre su tronco, tomó una vara y con ella dibujó sobre la arena una silueta sin forma, una flor, probablemente, o un nudo.

Cuando el sol despuntó, le lanzó varias cubetas de agua al salvaje. El otro temblaba en sus cuatro patas. Luego corrió temeroso de Juan hacia donde daba más sol y ahí rodó sobre la tierra hasta sentirse cubierto. Tendremos que cambiarte el nombre, dijo Juan, más para sí mismo que para el perro. Te voy a decir Chato, animal, te voy a decir Chencho si te portas bien. Juan se reía, se reía mucho, su risa galopaba en su tripa provocándole más risa. Salvador, el salvaje, estaba como ido bajo el sol y se doraba. En su mente, caminaba el desierto con una ropa impecable mientras buscaba a María. La buscaba debajo de la yuca, junto al maguey. A su lado pasaban corriendo los caballos salvajes y elevaban con su paso un polvillo que se confundía con la niebla que guardan en la mañana los precipicios. ¡María! Y un eco le respondía con voz de mujer: ¡María! La voz iba y venía con el mismo nombre a cuestras, resonando como si el páramo estuviera absolutamente vacío: sin plantas, sin animales ponzoñosos, sin caballos salvajes, sin árboles, sin él mismo. Caminó horas esa noche sin sorprenderse de no llevar linterna, veía perfectamente en la oscuridad y a veces se le antojaba seguir el olor de algún animal herido o en brama.

También esa noche, mientras él caminaba ese páramo que parecía haber cambiado de color, de forma, de todo, llegó a su nariz el olor de una hembra y sin quererlo, y sin saber

muy bien cómo, apareció ahí, en el escuadrón de machos que corrían detrás de la perra. Ella daba vueltas como un remolino, luego corría a toda velocidad rengueando de una pata y luego de otra porque se le pegaban esos botones de espinas que los coyotes se quitan empujándose contra las piedras a riesgo de enterrárselos para siempre; nunca lo hacen con la trompa, porque el botón espinoso se queda en sus labios y no los deja comer, ni tragar, ni gemir ese dolor que aviva o hace bailar el fuego.

Salvador hizo fila detrás de la hembra sin entender si era mujer, si era perra o cabra o el recuerdo de alguien que se había convertido ya en otra cosa. Todo en él estaba concentrado en la hendidura, en encontrar un hueco donde poner todas sus ganas. Y la perra o la mujer, o la cabra, o quizá era también una yuca que corría, aullaba porque ya no quería más perritos o niños o semillas, y detrás de ella iban los perros sin inmutarse por nada, ciegos de todos lados, pero con el ojo genital lanzando baba, llamas y un olor que colmaba el aire como si fuera humo.

Salvador amaneció con el miembro dentro de un árbol. Algo es extraño aquí, se dijo.

¡¿María?!

Repitió y cantó el nombre una y otra vez y fue tan maquinal la entonación que había perdido todo significado: los coyotes allá escuchaban, no el nombre, sino puros ladridos.

Abuela, dijo el pequeñito, el señor Juan tiene un perro pelón. ¿Juan Barrera tiene un perro? Las mujeres no creían que aquel hombre pudiera querer ni cuidar nada. Apenas y sus cabras iban por ahí, ciegas, perdidas. Algunas veces las ordeñaba, pero la mayoría del tiempo las pobres se paseaban con los senos repletos y sangrantes. ¿Un perro lampiño, hijo, estás seguro? Sí, abuelita, parece un hombre. Y las señoras, ni tardas ni perezosas, se reunieron y todas juntas bebieron aguardiente y guardaron un poco en sus bocas para escupirles en las espaldas a los niños. Les pegaban con saliva de nopal unas flores sobre los párpados. Están imaginando cosas, bendito Dios, decían. Ya no vayan por allá, criaturas, ese hombre es extraño. Pero los niños insistieron: primero creímos que era un señor o una señora, pero es un perro, ¿eso se pegará, abuela? Porque me siento loquito, porque quiero salirme corriendo de aquí y cazar un caballo, o destazar con mi boca una gallina. Las señoras bebieron, las señoras se reían todas juntas y susurraban y los niños con el murmullo se quedaron dormidos. Luego ellas se persignaron muchas veces antes de despedirse, se dijeron: Dios la bendiga, o vaya con Dios, y algunas silbaron canciones camino a sus casas.

Una de ellas llegó a su esposo en la noche y bajándole los pantalones le dijo gimiendo: dime una cosa, marido, las niñas

están todas juntas en el cuarto de al lado, ¿no te gustaría quemarlas? Sólo eso se escuchó decir y había tanta quietud que se oyó hasta el cuarto contiguo y las niñas, después de oírlo, huyeron.

Una pregunta, unos coyotes, las pisadas ligeras de la huida. Luego de eso el desierto se quedó nuevamente en silencio.

El pulpo que sueña ser una piedra se convierte en una; el desierto fue mar un día, quizá por eso aquí hacen lo mismo los animales: los escorpiones de sangre fría y algunos otros bichos que se camuflan cuando están dormidos también se convierten en lo que sueñan, por eso hay veces en que los caminantes ven mujeres dormidas, o ven peces sin ojos nadando en las aguas del aire. Es la señal que da el terreno a los rancheros para el descanso, la señal de que el sol está haciendo estragos, de que les falta agua, que han comido demasiado de la planta que da ganas de caminar o del cactus brujo. Los arrieros, las señoras, descansan entonces bajo alguna sombra o ninguna, se sientan para dormir o duermen parados y después de un ratito vuelven otra vez a la andada. Van hacia el pueblo y el pueblo completo está en la iglesia a esa hora. La iglesia, o quizás sería mejor decir: la choza fea donde todos cuelgan sus cruces. El único lugar, además de los altares de las señoras, donde hay flores frescas todos los días y un olor a muerto y a nardos. Ahí alguien comenta en voz baja que el señor Juan tiene un perro lampiño, que se han escuchado balazos, que la mirada diabólica de ese perro dejó mudos a los chamacos por varios días. Tuvimos que darles a comer serpiente para mitigar el veneno, dice una viejita. ¿Veneno, doña Ligia, por qué veneno? Pues dicen los niños que cuando vieron al perro a los ojos,

creyeron que era un hombre o una mujer y la confusión les dolió en el cerebro como si fuera veneno, tuvieron que tumbarse, a algunos hasta les salió sarpullido y a otros les dio fiebre. Un perro que pica con los ojos, vaya, dice un señor por allá. Maldita ponzoña.

Mis niñas ya volvieron, dice doña Ligia, pero dos de ellas ya no son vírgenes. Pobrecitas ellas, responde por allá otra señora. Volvieron heridas porque de noche les salió un perro que parecía hombre, dicen que estaba por ahí, corriendo detrás de los caballos y que si no hubieran corrido de regreso seguramente el perro se las hubiera comido; y fue un perro lampiño, señora Roselia, como el que dicen los chamacos. El rumor se pierde entre los rezos. Ruido blanco, ruido de voces diciendo cada una cosas distintas, el rumor de todos levantándose después de tener las rodillas en el piso y luego el clac de poner las palmas juntas. Se dan el saludo de la paz, se besan en la frente y acuerdan reunirse más tarde, para ir a ver al perro, al señor Juan.

Juan miraba hacia el vacío cuando apareció el perro en el umbral de la casa. Las costras de tierra hacían ver como que tenía un ligero pelaje. Chencho, has vuelto, dijo Juan. Y se comió su muina y fue hacia el perro que se había quedado dormido ya y de golpe.

El sueño del perro era muy pesado, dormía el sueño de los ojos entreabiertos. Por el blanco del ojo se le metía un poco de la noche real pero en su sueño era de día; un día con un sol particular, que alumbraba rojo y no naranja. Las montañas estaban coloradas, no había pájaros. Salvador iba gritando: ¡María! Y los coyotes le contestaban. No se cansaba y no le sorprendía estar intacto; a veces se encontraba con otros hombres o aves o perros y cazaban juntos, y también a veces hacía el amor con alguna mujer y mientras ella le mordía la oreja, las estrellas se caían. ¿Quién es María, Salvador? No lo sé, contestaba él, creo que es sólo que así suena mi ladrido. Y otra vez, Salvador no entendía por qué había dicho eso, el tránsito por una espiral incierta se rompía, se quebraba el delirio y Salvador despertaba de ese sueño dándose cuenta de que era un hombre perdido en el desierto mirando a otro hombre. Y el otro hombre era Juan, que esa noche tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ha venido el mercader, Chato, yo me dije: no puede ser, es otra vez él, está ahí y está igual que hace tantos años, es que no puede ser posible, no tiene una sola arruga, sólo está más quemado y por eso parece que un velo oscuro le cubre a ras la cara. Qué maldito miedo, qué puto miedo, me dije yo, y sin saberlo, Chato, ya había lanzado la primera carcajada y me reí tanto que pensé que me iba a morir, dime, ¿cómo puede ser eso posible?

Juan se sobresaltaba con su misma voz y trataba de acercarse al perro a pesar de su miedo. El perro, metido en alguno de sus pensamientos, lo escuchaba y no, tirado en una sombra muy corta. Si sentía que Juan se acercaba, gruñía. Había vuelto con la piel considerablemente más quemada y en la negrura en la que se había convertido sólo resplandecían sus dientes.

Juan le contó que había empezado a reír frente al mercader y no había parado. Su risa llevaba la potencia que lleva la saliva enferma y no se detuvo, no se detuvo, era como una tos, le aflojaba todo el cuerpo, finalmente lo tumbó y en el piso su carcajada era como una víbora que le había salido a fuerzas de la boca y lo envolvía en su cuerpo fresco y liso.

Te has orinado, muchacho, le dijo el mercader, y se sentó en cuclillas junto a él. Juan seguía riendo; su cara empezaba a estar morada y su orín comenzaba a oxidarse y a apestar.

Venía pasando por aquí, le dijo el mercader, cuando escuché a algunos decir que había un hombre con un perro lampiño y que el perro había violado a unas muchachas, aunque ellas habían logrado huir. ¿No estarán hablando de ti, Juan? Dime dónde está ese perro, ¿puedo verlo?

La risa de Juan retumbaba en las paredes, su rostro empezaba a ponerse morado y el orín ya apestaba. El mercader le lanzó una cachetada con mucha floritura. ¡Vienen por ti, te digo, es hora de irte!

Juan, para no ahogarse con su risa, había tenido que empezar a llorar. No sé dónde está el perro, logró decir, anoche mordió su cuerda, se salió y no ha vuelto.

Mira Juan, sólo voy a contarte algo. No, por favor, dijo Juan, no más historias, pero el mercader ya había empezado su relato y colmado con aire su barriga:

Tú sabes, hijo, que la gente del pueblo se reúne a esta hora para contemplar la puesta de sol. Pues ayer pasé por ahí y una señora estaba diciendo: por fin reconocí mis manos, me las quedé viendo y dije: mira, esto es lo que me da de comer, la parte que mejor refleja mi edad y yo nunca las atiendo; quise hacerles bien y me preparé con un poco de leche una pomada. Han quedado muy suaves, mira, toca. Y las niñas se le sentaron alrededor a esa señora y se dejaron trenzar el pelo por ella. Transcurrían largos ratos sin que nadie dijera nada. Parecía que todos lo sabían todo de todos. ¿Cómo siguen tus hijas, Ligia? Preguntó un señor. Ya mejor, pero ahora ya no podré casarlas. Tendrán que irse a trabajar de putas al pueblo grande, aquí a ver quién las quiere ya, así como están: todas maltrechas. Se hizo otro silencio y de pronto chilló: ¡horrible, es horrible! y rompió en llanto la señora Ligia confesando a gritos: ¡están preñadas!

¿Preñadas del perro? Dijo alguien por allá; Dios sabe qué monstruo saldrá de eso.

¿Les darás la planta amarga?

¿Les meterán las espineras, Ligia?

Eso es pecado y ustedes lo saben mejor que yo, prometimos que no lo volveríamos a hacer, ¿ya no se acuerdan? No, a mucha honra que mis muchachas tendrán a sus perritos.

Pero Ligia.

Pero nada, he dicho: tendrán a los perritos.

El mercader remató diciendo: bueno, quedas advertido, ¡gusto en verte de nuevo, Juan!, ¡mis felicitaciones por el engrandecimiento de la familia!, gritó a lo lejos, ya quitándose el sombrero, y se alejó jugando con una moneda que lanzaba al aire y allá en lo alto brillaba como un segundo sol, como el borde de un cuchillo.

Juan no tuvo tiempo de preguntar, cuando volvió de su risa el perro estaba ya ahí: en su costra, quemado, durmiendo un sueño de ojos entreabiertos. Lo amarró a su cadena y se lo llevó al monte a la fuerza junto a una mula que jalaba una carreta cargada de agua y de cobijas. Nos vamos, le dijo. Vienen por nosotros para matarnos y yo no voy a morir a manos de los hombres, Chencho, y mucho menos a pedradas. Nos vamos. Y el perro, que estaba muy cansado de cazar o de creer que estaba cogiendo, siguió a Juan con mansedad.

El desierto empezaba a ser un lugar distinto. La blancura de la tierra bajo la luna le daba a Juan la sensación de que si enterraba un dedo saldría leche. El salvaje iba manso en su cadena. Ya no más una cuerda para ti, Chato, te has portado muy mal, le decía. El frío llegó apenas se hizo de noche pero trataron de alejarse más porque un fuego sería visible en el pueblo. Juan estaba seguro de que vendrían por ellos, de que los cazarían, de que matarían a su perro y de que lo matarían a él amarrando sus pies a las patas de un alazán loco de celo o de hambre. O que lo apedrearían, o que lo amarrarían a una yuca y lo quemarían vivo como hacían con los desertores. Sólo Dios y el Diablo saben cómo huele la yuca cuando se prende junto a la carne y cómo se alumbran cuando se llenan de fuego los huecos de los xoconostles, iba pensando. Cuántas escenas infernales ahí, la sangre no calma la sed del desierto y los coyotes aúllan o se ríen, o quién sabe, siempre hay una risa ya, o no recuerdo mi vida sin una carcajada al fondo, nunca hay silencio o el silencio es para mí una risa bien espesa. Dios se ríe de mí, ay, mi madre. Qué miedo, qué miedo, canturreó otra vez. Se sentó junto a una piedra y el salvaje se echó junto a él. Ojalá tuvieras pelo, dijo, y cuando se acercó para cubrirse un poco con el animal lampiño, la bestia le gruñó. Maldito animal, gimió Juan, y se desamarró las botas y, después de

revisar que no hubiera escorpiones, se untó los pies en el talco que quedaba encima de la tierra. Un olor a agua estancada, a sangre seca y a tierra humedecida recorrió al perro, al hombre y a los insectos que en realidad ni repararon. El olor, sin embargo, atravesó a Juan como un mal presentimiento. Sigamos caminando, ordenó. Y jaló al perro de su cadena y el otro, ya sin fuerzas, se dejó arrastrar.

No sabía si eran las nalgas o los senos, sólo se instalaba entre esos dos bultos con una actitud parecida al cinismo y entonces la perra (o la cabra o la mujer o la yuca, o la sombra de la yuca) se doblaba y gemía. Y él se daba cuenta de que en lugar de boca, ella tenía una flor parecida al sexo y, que en lugar de axila, una fila de dientes se abrían y una voz de mujer le decía: por qué me das ese trato. Entonces, y sin premura, las encías de abajo se cerraban y su miembro quedaba cautivo. Así le pasaban las horas y los días, a mitad del desierto, copulando con el hocico de un animal extraño (o quizá era el cuerpo de una cabra, o el cuenco de un árbol, o sólo el recuerdo descompuesto de alguien). Pero venía a romper su sueño quien se decía su amo y otra vez caminaban juntos hasta que el sol bajaba y, aunque ya no quería, Salvador siempre volvía a soñar lo mismo. Así se cumplieron días y semanas, hasta que Juan dijo: creo que sigo viendo el fuego de las antorchas, pero estoy cansado, no estoy dispuesto a caminar más.

Era difícil la doble vida del salvaje, los momentos de lucidez en los que volvía y se daba cuenta de que era un hombre venido a menos. El trabajo, la renta, el auto, esa mujer que lo veía a los ojos y le decía: eres un buen hombre. Hacían fila el policía y el señor en el mercado con una bolsa llena de manzanas, todo se formaba para ser repasado por su cerebro cansado.

Y María. ¿Dónde está María? Qué hermosa era cuando lloraba, daba la impresión de ser deseable como el cuenco de un árbol, bella como la rama firme que por no doblarse un día trozaría el viento. María, si algún día naciera mujer, me pondría tu nombre, dice Salvador, pero Juan sólo lo escucha aullar y por eso le pega con un zacate. Cállate, Chato, le dice como de broma, van a vernos, pero el perro se ovilla y parpadea esperando asustado un verdadero golpe. Juan vuelve a perder la mirada en la lejanía.

He visto niños con antorchas, vienen allá, no los ves bien porque se confunden con el sol, pero están por llegar y cuando vengan, van a matarte a ti y luego me quemarán vivo.

Salvador ya no lo oye, otra vez ha perdido la razón y cae por la larga resbaladilla que lo lleva a su sueño salvaje.

Lamfa una zona cítrica en una mujer o en una sombra o en el recuerdo de alguien que se ha convertido en otra cosa: una yuca, una perra, el cuenco que hace con una mano, el cuenco en una fruta propicia. El recuerdo de alguien que lo espina mientras introduce su miembro y ese pedazo de carne, como todo su ser, es algo parecido a un saguaro erecto a pesar de la falta de agua. Yendo y viniendo, con lágrimas en los ojos, Salvador no sabe contra quién copula. Una espiral, se abre una espiral cuando trata de verle el rostro, cuando trata de distinguir si son ladridos o balidos o la voz de alguien que le dice que lo quiere. Y también de vez en cuando tiene la sensación de que está introduciéndose en un rostro, que lo que lo sostiene son los belfos, la trompa de algún animal desconocido. Algunas veces, cuando es Salvador por completo, cosa que pasa poco y que cada vez dura menos, incluso mientras copula, recuerda a su madre, que cuando aparece es nítida en su memoria. Ella le cuenta: tu padre decía, mi niño, que una vez vio a una mujer entre la niebla; cuando vendía hilos tu padre vio muchas cosas, pero dijo que aquella mujer lo impresionó de manera especial y que por eso él la persiguió durante metros, llamándola; que ella iba con la cabeza baja sollozando y que la niebla parecía seguirla. Que entonces, cuando él ya no podía más, y esto tengo que decírtelo yo, Salvador: tu padre era un mujeriego

y cuando se encandilaba con alguna muchacha ella ya no podía vivir tranquila, como me pasó a mí, pero eso no importa ahora, lo que importa es que él fue hacia ella diciéndole: ¡por qué no me contestas hija de tu chingada madre! y ella siguió caminando a su ritmo, a su paso, mientras la niebla parecía hacerle un camino. Tu padre fue hacia la muchacha con la mano levantada y con el miembro listo y entonces, cuando ella giró el rostro, no tenía cara. Salvador, esa muchacha tenía bellos y, más allá de su velo, el rostro todo de un caballo.

¿Y luego qué pasó, mamá?

Copuló con ella, mi niño, y tuvieron un hijo.

Carcajada materna, luego ella volvía a sus macetas, trituraba con los dientes florecitas de azahar y con eso frotaba a Salvador, que quedaba oliendo de tal manera que sentía ser él mismo un árbol de naranjo.

Los sueños de quien antes había sido Salvador, se hacían más nítidos conforme el cansancio se apoderaba de su cuerpo. La infancia se abría en él como un sueño vívido, la madeja dejó correr su hilo y recuerdos inéditos se desplegaron ante él, asombrándolo.

María, la hija de la prostituta, la niña a la que su madre dejaba atada de los talones mientras iba a trabajar, era preciosa como las rositas moteadas del jardín. Creció. Y cuando tenía seis años y el pelo largo hasta las nalgas, el padre de Salvador, Vicente, la seguía con la vista a todas partes. ¿No te gusta esa muchachita, Salvador? ¿No quieres que sea tu esposa? Mira nada más qué estrecha, qué rica está, si se parece a su madre, ¡no, hijo! no sabes la que te espera. Salvador no sabía de qué hablaba su padre. Rica, ¿rica como una naranja dulce? O como el corozo cuando desprendía su aceite y su madre le decía: mastica bien la pulpa y no hables, si no te atragantas y te mueres. María, con el pelo largo y esa cara llena de dignidad, parecía una rama tan fuerte, tan erguida, que según su padre, daba la impresión de que un día llegaría un viento muy fuerte y ella, por no doblarse, se rompería. Vicente le decía al oído a Salvador: ¿no te parece linda la vecinita? Se parece a tu madre cuando era niña e iba con ese gesto de señora a todas partes. ¿No te gusta, Salvador? Y luego le seguía una larga ululación.

la burla en voz alta de Vicente diciendo: a Salvador le gusta la vecinita, ¡a Salvador le gusta la vecinita! ¿Dónde estaba su madre en esos momentos? En el jardín, seguramente, arrancando una pitaya y quitándole los pedazos mordidos por los murciélagos. Salvador salía corriendo y se quedaba ahí, junto a ella todo el día. Un lugar seguro, lejos del baladrado paterno. A mí no me gusta la vecinita, le decía a su madre, y su madre le pelaba una naranja, lo sentaba un ratito en sus piernas, le cantaba una canción triste que hablaba de una niña huérfana que se desposaba con un ser alado. Ya lo sé, hijo, ya lo sé, le respondía, ya sé que no es a ti a quien le gusta la vecinita, tienes cuatro años, cómo podrías desear así. Y luego ella cerraba sus ojos un rato y cuando volvía a lo suyo, parecía poner todo su empeño en quitarle a las flores sus partes marchitas.

Su madre le contó que cuando estaba embarazada de él, un día escuchó una voz venir de su vientre. Hablaste, Salvador, y entonces yo no supe qué hacer y salí corriendo, pero tú seguías hablándome. Mira, le dije a tu padre cuando lo encontré, el niño ya está hablando y no ha nacido. Y él, que nunca hacía eso, me vio tan asustada que me creyó y pegó su oído a mi panza. ¿Qué escuchas, Vicente, qué es lo que dice? Tu padre me miró a los ojos aterrado. Desde entonces se le empezó a ir la mirada, se tiraba en la sombra como un animal, como un animal tomaba el sol y comía pasto. Luego, un día, lo vi mirando del otro lado de la pared a la vecina. La miraba como miran los depredadores y las bestias en celo. ¿Qué haces, Vicente? Pero tu padre ya no hablaba. Se tendía las horas al sol como un perro o como un borracho y cuando no, miraba a la niña. Tenía como cuatro años ella, María. Siempre creí que ustedes se llevarían bien, yo me imaginaba que crecerían y tú tendrías hijos con ella, niños que dirían: vengo de una estirpe donde todos han muerto agradecidos con la vida; que sacarían de María

sus ojitos negros y ese pelo que le brillaba como si fuera de obsidiana. María te quería mucho, cuando estabas pequeño ella venía y te sostenía de las manos para que empezaras a caminar. Le urgía hacerte correr. Te hacía sostenerte del naranjo para que empezaras a pararte y luego, cuando te cansabas, juntos hacían pasteles de tierra. Les quedaban a los dos las boquitas llenas de mugre, porque a veces se los comían. Su madre nos la dejaba aquí. Yo no le tuve nunca rencor, prefería que fuera ella la que viniera a ver a tu padre en lugar de que él saliera por ahí a sabrá Dios dónde. Creo, también, que alguien tenía que colmar el deseo de tu padre antes de que hiciera algo terrible, y ella se dedicaba, tú sabes, a colmar el deseo de los hombres, y de las mujeres también. Era su trabajo, vaya. Venía y se encerraban juntos en nuestra alcoba para hacer lo que yo no quería hacer. Cuando salía, me miraba con desconsuelo. ¿Otra vez te mordió? Y la madre de María me decía que sí y cuando yo le limpiaba las heridas, la veía llorando con la mirada perdida en visiones atroces. A cambio de ese favor yo le cuidaba a la niña. No la amarre, vecina, mejor déjemela aquí, aquí la cuidamos, le dije. Y desde entonces tú y María se hicieron mejores amigos y ella te pelaba una naranja y te la apretaba en la boca para que escurriera el jugo y no masticaras. Como hacen las pájaras grandes con los pajaritos, ¿sí ves? Luego pues ya, mi niño, me morí. ¿Te acuerdas? Vino tu hermano Juan y me mató. No le quise abrir la puerta la primera vez que vino. Ni siquiera quise verlo. Tocó, y antes de que yo preguntara nada, se presentó como uno de los hijos de tu padre. Me dio miedo su voz, no le quise abrirle. Aquí no vive ningún Vicente, le dije. Ya unos años antes, otro muchacho había venido a buscar a tu padre diciendo que era hijo de un difunto amigo de cuando había sido soldado. Luego luego me di cuenta de que mentía, porque tu padre en realidad nunca fue un soldado, aunque muchas veces bien pudo haber pasado por uno, uno sin bando. Además, ese

muchacho era idéntico a Vicente: su misma carita triste, los ojos húmedos, los pómulos salidos, el pelo rizado. Lo llevé a ver a tu padre, que entonces acababa de enloquecer por haber escuchado lo que sea que le dijiste desde mi vientre y vivía amarrado. El muchacho se asustó tanto que ya no quiso hacer preguntas, y antes de que confesara quién era y a qué había venido, partió. Le di fruta para su camino. Desde entonces supe que uno a uno vendrían y esa razón hizo que se me amargara la leche; tú bebiste de mi pecho y seguro también tuviste miedo. Por eso no le abrí a Juan, porque ya no quería tener miedo. Tu padre iba y venía de su locura. Unos dijeron que le habían echado ojo, que alguien le había tirado una brujería muy fuerte, que era un castigo de Dios por quién sabe qué cosas que había hecho. No lo sé, yo apenas si podía cuidarlo, no tenía tiempo para esas preguntas.

Tú eras pequeño, un día fui al baño y cuando regresé no estabas. Él te había tirado al bote de basura y estabas morado de todo el cuerpo. Había mordido cada partecita de tu cuerpo y yo por eso hice de mi coraje mi fuerza y como pude lo amarré en una habitación oscura. Tampoco lo quería matar, aunque ya lo odiaba. Le llevaba de comer algunas veces al día, trataba de hablar con él, pero tu padre me gruñía y se me aventaba. Y todo pasó porque te escuchó decir algo que hasta el día de hoy, ya muerta como estoy, desconozco, mi niño, hasta esas viejitas que estaban en la calle a las que les conté lo que había pasado me dijeron: ay, mi reina, no debiste haber contado nada, porque si hubieras sabido guardar el secreto, tu hijo hubiera sido un mago poderoso, o un brujo, o un adivino. Y ahora que has hablado, madre, tu hijo será normal, como todos nosotros.

La siguiente vez que tu padre volvió a hacerse inhumano mordió a María. Volví y la encontré tendida en el jardín. Yo había ido al mercado contigo y su madre la había dejado encargada con tu padre. Debí de haber tenido algún cliente

especial, porque estoy segura que de otra forma hubiera preferido esperarnos. La niña estaba atorada en el grito, morada. Su vestido claro transpiraba una sangre tiernita. Tuve que abofetearla para que reaccionara. Pasó todo el día pelando naranjas sin hablar con nadie. Desde entonces su madre se la llevó consigo y ustedes dejaron de verse. Yo no sabía si Vicente se hacía el loco o si realmente, sin que él pudiera hacer nada, se volvía como un perro salvaje y comía y corría y deseaba como un animal.

Juan ya no hablaba con el fantasma de Lázaro, ahora hablaba con su perro: ¿no escuchas unas risas siempre, Chencho?

Las risas de las cosas eran audibles para Juan y sólo para él las cosas se refan. Todo parecía burlarse de él, todos los elementos que componían el mundo, en rebeldía, se agitaban en una carcajada pavorosa y Juan se quedaba sordo por ratos mirando a la nada, que era el único sitio a donde podía irse para dejar de oír y de ser. Sólo para desquitarse, cuando volvía en sí apaleaba al cuerpo de perro en el que el alma de Salvador había empezado a diluirse sin retorno.

Cuando era niño, contó Juan con los puños llenos de sangre suya mezclada con la del perro, y ésa sería también la única vez en la que Juan adulto hablaría de su infancia; cuando era niño tuvo un perrito también, Chencho, no se parecía a ti, tenía más pelo, los ojitos color miel, y una colita corta. Me lo regaló un sacerdote para agradecerme mis favores, el perro se lo había dado una mujer que dijo que iba a curarme, porque tienes que saber, Chencho, que yo de niño estaba rengo y era enfermizo y que todos los doctores me diagnosticaron la muerte, menos ella. A esa mujer le debo esta vida miserable. El sacerdote estaba desesperado, tal vez porque sabía que yo estaba enfermo en parte por su culpa, y ella al notarlo le ofreció sus servicios; él dijo que la había encontrado mendigando y la llevó a

nuestro templo a comer para que me echara un ojo. También tienes que saber, Chencho, que algunas veces ese hombre era generoso conmigo y trataba de conciliarme con la vida, pero ya era demasiado tarde para todos nosotros, y me di cuenta el día en que me dio al perro después de dejarme muy herido, casi muerto y me dijo: guárdalo para ti, duermelo con él, come con él, háblale, Juan, es tuyo. Me di cuenta de que siempre estaría en deuda porque cuando uno empieza a querer algo, ya le debe al mundo la vida y cuando uno debe algo, ese algo se puede volver un fardo. El pinche padre incluso se atrevió a decirme: quíerelo mucho; y el día que el perro murió, rengo y enfermo de lo que yo me enfermaba, entonces entre ese viejo y yo quedó clara la enemistad. Le rogué que me contara y él me dijo lo de la bruja y yo le dije llorando que él me había enseñado que eso era venderle el alma al Diablo. El pendejo del padre cambió una vida por otra y por eso aquí sigo, Chencho, viviendo la vida de mi perro y teniéndole mucho miedo a Dios; aunque más miedo le tenga a los pinches hombres y por eso, por ningún motivo voy a permitirles que me dejen morir aquí quemado. Siempre me dio miedo morir en el desierto y ser comido por los coyotes. Eso nunca. Cuando uno es comido por los coyotes, ellos se quedan el alma de uno en las entrañas, por qué crees tú que chillan de esa manera. Y uno, allá adentro en la tripa, se pierde en los laberintos de su carne. Ahí todo es un paisaje parecido a los que se ven en las brasas, es el infierno. Yo nunca he querido irme de esa manera. No, señor, yo no me quedaré aquí ni aunque me desangre por los pies. Sigamos, Chencho, sigamos.

El perro estaba agotado. Y los perros no son como los caballos, que siguen cabalgando hasta que, inmediatamente después de que saben cuán cansados están, caen y fallecen. No, los perros se nublan, se resignan de una manera dolorosa y

las gomas de sus patas se ensangrientan. Salvador había desaparecido al fondo de ese cuerpo extraño, pero la infancia se había instalado en él como un sueño nítido. Ahí está Salvador niño, sostenido de un árbol de naranjo y al fondo del jardín María, con los ojos abiertos, mirando el pecho azul de un pájaro. Está falta o excedida de algo humano, como si estuviese a un instante de morir y en su rostro se dilatara el tiempo de ese segundo antes de la muerte. Invita a Salvador, con un dedo sobre los labios, a mirarlo. No hagas ruido y ponte aquí, le dice ella, y lo toma del bracito y lo ayuda a sentarse junto a ella. El pájaro azul brinca en una rama hasta darles el pecho. Es bonito, ¿verdad? Dice María de seis años, trenzándose con sus manos largas y morenas el pelo largo. ¿Crees que Dios es hombre o es mujer, Chavita? ¿Crees que la muerte es hombre o es mujer, Chavita? ¿Crees que exista alguien que no es ni hombre ni mujer, Chavita? ¿Yo soy mujer y tú eres hombre, verdad, Chavita? ¿Te casarás conmigo y tendremos niños, como dice tu madre? ¿Tú sabes cómo se hacen los niños, Chavita? María le pide a Salvador que vayan al cuarto oscuro. Voy a enseñarte algo, amigo, es algo extraño. Siempre ha estado aquí conmigo y parece una herida, ¿sabes? Como cuando tu padre muerde a mi madre y le deja unos hoyos en su piel, dice mirando hacia el suelo María; así se ve. Yo no sé lo que es, pero tengo eso aquí y cuando lo toco ahora me duele y no me gusta. Y María se levanta el vestido y ahí está, en efecto, algo como una mordedura. Estoy muy preocupada, dice ella, bajándose el vestido y caminando de la mano de Salvador hacia la silla bajo el naranjo. ¿A qué hora llega tu madre? Ya quiero que llegue, desde hace rato tu padre nos está mirando. María se agacha sobre la oreja de Salvador y susurra: ¿a ti no te da miedo tu papá? A mí sí, Chavita, tu papá es raro.

Ay señor mío, gemía Juan, por qué no me tocó una vida sencilla. Estaba agotado y arrastraba al perro de un lado a otro, lo movía desesperado y él ya no le gruñía, tenía los ojos en blanco y la cabeza torcida de tal manera que la baba le chorreaba pastosa hasta el pecho. Chenchó, dijo Juan, tenemos que seguir caminando. El perro seguía quietecito. Bueno, pues, descansa, dijo Juan negado, sentándose a revolver otra vez sus pies apesados y heridos sobre la tierra. La verdad es que sentía vértigo y ahí iba otra vez la oleada, la había presentido: la imagen del perro se encimaba a la imagen de Lázaro rodeado de moscas que le cercaban los ojos como si fueran fruta podrida y entonces algo en Juan se apagaba. Esa sensación le enredaba la tripa, le dolía en lugares que no conocía de sí mismo: su dolor iba abarcando poco a poco todo lo que él era. Junto a ese penar, el dolor de sus pies llagados no era nada. Ni las ampollas, ni la sangre de tanto caminar, ni el ardor en la cara, ni la lengua estriada, seca, ni las manos llenas de una mugre que ya parecía indeleble, nada era como aquello que iba contra él cuando pensaba en Lázaro y se sentía suspendido otra vez al borde de la idea, el despeñadero de la muerte.

Se ponía a rezarle a un dios inventado, guardaba su cara entre sus manos y entonaba un perdóname. Lo decía sin saber a quién ni por qué motivo: perdóname, perdóname.

El perro seguía en ese sueño tan profundo que parecía la muerte; todavía respiraba, aunque el aire apenas y le empujaba las costillas. Sepultado en el cuerpo del perro, Salvador seguía a salvo en su infancia. Ahí, María sentada junto a él lo hacía volver la vista a una serpiente y ambos, tomados de la mano, miraban de cerca la piel maravillosa de aquel animal letal que se hacía el muerto frente a ellos.

V

AUTOPSIA

Salvador había invitado a Daniela a ver esa película en la que un hombre envejecido emerge del desierto, y de pronto, por casualidad, es visto a lo lejos por su hermano que iba pasando justo por ahí en un carro viejo. Vas a ver conmigo esta película aunque probablemente no la entiendas, le dijo, y la sentó junto a él jalándola del brazo. Pero antes de que ella empezara a concentrarse, ya la tenía atornillada en él y, antes de que la película terminara, ella se revolvía empapada en el sudor de ambos.

A Salvador le gustaba ponerse las manos abiertas de ella sobre la cara, siempre tenían un tenue olor a cloro que le hacía pensar en las piscinas.

Entonces parecía que la quería, pero luego, cuando todo terminaba, le mordía la boca antes de que ella tomara la palabra, se levantaba todavía caliente y se metía al baño cerrando la puerta con llave. Daniela lo miraba hacer sin decir nada, recogida en la posición en la que nacen los niños y algunos animales. Así de húmeda y rosada, le decía él cuando salía, pareces un puerquito recién parido.

A Salvador le gustaba ella por servil, porque siempre asentía; le gustaba tener el mando y llamarla en medio del traqueteo de su carne como a su empleada y no como a su amante. Le hablaba de cosas que creía que ella no entendía, porque sentía que lo hacían hablar consigo mismo. A pesar de eso, ella se había

vuelto su mejor interlocutor y su amante más frecuentada. La única amante.

Para sus compañeros de trabajo Salvador era un tipo extraño, intuían que su vida era solitaria y decadente. El olor a húmedo y a viejo en el lugar en que vivía, las ventanas cubiertas con periódico, su obsesión por las ficciones refinadas de sus películas, le confirmaron a Daniela esa sospecha general. No es que ella viviera en el lujo, pero en su estrecho departamento se notaba su afición por la pulcritud y la limpieza.

Ella intuía que algo en Salvador estaba quebrado y pensaba que la manera en la que él usaba su cuerpo podía sanarlo, que su carne podría distraerlo de su desdicha. Cuando lo veía llegar al trabajo sentía un cariño que serpenteaba en ella parecido a la lástima. Y sentía deseo también, y mucho. Le gustaba cómo hablaba durante horas de esas historias largas y se enternecía cuando se refa dormido. No sabía que fingía dormir, fingía reírse y que cuando ella no estaba, él dormía de verdad y en su sueño profundo rechinaba los dientes y se mordía a sí mismo.

Todos en la morgue conocían el gusto de Salvador por las películas raras, era famoso por abrir y coser mientras hablaba de ellas y hacerlo de tal manera, con tal precisión, que daba un poco de miedo esa maestría casi ciega con la que constataba la causa de muerte. Luego, en sus ratos libres, como si no hubiera pasado nada, se ponía a jugar con esas dos monedas doradas que siempre traía consigo. Las lanzaba, las cachaba, jugaba con ellas dentro de sus bolsillos.

A Daniela le emocionaba su desapego. La aparente indiferencia de Salvador ante los difuntos parecía falta de temor ante todo: él hablaba mientras abría con el bisturí el pecho violado de un travesti, miraba al techo, y decía: *un dios me ha dado el don de decir cuánto sufro*.

¿Sabes de qué película es la cita, Daniela? Por supuesto que no, por supuesto que nunca has visto esa maravillosa escena en la que Elvira recita sus cuitas en medio de un matadero: *¡un dios me dio el don de decir cuánto sufro!* Maravillosa, estupenda película, Daniela.

Le encantaba citar películas que nadie nunca había visto, que nadie ahí vería.

Te lo inventas todo, pinche Salvador, le decía Daniela, mientras se llevaba afuera, con el jalador de hule, esa agua rosada que chorreaba de la plancha. A veces él le parecía pedante,

pero le encantaba escucharlo, le conmovía que le contara cosas de su vida mezcladas con películas y que pensara que ella no lo notaba.

Porque alguna vez, Salvador se había atrevido a hablarle de él mismo, le había contado que lo que de verdad había querido en la vida era estudiar cine, pero no tenía dinero, ni familia, sólo tenía un guion, una gran idea. Quería contar la historia de un hombre que vive en el desierto hasta que un día algo altera su calma; que las películas le ayudaban a distraerse de la realidad y durante el tiempo que duraban él encarnaba a otra persona y dejaba de ser él mismo.

Fue por eso que se puso a trabajar en la morgue: necesitaba dinero para hacer su primera película, a su manera, con sus propios recursos; un vecino suyo era forense y un día, mientras bebían, le dijo: mira, hermano, estos días estamos abarrotados, no te imaginas cuánta gente al día se muere hasta que ves la cantidad de cuerpos que se pudren en las planchas, esto es serio, necesitamos más trabajadores, pero en el lugar no quieren pagar un médico, y he pensado: ¿por qué no vienes y me ayudas? Qué sé yo, acomodando un poco, organizando a los muertitos, mientras te enseño cómo hacer lo que yo hago, no es mala paga, amigo, y a lo mejor hasta te inspira. Lo más loco, contó Salvador, fue que yo tenía talento, o más bien un trato especial con la muerte, costumbre quizá, Daniela, quizá sólo es costumbre. Luego se quedó mirando al piso un ratito y recuperando un poco de ánimo, levantó la vista: yo soy ese tipo de clientes que un día se dan cuenta de que en todas las funciones están solos en la sala, dijo.

Daniela esperó como si fuera su primera vez, se sorprendía de verse a sí misma inoperante en el deseo. Se hacía pasar por muy serena, pero Salvador había sentido ya cómo ella temblaba sobre su escoba cuando él ponía ese tono de intelectual triste para recitarle:

Deseó estar perdido en un vasto país donde nadie le conociera, algún sitio sin gente, ni calles. Soñó con ese sitio sin conocer su nombre, y cuando despertó, estaba ardiendo. Había llamas azules quemando las sábanas. Corrió a través de las llamas hacia las únicas personas que amaba. Pero se habían ido.

¿Qué piensas, Daniela? Dijo finalmente una noche. ¿Te tomas hoy una cerveza conmigo y vemos una película? Y ella, desconcertada por la pregunta pero aliviada por haberla escuchado al fin, ruborizada, se quitó los guantes de látex rápidamente en señal de que lo seguiría.

Sentía que nunca se le quitaba del cuerpo el olor a formol y siempre, antes y después de ir a la cama con ella, se duchaba. Todo el día soportaba su propio olor gracias al cigarrillo. Pero todo iba bien, por fin un poco de serenidad aparecía después de una larga noche cuando Daniela atravesaba la puerta de la morgue y se ponía a limpiar con esa parsimonia tan suya que desaparecía cuando cogía. Durante el día ella siempre guardaba cierto ritmo en sus caderas al barrer, un gesto sólo para Salvador que hacía que a él le dieran ganas de ir por ella, subirla a la plancha y hacerlo ahí, en medio de los muertos y la sangre.

Durante todo el horario laboral se seducían con esos pequeños gestos: él, mientras abría o cosía los cuerpos, o mientras trataba de entender el orden de las piezas; ella al limpiar el desastre, el único trabajo que había hecho en su vida, el único trabajo que sabía hacer, porque para eso había sido educada: para la servidumbre. Le habían enseñado a dejar relucientes los platos y los pisos, a dejar las superficies tan limpias que parecían pulidas. Una noche, su madre la felicitó por su incuestionable talento y el abrazo que se estrechó entre ellas mientras la señora susurraba: vas a ser la mejor limpiadora que alguien haya tenido, cerró con fuego la idea de que ella había nacido exclusivamente para dejar los sitios impolutos. Nadie le habló

nunca de otras probabilidades. Se conformó con saber que no habría nadie mejor que ella para dejar la plancha blanca como diente de porcelana. Sólo Daniela dejaba todo tan pulcro después de que llegaran los cadáveres de las matanzas: de no ser por el olor y la evidencia, esa morgue después de ser limpiada por ella bien pudo haber sido una cocina. Al menos ahí la inmundicia desafiaba su talento, aunque algunas veces se sintiera impotente ante ese cochambre no identificado que pesaba en el aire y hacía que las personas se pasearan como levitando, un poco drogados por el formol o un poco tristes.

Era en ese lugar destinado a estar sucio donde era llevado a cabo el juego de seducción: aguantar el deseo hasta sentir dolor en el vientre, durante ocho largas horas, eso sí no llegaban demasiados muertos esa noche y el horario se extendía a los turnos extra. También a esas altas horas las capacidades de maga de Daniela eran necesarias para seguir haciendo de ese lugar un sitio al menos transitable. Se quedaban solos los dos, indispuestos a dar uno el primer paso, cautos también de no empezar a hacer el amor ahí, en medio de tanto crimen. Sentían, era raro, un instinto de proteger su deseo, de no dejarlo donde todo estaba sucio por la desventura. Y esa suerte de superstición los hacía aguantar todo el día y toda la noche, hasta que él decía: ¿Daniela, vienes a casa a tratar de terminar la película? O: ¿Daniela, si la moneda cae de cara te vienes conmigo? Y ella siempre bajando la vista, se desabrochaba la bata, y cuando volvía a mirarlo a los ojos, Salvador pensaba: ya tiene instalado en ella un animal; porque sus ojos lo decían todo, anticipaban el momento en el que él la vería retándolo, rodeándolo, desnuda y casi salvaje. Le entraban ganas de decirle: niña, mi niña malcriada, y de dejarle caer una nalgada tan contundente que el golpe alcanzara los pechos de Daniela y se ondearan.

Siempre se mordían los dedos y ambos se daban cuenta de que ni el látex alejaba de sus manos el olor de los muertos; sin

decir nada se olían, se lamían, se saboreaban, entregados al olor de los decesos, como cachorros hambrientos que no saben que cazar es atroz aunque sea por supervivencia. Ella, levantándole la cara al techo para que no la viera, lo introducía. Parecía querer arrancarle la cabeza.

Siempre, saciados, dormían lo que podían y al otro día ella salía más temprano, porque, como él mismo le decía, ella era sólo una limpiadora mientras que él era el auscultador de los cuerpos y en la morgue era respetado como un médico. Daniela sabía que la idea de él que se imponía sobre los otros como un hombre libre de miedos le daba ese aire de alcurnia burocrática que le permitía llegar tarde. Trabajar con la muerte le hacía parecer de un rango más alto, casi de una especie distinta.

Para ella todo iba bien. Es cierto que él era extraño, sólo en la cama no tenía ese aspecto de debilidad y esos ojos de ido. Fuera de ahí, su vigor consistía sólo en esa aparente falta de miedo. Un hombre frágil, capaz de asustar a los fantasmas. Hermoso, incluso, pero del que provenía un cansancio tan hondo que era imposible estar junto a él sin presentir el inminente derrumbe de su mundo. La única vez que Daniela preguntó ¿por qué?, sintió que estaba a punto de hundirlo. Él sólo le contestó con su furia.

Y por eso se quedó tendido el hilo del secreto, el misterio que sujetaba a la mujer de la limpieza.

Daniela se descubría pensando frases cursis como: "abrir el corazón" y se reía de lo literal que era aquello; siempre a solas recargaba un momento el mentón sobre su escoba, repasando en ese movimiento viejas escenas vistas en telenovelas donde la muchacha que limpia la casa termina casándose con el muchacho rico, escenas repetidas desde su inconsciente siempre que creía estar enamorada.

Si lo pensaba bien, a veces, mientras era apuntalada a la cama, o a la mesa, o al sofá, sentía que algo de él empezaba a ser para ella definitivamente. A veces, tal vez era por los gajes de su oficio, cuando él entraba en su cuerpo, ella cerraba los ojos y deseaba limpiarlo dentro de sí misma de todo lo que intuía podrido en él: se concentraba fuertemente en esa idea, como si la violencia con la que él dirigía el sexo fuera a llevar más lejos sus plegarias. Y parecía funcionar, porque a veces, cuando él la miraba, ella se sentía querida. O era deseo, pero un deseo que parecía más largo que cualquier amor, eterno. Infinito.

Todo parecía ir bien, pero una noche él salió de la morgue sin invitarla a terminar esa película en la que un hombre emerge del desierto hacia la carretera. Por su gesto en esa escena, el hombre parece llevar años perdido y por fin haber encontrado la salida. Ella se quedaba siempre en esa parte. Una y otra vez, las mismas primeras secuencias: un desierto, un vagabundo, luego el traqueteo, la carne. Volvía del cuerpo de Salvador a la escena del mismo señor que emergió del desierto, pero que ahora le cuenta a una muchacha de vestido rojo la historia de una mujer hermosa a la que amó y a la que ató un cascabel para que no lo dejara mientras él dormía. Se perdía siempre el centro de la película. Daniela no entendía nunca cómo ese hombre que se veía tan amable podría haber hecho eso que contaba en algún momento de su vida: amarrar a la mujer, beber y tratar de ponerla celosa. Tampoco le parecía tan grave y, de hecho, hasta cierto punto, aquello le parecía romántico.

Nunca terminó de ver la película completa, aunque ese día, ante el gesto evasivo de Salvador, intentó acercarse y usar de pretexto sus dudas. Tímidamente se acercó y lanzó la pregunta, en voz baja, culpable ya de estar preguntando y de no ser, según ella, lo suficientemente lista para entender: Salvador, en la película que siempre miramos, ¿por qué el señor se va si ya había encontrado todo lo que quería?

Él se alejó sin siquiera voltear a verla.

Ese día habían llevado el cuerpo de un niño y el de una mujer. Ninguno de los dos había sido reconocido y por ninguno de los dos acudió nadie. Sus cuerpos fueron dejados en la plancha para ser abiertos por Salvador, que dictaminaría formalmente la causa de la muerte aunque ya fuera obvia. Ambos tenían en común que quienes los habían matado, a una en el extremo norte y al otro al extremo sur de la ciudad, es decir, dos asesinos distintos, habían sentido placer despedazándoles el centro del cuerpo. Dos hombres en una misma noche habían atacado a dos personas diferentes con esa misma saña. Se sabía que habían sido hombres: una costra blanca y volátil cubría los cuerpos. A pesar de eso, Daniela había visto a Salvador abrir el cuerpo del niño mientras silbaba una alegre tonada. También le había dirigido ese gesto al que ella respondió en automático ejecutando una pose que invitaba al apareamiento. Ese día, sin embargo, ella notó que ese baile ya tan adherido a su rutina les pareció a ambos demasiado ensayado, y uno y otro se apagaron con la mirada fija en puntos distantes; el de él en una esquina, el de ella en la espiral que se hacía cuando mojaba el trapeador recién exprimido en la cubeta. Se dejaron de ver, casi de vergüenza, y ese día el deseo no les hizo estragos y los dejó en paz, sin mirarse.

Ella pensó que era por el niño, que a pesar de la costumbre

Salvador esta vez se había horrorizado frente a un cuerpo aunque no quisiera aceptarlo.

Al final del turno, lo siguió con la vista mientras esperaba un gesto, un siseo, algo. Él iba vestido con su ropa de civil hacia la calle y ella, con los guantes puestos, se cocinaba en su anhelo de al menos ser llamada por su nombre. Salvador no volvió la vista en ningún momento, cruzó el pasillo colocándose el abrigo y encendiendo un cigarro con tanta indolencia que Daniela creyó ser un fantasma. Nadie me mira, pensó ella, nadie me mira, y al decir esto se dio cuenta de que estaba presa, de que a menos que no fuera esa mirada, ya no era capaz de percibir otros ojos. O quizá era peor: sólo al ser mirada por él ella validaba su existencia. Salvo por Daniela, la morgue se quedó entonces vacía.

Quiso saber lo que Salvador había visto y caminó hacia los cuerpos.

Si este niño, pensó Daniela, acercándose a una de las planchas, si este niño no tuviera una herida de bala justo ahí, yo le besaba esa frente. No sabía por qué pensaba en eso. También intentó responderse qué le había pasado al niño, pero al mismo tiempo, sólo de poner en su mente la pregunta, el pánico le empezó a entumir los brazos. Volvió a cubrir el cuerpo y luego, como si fuera un reflejo, avanzó hacia la mujer y cuando bajó la sábana, la encontró tan entera a pesar de la causa de su muerte, que sin saber muy bien por qué, le tuvo celos. Pensó en las historias de santos que le contaba su madre: cuando abrían sus tumbas, olían a perfume. Eso la asustó más todavía, tuvo un mal presentimiento, ¿cómo sentir celos de una muerta, de una mujer violada y asesinada que yacía sobre la plancha?

Daniela atravesó corriendo el pasillo, y así fue vista por Salvador: persignándose. Huía de ahí, presa de visiones atroces.

Él estaba oculto afuera, jugaba con sus dos monedas doradas, las lanzaba al aire y las cachaba. Así esperó un rato, y cuando supo que no estaba siendo visto por nadie, entró de nuevo en la morgue.

De esta puta ni siquiera siluetaron el cuerpo, le había dicho el policía que había llevado el cuerpo de María.

María López, ése era su nombre; tenía sólo el apellido de su madre, como buena hija de prostituta; Salvador se lo sabía bien y aun así no había dicho nada.

Se ve que era guapa, ¿no? Le dijo al policía cuando la tendieron en la plancha y le asignaron el nombre de Desconocida.

Lo había dicho para ocultar su nerviosismo.

La última vez que la había visto, ella era todavía una niña y ambos se compartieron sus secretos. Ella le enseñó aquello que llamaba "su herida" y le dijo: mi madre no quiere seguir viendo a tu padre, Chavita, le tiene miedo después de lo que me hizo; nos iremos.

Lo había dicho como si aquello que le había pasado fuera lo más normal del mundo.

También entonces, Salvador no había dicho nada. Le había besado las mejillas y la había dejado partir, sin disculparse, sin decirle: perdónanos, María, en serio, perdónanos.

Ahora, tantos años después, le había costado unos minutos reconocerla porque estaba deshecha. Todo había crecido en ella, aunque su pelo, ese pelo, seguía largo como en su infancia. Salvador se preguntó si sería el mismo pelo de cuando era niña o si se lo habría cortado a lo largo de su vida. Ahora que

está muerta, pensó, su pelo seguirá creciendo. La imaginó con el cabello hasta los pies, dentro de su tumba. La vio ahí rodeada de florecitas blancas del naranjo y trató de olvidar por completo que María, o lo que quedaba de ella, sería enviada a una fosa común por no tener un verdadero nombre. De cualquier forma no estaba dispuesto a confesar. No estaba dispuesto a decir que esa prostituta a la que ahora le tocaba abrirle el pecho había sido su gran amor y su mejor amiga.

Dejó que los hombres hicieran bromas sobre su cuerpo, que hablaran como si ella no estuviera ahí. Lo hizo incluso sabiendo (porque él lo sabía mejor que nadie) que los muertos recientes todavía escuchan lo que los vivos dicen. No dijo nada; incluso se atrevió a reírse, incluso se atrevió a asentir a la eterna broma de la necrofilia, el mismo chiste estúpido en diferentes versiones que hacían los policías cada que le llevaban muchachas bonitas.

Un poco turbado de sí mismo dijo: hay que reconocer la belleza incluso en la muerte, lo dijo con ese tono de intelectual que en ese momento pareció más que triste, muy imbécil. El cortejo de policías salió bromeando y después de que se perdieron en los pasillos sus murmullos, Salvador pudo sentirse realmente solo y en esa soledad un poco a salvo. De pronto sintió el peso de una mirada deseante y se supo visto por Daniela. Tuvo ganas de decirle: qué me ves, idiota. La odió, quiso arremeter contra ella pero se aguantó y se concentró en abrir el cuerpo del niño. Trató de silbar una canción, de distraerse de sus pensamientos (¿realmente es María?), trató de asirse a la rutina, de volver a desear. Pero no pudo. Algo en él daba vueltas, sentía que caía de un carrusel en el que siempre había ido bien montado, o que un parásito se había instalado en su cerebro y lo haría subir hasta una cima y desde ahí despeñarse.

Otra vez María. Otra vez su nombre como un golpe de marro, su voz, el olor a hierbas en su pelo. No podía creer que

estuviera muerta. Desde que eran niños, siempre había esperado volver a encontrarse con ella, ya adultos, adinerados, exitosos, sabios. Hasta que aquello no se cumpliera, no la buscaría. Se rio: ella, tal como había prometido, lo había encontrado. Y ahí, en ese rincón miserable donde se hacía pasar por un hombre sin miedo. Por eso decidió fingir que se iba. Esperaría a que Daniela saliera y él volvería luego, para mirar a la mujer sobre la plancha, para convencerse de que era ella, su amiga de la niñez, la primera mujer a la que creía haber deseado, esa niña a la que obligaron a ser amante de su padre. Porque en el fondo de sí mismo, sabía que al verla constataría el pasado, que su memoria le arrojaría lo que nadie se había atrevido a decir, lo que todo el mundo sabía. Él, en lugar de ayudarla, había asumido que era normal el deseo feroz de ese hombre que a María le dejaba mordidas las piernas. Supo de pronto que la sangre de ese monstruo le transitaba dentro y ahora estaba ganando, le crecía el miembro bajo el cierre del pantalón, quería ejecutar el deseo de un padre muerto ya hace tanto tiempo, pero vigente todavía. Salvador jugó con sus monedas doradas y entró para despedirse de ella como, según él, era debido.

Habían enviado los cadáveres a la fosa común, pero cuando el cuerpo pasó junto a Daniela, estaba segura de haber visto que la prostituta tenía sobre los ojos dos monedas doradas.

También notó que Salvador no la veía más, no estaba atento a los gestos que ella le regalaba, a las palabras que decía hablando con otros que eran sólo para él, que lo aludían, que ocupaban la vida de ella con vastedad mientras a él parecían provocarle ya una infinita indiferencia.

Así pasaron los días. Ella se consagró a seguir barriendo casi ceremonialmente. Con el jabón volvía la sangre una tierna agua rosada.

Él siempre llegaba radiante, abría los cuerpos tarareando y Daniela terminó por aceptar que tenía ese brillo que sólo tienen los enamorados. Ya no la saludaba, ya no le recitaba finales de películas. Era como si Daniela, de un día a otro, hubiera dejado de existir.

¿Estás con otra mujer, Salvador? La pregunta fue directa. No se esperaba que él respondiera que sí sonriendo. ¿Cómo lo supiste? Daniela no supo qué contestar, sólo se metió al cuarto donde guardaban los químicos para la limpieza y cerró tras de sí con furia. Él tocó la puerta. ¿No estás llorando, verdad Dani? Ella le abrió, molesta, ¿qué se creía ese imbécil?, ¿desde cuándo se refería a ella con diminutivos? Al verlo, sin poder

evitarlo, se le fue encima, pero no pudo enfurecerse, apenas su piel tocó la piel de él, quiso besarlo en la boca, en toda la cara.

Te quiero, le dijo, por favor, llévame esta noche contigo. Él volvió a reírse, se destornilló de risa, y cuando tomó un poco de aire, le dijo: pensé que éramos amigos, Daniela, yo tengo novia, ¿sabes? No quiero tener problemas con ella. Luego se acercó y tomándola de las nalgas, le dijo: su cabello le cuelga hasta aquí. Daniela le respondió, desconcertada, aprestándose a desabrocharle el pantalón.

Él, muy serio, quitó tranquilamente sus manos: ponte a limpiar, no tengo tiempo para estas cosas.

Salvador desapareció un día. Simplemente dejó de ir a trabajar. En la morgue corrió el rumor de que había huido con su novia, una tal María de la que había empezado a hablar de pronto y que nunca fue vista. Para mí que ese canijo se lo inventó todo, decía un policía, no creo que una muchacha fuera a fijarse en un tipo tan raro; se me hace que ese pendejo se metió en algo pesado, eso de coger con las muertas da mala suerte, cabrón, de eso no puede salir nada bueno. Todos se refán. Daniela pasó frente a los uniformados sin girarse para mirarlos.

El que había ocupado el lugar de Salvador era un hombre enorme, gordísimo. Parecía más bien un carnicero; se empeñaba en usar siempre la misma bata, llena de sangre.

Ella se consumía rápidamente porque en su recuerdo Salvador era perfecto. La pérdida de alguien así, alguien construido por la idealización y la falsa memoria, la había dejado sin consuelo. Desde la primera semana de la desaparición, Daniela se había atribuido todas las faltas. Se culpaba de que él ya no estuviera, de que se hubiera ido; se sentía responsable hasta del puesto que había dejado abandonado y de la ineptitud de ese hombre obeso que abría los cuerpos como si fuera un canibal a punto de darse un banquete.

La última noche que ella y Salvador habían estado juntos tuvieron un sexo triste y violento. Él se había parado a mitad

del acto y había salido corriendo hacia la calle. Mientras ella se vestía para seguirlo, él volvió. Nos ha visto, Daniela, dijo, tienes que irte. ¿Quién, Salvador? ¿Quién nos vio? Yo no vi a nadie, ven, acuéstate conmigo. Tenía la mirada perdida y la corrió de su casa con insultos. Ella había tenido que salir, casi desnuda, con las botas en la mano. Su ropa se empapó de su sudor dándole frío. Era una tarde helada, el cielo estaba rojo, el sol parecía allá arriba un enorme centenario. Daniela pensó que temblaría, porque las nubes, según decían, se ponen así sólo cuando está por llegar una catástrofe. Cuántas desgracias no suceden sin que uno se entere, pensó ella cuando salía de ahí y trataba de entender lo sucedido. Pensó también que quizá su dios la estaba siguiendo y anunciaba de esa forma, en el cielo, su pequeña tragedia; algo minúsculo para la inmensidad del universo: su mal de amores.

Se fue llorando todo el camino y al llegar a su cama, se envolvió en las sábanas blancas como si su cuarto fuera la morgue y ella tuviera que ejecutar el papel de un muerto. Durmió profundamente, durmió durante días, levantándose sólo a orinar y a beber un poco de agua. Pasada una semana se levantó y desde entonces se consagró al alcohol y otra vez a la limpieza.

Limpiaba ahora como si se limpiara a sí misma. Bebía de la misma manera.

Parecía que trapeaba pero en realidad hacía el lavado de un cadáver infinito.

Conforme pasaban los días Salvador cobraba un aire más angelical en su memoria, se hacía más guapo, más amable, más completo. Cuando una parte de ella le reprochaba esa imaginación desbordante, la callaba.

Justo cuando en su memoria Salvador ya no era Salvador sino otro hombre, uno mejor, trajeron a la morgue dos cuerpos.

El carnicero estaba asqueado: ¿qué clase de animal es éste? Dijo cuando los policías tendieron ahí el cuerpo de un hombre ovillado.

Era algo así como un hombre.

Los policías dijeron que les habían llevado esos cuerpos desde un pueblo lejano.

No lo vas a creer, Daniela, dijo el policía que sabía guiñar bien el ojo, a éstos nos los trajeron como un asunto especial, vienen del desierto. Ve tú a saber cuánto tiempo llevaban pudriéndose; los trajeron unas señoras, dicen que uno de ellos era el violador de sus hijas, ahora padre de sus nietos. Hubieras visto a la señora, no dejó de renegar: ¿quién va a hacerse cargo de los perritos! Yo no entendí nada, le dije: sí sí, señora, cuando identifiquemos a estos hombres le enviaremos a usted un reporte, si hay alguien que se haga cargo se le notificará a usted de manera domiciliar, así que ya no venga por aquí de nuevo a chingar la madre. Ya sabes cómo son esas señoras, Daniela,

se creen todo. Cuando fuimos al pueblo a tomar la declaración, nos dijeron que uno de los cadáveres era de un perro, que el otro respondía al nombre de Juan Barrera y que llevaba viviendo en el desierto un chingo de tiempo. No sabían cómo se habían encontrado, ni sabían cómo se llamaba el salvaje; porque es un hombre salvaje, ¿ya lo viste? Es una cosa especial, Daniela, te lo digo yo, que nunca en mi perra vida había visto algo como esto. De cualquier manera no tenemos caso, porque los que parecen estar más informados del asunto son los niños. Fue uno de ellos quien encontró los cuerpos de estos dos desgraciados. Cuando le tomamos la declaración al niño nos dijo: el perrito del señor Juan le hizo daño a mi hermana, así que decidí ir a buscarlo con mis amigos, hasta prendimos antorchas, queríamos cazar a la bestia y queríamos hacer con ella un circo. Pinches chamacos, están dañados. Yo no sé, mira, que los examine aquí el doctor y luego que se vayan a la fosa común y sanseacabó este asunto, yo no quiero saber que si del Diablo, que si el salvaje, a mí esa pinche gente de pueblo me la pela, Daniela, son unos ignorantes...

Daniela estaba borracha, dejó de escuchar pronto al policía y se perdió en el recuerdo brumoso que era más bien la invención de la espalda desnuda de un Salvador más musculado y más brioso; mucho más de lo que en realidad había sido. Volvió de su trance cuando el policía, en un extraño acto de coquetería, la tomaba de la mano y la llevaba hasta la plancha. Quiero que lo mires, dijo. Quiero que mires a este cabrón y me digas qué chingados es: hombre o perro, Daniela; porque yo ya no entiendo nada.

Parecía que el salvaje había muerto y alguien se había tomado el tiempo de cerrarle los ojos. El otro hombre, sin embargo, tenía los ojos bien abiertos. Parecía que todavía miraba. Fue imposible que el gordo le pudiera bajar los párpados, les puso encima una tela para no verlos, o para no sentirse visto, y se puso a trabajar en su cuerpo. Al rato le informó a Daniela: según las pruebas, estos tipos eran medios hermanos.

Cuando Daniela miró a Salvador tendido en la plancha, no lo reconoció. Algo en él le era familiar, pero estaba convencida todavía de que Salvador, su Salvador, estaba en algún lugar, desnudo junto a María. Y que ambos, incluso sin dormir de tanto coger, eran perfectos.

El caso obsesionó a los medios, muchas personas fueron descubiertas tratando de mirar por las rendijas. Durante semanas, los encabezados de los periódicos en la ciudad mencionaban la palabra "salvaje". Fue en medio de esa fiebre que los cuerpos de Juan y Salvador fueron destinados, a pesar de su fama, a la fosa común. No tienen nombre, no podemos hacer más por ellos, dijo el jefe.

Daniela leyó el informe en la oficina que contaba, con una insólita buena ortografía, la historia de la vieja que había llevado el cuerpo a la morgue:

Trajimos en la batea de la camioneta de mi hijo el cuerpo del señor Juan y de su perro, los trajimos a la policía con la esperanza de encontrar a alguien que se haga cargo de nosotros. El perro preñó a mis hijas y nosotros no podemos mantener a tantas criaturas. Nosotros no queríamos que se murieran, ellos huyeron y nosotros sólo seguimos a los niños cuando nos dijeron que habían encontrado el cuerpo de dos hombres. Todo el pueblo ya los había buscado para hablar con el señor Juan de las faltas que había cometido su bestia, pero los niños siempre conocen mejor el desierto si van sobre sus caballos. De manera que ellos encontraron a Juan y al perro tendidos a mitad de la nada, con las patas destrozadas y las caras achicharradas por el sol. Habíamos pensado que el perro podía pagar la manutención de las criaturas participando en un circo que montaríamos sobre un carretón, pero no contábamos con que ya estuviese muerto. Nosotros no lo matamos, creemos que fue el señor Juan. Creemos que el señor Juan lo ahorcó, porque tiene la marca morada de una cinta en el cogote. Creemos que el señor Juan murió luego de sed porque tiene la lengua blanca. Creemos también, que ambos tienen pacto con el demonio. Dios nos libre y libre a mis nuevos nietos de la misma maldición de su padre. Los niños han nacido bien gracias a Dios, y hasta parecen gente. Que no se nos acuse a nosotros de ningún crimen, el pueblo

sólo es culpable de haber aceptado a semejantes monstruos entre nosotros. Les pedimos atentamente que nos dejen en paz, que no vengan a nuestro pueblo a buscar al asesino, porque estos hombres se mataron entre sí y de eso nosotros no somos responsables. Ya bastante tendremos con limpiar de susto a nuestros niños, que si tuvieron suerte, aguantaron la respiración cuando encontraron a los muertos, o de otra forma, oficial, ya están también invadidos por el alma de estos desgraciados.

El patólogo obeso no había podido quitarle el rictus a los cuerpos. Tendrán que irse desnudos, dijo. También Daniela sabía el truco con el que Salvador lograba desentumecer a sus pacientes, pero no se atrevió a decirle al gordo: oye amigo, tienes que hablarles al oído y pedirles que descansen. No se atrevió.

Para entonces había pasado la polémica y los doctores, con todo su ánimo científico, aseguraron que el hombre salvaje era más bien uno de esos locos mugrosos que abandonan los psiquiátricos en las calles. Sobre la relación entre los dos hombres no se llegó a ninguna conclusión. Se comentó que la diferencia de edades entre ellos era extraña para que fueran hermanos. Nada más. El caso pasó en la morgue con más pena que gloria, porque los muertos se apilaban en las planchas y siempre aparecían por eso nuevas prioridades. Los tuvieron ahí hasta que se alcanzó el límite de tiempo para que alguien fuera a reclamarlos. No se podía hacer nada más, se necesitaban esas planchas.

Daniela se acercó una última vez al salvaje. Su cuerpo ovillado apenas dejaba ver su rostro. Habían dicho que era imposible cambiar su posición, pero se había querido acercar a la hora en la que no había nadie más en la morgue para probar si ella también podía lograr lo que Salvador lograba cuando se inclinaba sobre el oído de los muertos y les decía cosas que aparentemente les devolvían la calma y les relajaban el cuerpo.

No sé cómo te llamas ni de dónde vienes, pero llegó tu hora. Ríndete, dijo Daniela. Volteaba a todos lados para que nadie la viera llevando a cabo esa brujería. El cuerpo, sin embargo, no se destensó. Ella tuvo que acercarse. Volvió a decir: llegó tu hora, ríndete.

Había algo amenazante más que tranquilizador en su manera de decirlo, pero aun así parecía que algo en él cambiaba. Sabía que tenía que acercarse todavía más, que sus labios tenían que rozarle al muerto casi el borde de la oreja. Sintió el impulso de la basca, pero por alguna razón poderosa que ella desconocía, se obligó a hacerlo.

Y entonces, al acercarse, lo vio. Vio a Salvador en el cuerpo del salvaje. De inmediato sintió cómo el alcohol le quemaba la tripa y corrió al baño a dejar un vómito amarillo y amargo.

No puede ser, dijo. Y otra vez repasó en su mente a Salvador, que no tenía nada que ver con el salvaje encogido de la plancha. En su memoria, perfecto, casi brillante, él la tomaba de la cintura diciéndole una y otra vez: ríndete, malcriada. Y en lugar de verse a ella misma, en su recuerdo era sustituida por la imagen de una mujer morena exactamente igual a la prostituta muerta que envidió alguna vez, y ella, ellas, ambas, se mecían siendo una, sobre Salvador, desnudas y lozanas, mientras todo olía, no a sangre, no a formol, sino a rosas.

Era todavía temprano cuando Daniela se limpió la cara, lavó el vómito, tomó su bolso y salió de la morgue.

En un pueblo en el desierto se cuenta la historia de dos hombres, se dirá que en alguna casa crecen y se amamantan con leche de cabra los hijos de un salvaje. No se habla, ni se hablará nunca, de cómo el pueblo entero robó y desarmó cierto auto que luego fue vendido por partes; se contarán apenas las aventuras, los detalles jugosos de la supuesta vida de un hombre y su extraño perro, que se arrojaron como locos a morir bajo el sol del desierto. La historia se volverá a veces la leyenda de un circo errante, otras la de un par de aparecidos; los espíritus de Juan y el perro serán los primeros sospechosos de cualquier asesinato y siempre, sin que se sepa muy bien por qué ni cómo, los niños, y los viejos que ya viven de nuevo el sueño de la infancia, introducirán en sus historias el personaje de un comerciante que espera a los incautos a la orilla del camino para regalarles oro y verdades. Y cuando pasen frente a la casa abandonada del señor Juan, las madres obligarán a sus hijos a sostener la respiración, a quitarse la ropa y a ponerla al revés antes de vestirse de nuevo, para evitar así que el espíritu de Juan, o de su perro, entre en ellos para comerles el alma.

Durante años, pero no para siempre, en el sueño de Daniela aparecerá Salvador como un héroe triste y lujurioso: ella se entregará a él a pesar de percibir en su piel un tenue olor a cadáver.

AGRADECIMIENTOS

A la Fundación Antonio Gala, por su acogimiento en la escritura inicial de esta novela.

A Juan Pablo Villalobos, a Guillermo y a Vania, por su complicidad generosa.

A Otakame, que siempre se aparece.

A Alejandro Hotz, la conversación, el caballo alado y la serpiente coralillo.

A mi hermano, cómplice y espejo, Diego Moreno.

A mi familia.



ÍNDICE

- I. LA IDEA DEL CUERPO, 11
- II. ANATOMÍA DE LA SOMBRA, 57
- III. EL CUERPO ANAGRAMÁTICO, 99
 - MARÍA, 104
 - SALVADOR, 135
- IV. EL OTRO DE SÍ MISMO, 167
- V. AUTOPSIA, 225



Clyo Mendoza (Oaxaca, 1993). Sus textos aparecen en antologías como *Poetas parricidas* (Cuadrivio, 2014), *Tiembra* (Almadía, 2018), *Los reyes subterráneos. Veinte poetas jóvenes de México* (2015), editada por La Bella Varsovia, y *Todo pende de una transparencia. Muestra de poesía mexicana reciente* (Vallejo & Company, 2016). Ha sido becaria del fonca en los géneros de Poesía y Novela, y residente becaria de la Fundación Antonio Gala, en Córdoba, España. Es autora de *Anamnesis* (Cuadrivio, 2016) y *Silencio* (Fondo Editorial del Estado de México, 2018), libro por el cual obtuvo el Premio Internacional de Poesía Sor Juan Inés de la Cruz en 2017. Actualmente trabaja en una nueva novela y escribe y colabora en un proyecto transmedia.

TÍTULOS EN NARRATIVA

Examen extraordinario

El vértigo horizontal

La casa pierde

El apocalipsis (todo incluido)

¿Hay vida en la Tierra?

Los culpables

Llamadas de Ámsterdam

Juan Villoro

Señales distantes

Ausencio

Antonio Vásquez

Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio

Andrea Chapela

El libro de los dioses

Las increíbles aventuras del asombroso Edgar Allan Poe

Inframundo

La octava plaga

Toda la sangre
Carne de ataúd
Mar negro
Demonia
Los niños de paja
Bernardo Esquinca

Linea nigra
Jazmina Barrera

El hombre mal vestido
Lodo
El hombre nacido en Danzig
Mariana constrictor
¿Te veré en el desayuno?
Guillermo Fadanelli

Caballo fantasma
Karina Sosa Castañeda

Nefando
Mónica Ojeda

La corazonada
Barry Gifford

150 cuentos cortos. Antología personal
Lydia Davis

Profesores, tiranos y otros pinches chamacos
Emma
El tiempo apremia
Poesía eras tú
Francisco Hinojosa

Cameron
Hernán Ronsino

Los accidentes
Camila Fabbri

Pajarito
Claudia Ulloa Donoso

Los que hablan
Ciudad tomada
Mauricio Montiel Figueiras

Una niña está perdida en su siglo en busca de su padre
Aprender a rezar en la era de la técnica
Canciones mexicanas
El barrio y los señores
Jerusalén
Historias falsas
Agua, perro, caballo, cabeza
Gonçalo M. Tavares

Las tres estaciones
Bangladesh, tal vez
Eric Nepomuceno

Pájaros en la boca y otros cuentos
Distancia de rescate
Samanta Schweblin

Tiembla
Diego Fonseca (editor)

La invención de un diario
Tedi López Mills

En el cuerpo una voz
Maximiliano Barrientos

Planetario
Mauricio Molina

Obra negra
Gilma Luque

Jaulas vacías
Lobo
La sonámbula
Tras las huellas de mi olvido
Bibiana Camacho

El libro mayor de los negros
Lawrence Hill

FUNDIA

de

Ciyo Mendoza

se terminó de
imprimir
y encuadernar
en marzo de 2021,
en los talleres
de Litográfica Ingramex S.A. de C.V.,
Centeno 162-1,
Colonia Granjas Esmeralda,
Alcaldía Iztapalapa,
Ciudad de México.

Para su composición tipográfica se empleó la familia Bell MT.
El diseño es de Alejandro Magallanes.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dulce Aguirre.
La formación de los interiores la realizó Ana Paula Dávila.
La impresión de los interiores se realizó sobre papel Bond ahuesado
de 75 gramos y el tiraje consta de 2000 ejemplares.

En un desierto salpicado de poblados asolados por la guerra, dos desertores de bandos opuestos descubren una oscura verdad sobre su familia. Vicente Barrera, un vendedor de hilos que antaño iba de pueblo en pueblo conquistando mujeres y sembrando sus hijos en ellas, pasa sus últimos años amarrado en un cuarto convertido en un perro iracundo. María ha encontrado en Salvador un amor que, de tan profundo, parece disolverlos el uno en el otro y mezclar sus sueños como maquinados por la misma mente. Es en aquel territorio que el destino de los personajes se entrelaza, que sus heridas se heredan y se desangran. En ese paisaje limpio donde la furia y el deseo hallan su camino, se cuenta una historia sobre los hijos —la de sus cuerpos y afectos—, pero también sobre las mujeres que los rodean: madres, amantes, compañeras.

Tras ser galardonada con el Premio Internacional de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz, Clio Mendoza escribe una novela de una belleza extraordinaria, donde el lenguaje emprende un viaje alucinante por el erotismo, las transiciones de la conciencia y la posibilidad de que diferentes seres puedan habitar un mismo cuerpo. A través de un recorrido por la locura, *Furia* ofrece un conmovedor cuestionamiento al amor, a la violencia y el sufrimiento que trae consigo.

Furia tiene la fuerza poética y salvaje del desierto. En sus páginas hay ternura, miedo y una escritura contundente, rítmica y con imágenes difíciles de olvidar. Va sobre la violencia del deseo que nos convierte en perros que habean, aullan y muerden, pero también sobre el amor en medio de la hostilidad y el desamparo. Es por esto que es una novela inquietante y, a la vez, profundamente conmovedora.

MÓNICA OJEDA

Una novela alucinante, hipnótica y hermosa,
como la contemplación del desierto.

JUAN PABLO ULLIBOROS

NARRATIVA

ISBN: 978-607-8764-10-5



9 786078 764105

